

Silvestre Villegas Revueltas

*El liberalismo moderado en México,  
1852-1864*

1a. ed., 1a. reimp., México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2015

319 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 26)

ISBN 978-968-36-5999-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/liberalismo/moderado.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

## DE LA GUERRA DE REFORMA AL IMPERIO: COHABITACION Y DIVORCIO ENTRE MODERADOS Y RADICALES (1858-1864)

En la vida de Doblado sobresalen tres hechos que lo hacen digno del recuerdo: haber dado abrigo en Guanajuato al gobierno de Juárez, cuando acababa de suceder el golpe de estado de Comonfort, organizando la coalición de los Estados de la República, para sostener la Constitución, permitiendo a la Reforma organizarse; realizar los Tratados de la Soledad con lo que se acreditó de hábil político y talentoso diplomático; y escoltar a Juárez en Monterrey donde parecía segura su derrota por el traidor Vidaurri. Doblado no tuvo fe en el porvenir de México, no creyó que sus gobernantes poseyeran el tacto y el talento necesarios para dirigir a su pueblo, ni quiso combatir con el enemigo extranjero al que juzgó invencible. Por eso abandonó a los republicanos en los momentos más difíciles de su empresa. Y estimando perdido el destino de México, murió exiliado, exclamando: pobre pueblo mexicano...

PORFIRIO PARRA

Durante nuestro trayecto de Veracruz a aquí, pudimos convencernos que toda la población de este país es indígena, pues fuera de las ciudades, no se encuentra un blanco. Es como un toque de varita mágica. Apenas se llega a un lugar importante, ya hay prefectos con echarpes tricolores parecidos a los de Francia, sólo que aquí los bordados son en oro. Esto hace un contraste bastante raro con el resto del país; es como si se tratara de un ferrocarril que uniese diversos puntos en que aparece la civilización, pero faltan los jalones intermedios y la terminal.

CARLOTA AMALIA, 1864



## MOCHOS Y DEMAGOGOS. NO HAY TÉRMINOS MEDIOS. (1858-1860)

Al despuntar 1858 México se vio inmerso en una situación sin parangón en su corta existencia como nación independiente. La guerra civil tomaba forma a pesar de todos los esfuerzos por evitarla que habían realizado los hombres del gobierno, quienes la habían previsto; la prensa subrayó la peligrosidad del hecho, afirmando que fue alentada con todo conocimiento de causa por los sectores más reaccionarios del partido conservador y por la complicidad inconsciente del gabinete del general Comonfort. Éste acabó, por medio del “golpe”, con todos sus títulos de legalidad, pero, al verse perdido, comprendió que había más partidarios del constitucionalismo de lo que él creía y por ello liberó a Benito Juárez, independientemente de que el hecho constituyese un acto de elemental justicia.

El enfrentamiento definitivo entre ambos bandos era inevitable, a pesar de las repetidas victorias militares de los liberales obtenidas a lo largo de dos años. Sostenemos que el rompimiento se tenía que verificar porque ya no había lugar para la transacción y porque el grupo conservador no estaba dispuesto a contemporizar, a pesar de que sabía que el programa “radical” le era más adverso, y que éstos no estaban dispuestos a renunciar o negociar con su proyecto, pues lo consideraban como el único capaz de regenerar a la república. Zuloaga y compañía se sentían fuertes y lo estaban, tanto por tener en sus manos a la ciudad de México como por formar un frente único de pensamiento y de acción que culminaba en lo más florido del ejército nacional, desde un veterano Adrian Woll hasta la nueva generación postsantanista de Osollo y Miramón, y el propio Leonardo Márquez, que constituían en definitiva los más bisoños sostenedores de la visión ultramontana. Lo anterior resulta importante porque coinciden como generación con su contraparte liberal. Todos ellos eran jóvenes, lo mismo Manuel Doblado que Severo del Castillo y el obispo Labastida y Dávalos, habían nacido durante la guerra de Independencia y al mediar el siglo estaban dispuestos a arrostrar con lo que viniese. Juárez, una vez libre, puso “pies en polvorosa” y huyó rumbo al Bajío; sabía de la coalición de estados que se estaba formando para defender al régimen constitucional y que, como vimos en el capítulo anterior, dicha agrupación era una idea que manejaba Manuel Doblado en su correspondencia desde diciembre.

El gobernador de Guanajuato había modificado su parecer en torno a la política nacional, pues su pensamiento era distinto al de finales de 1855 cuando hizo causa común con los principios clericales. A lo largo de los dos años siguientes consolidó su posición como cacique regional, más aún, como *factotum* del centro del país y como una pieza clave dentro del espectro político. Al mismo tiempo perfeccionó su ejército, medida que le fuera tan criticada durante el gobierno de Álvarez, pero que puso a disposición de la administración liberal para el combate de insurrectos en diversas ocasiones, especialmente en su perpetuo enfrentamiento con el general Tomás Mejía. Doblado acariciaba la idea de ser presidente, pero en febrero de 1858 sabía perfectamente que la única manera de combatir a los tacubayistas, fuera de la estrategia militar, radicaba en no romper el orden legal, a pesar de que ya estaba muy resquebrajado. Esto es, reconocer como presidente interino a Benito Juárez, cuya única fuerza, frente a los caciques como Doblado, De la Llave, Santiago Vidaurri o el mismo Anastasio Parrodi, era el de mantener la legalidad como bandera absoluta, sin concesiones. En caso contrario, si cualquiera de los ya mencionados usurpaba el poder serían señalados por los pronunciados de la capital como vulgares revolucionarios y cometerían el mismo error que Comonfort. Perderían su insignia, tanto para los posibles apoyos en el interior como un lejano reconocimiento fuera de la república, especialmente de los Estados Unidos, pues las potencias europeas lo hicieron de forma sucesiva con los gobiernos de Zuloaga y Miramón. Juárez llegaba de manera violenta a la primera magistratura frente a un enemigo implacable y con la nota que se haría común más allá de la Intervención y el Imperio, que era la de estar supeditado en el orden material a los reclamos, intereses y caprichos de “sus” gobernadores, quienes lo apoyaron, pero no sin un costo muy ingrato en las diversas pretensiones de aquéllos.

Como ya hemos mencionado, la oposición de algunos gobernadores al golpe de estado, echó a perder aquel movimiento y desde un principio se dio origen a una reunión de fuerzas progresistas, que se le ha conocido como “La coalición” y que funcionó por muy poco tiempo, pero el suficiente para organizar la resistencia desde la ciudad de Guanajuato. José María Iglesias indicaría tiempo después, que con este suceso vivificaba aquella localidad sus antiguas glorias, pues habiendo sido la cuna de la independencia mexicana, inauguró en esta ocasión la lucha por la restauración del orden constitucional y probablemente, como han suscrito algunos historiadores, fue el origen de la culminación de la independencia ideológica que México necesitaba.

Se acordó nombrar como comandante general de las fuerzas constitucionales a Parrodi, quien se había distinguido en los años anteriores en su lucha contra los reaccionarios, especialmente por la derrota que le infligió a Osollo en Peñas Blancas, San Luis Potosí. Por aquellos días, febrero, circuló un rumor de que existían serias desavenencias entre el jefe militar y Doblado, cosa que nos parece totalmente creíble por el temperamento de este último, por la campaña militar y la actitud que asumirá al darse la primera batalla de la guerra de Reforma.

Por lo que se refiere a los sucesos en la capital del país Zuloaga restableció los fueros y la Suprema Corte de Justicia, tal como estaba antes de noviembre de 1855; fue anulada la Ley de Desamortización de Bienes Civiles y Eclesiásticos y, en consecuencia, los actos emanados de ella. Lo mismo ocurrió respecto a la Ley de Obvenciones Parroquiales. Por tales ordenamientos dieron las señoras de la capital un voto de gracias al gobierno y, como relata Concepción Lombardo de Miramón, se organizaron grandes fiestas y la alegría reinaba para celebrar el bando que derogaba aquellas disposiciones. Sin embargo, el mismo gobierno tacubayista encontró, como le sucederá más tarde a los franceses, una serie de negocios muy importantes que se habían arraigado profundamente después de elaborada la ley por Miguel Lerdo. En este momento se cumplían las ideas de Doblado cuando le subrayó a Comonfort que debían crearse “poderosos intereses” para que aunque viniese otra administración de signo contrario le fuese muy difícil retrotraer la situación a un punto anterior a junio de 1856.

Salvo algunas personas con gran agudeza política, nadie hubiera podido figurarse un mes antes (enero) cuál sería el cambio tan considerable de la situación, pues se veía imposible que con pocos elementos materiales, un puñado de individuos hubiera podido sobreponerse a la administración de Comonfort.

Miramón partió en febrero para sujetar a los “rojos” en el interior, donde sus agentes habían preparado el terreno gracias a los disgustos y divisiones ya mencionadas entre los directores de la coalición. El general Osollo, nombrado comandante general, siguió a la brigada de Miramón; ambas llevaban tropas victoriosas con jefes organizadores y de prestigio militar. No como la burla que hacían de los liberales que sólo tenían generales habilitados, “de tinterillo”. Al acercarse a Querétaro las fuerzas reaccionarias, donde los constitucionalistas habían reunido cerca de seis mil soldados, éstos resolvieron evacuar la ciudad, que fue ocupada por Tomás Mejía, y se encargó del gobierno Octaviano Muñoz Ledo, que antes había

sido moderado y que desde este momento decidió abrazar el conservadurismo.

Los liberales acordaron replegarse hasta Celaya y en este punto se les incorporaron las fuerzas de Morelia, que siempre estuvieron en contra del golpe de estado, las de Zacatecas, que debido a la influencia de Doblado con las autoridades de aquella localidad siguieron el rumbo de la legalidad, y las de Jalisco, que eran la base del ejército con que contaba Parrodi. La proximidad de las tropas de Miramón, obligó a Juárez a replegarse hasta Guadalajara.

El plan de campaña de Parrodi, acordado con el presidente y que le fue comunicado posteriormente a Doblado consistía en retirarse de Celaya a Salamanca para que avanzase el ejército conservador alejándose de su base de operaciones que era la capital:

No debemos dar al enemigo un triunfo acercándonos a México, como él desea, por tener allí sus grandes trenes de artillería. Nuestro plan debe consistir en atraerlo a nuestro terreno, con el fin de dar lugar a que las fuerzas constitucionalistas del lado de allá de México amaguen de cerca dicha capital.<sup>1</sup>

La estrategia del general tenía como principio un razonamiento acertado, ya que separar a la tropa conservadora de su fuente de sostenimiento era debilitarla, pero para aquellos días ya contaban con los recursos de Querétaro y se les habían unido diversas brigadas, aumentando con ello su número. Parrodi confió demasiado en la ayuda proveniente de Veracruz y Puebla. Pensó que podría amagar la ciudad de México, pues a pesar de que el gobernador Gutiérrez Zamora se enfrentó directamente con Zuloaga, sus acciones se limitaron a que la reacción no se apoderara del estado, sin hacer esfuerzo alguno para atacar la capital; acciones que si bien debilitaron la estrategia de Parrodi le permitieron acoger tiempo después en Veracruz al gabinete juarista por más de dos años.

Sería exagerado atribuir toda la culpa a que los elementos del plan primigenio no se llevaran a cabo. La derrota del 10 de marzo, en Salamanca, se debió fundamentalmente a un desacertado plan de batalla y a la poca armonía entre los jefes, “a las mutuas desconfianzas... y a la conducta equívoca de Doblado”.<sup>2</sup>

El resultado fortaleció material y moralmente a los conservadores y en el campo contrario fue más bien una disgregación de las

<sup>1</sup> José María Vigil, *La Reforma*, en Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, t. IX, p. 286.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 287.

fuerzas que lo componían, pues Doblado se retiró con casi la totalidad de sus fuerzas y Parrodi se alejó hasta Guadalajara sin volver a combatir, a pesar de que contaba con hombres y municiones suficientes para hacerse respetar. Un día después, Doblado se puso en contacto para llegar a un acuerdo con Osollo y el día 12 capituló<sup>3</sup> con cerca de 1 000 hombres y 14 piezas de artillería, elementos que juzgamos adecuados para agregarse a las fuerzas zacatecanas ya que no estaba en buenos términos con Parrodi. El texto de la rendición redactado en el pueblo de Romita, indica que Manuel Doblado consideró, después de verificarse diversas acciones de armas con resultados negativos para los constitucionalistas, que era necesario “impedir una lucha desigual” y acabar con el derramamiento inútil de sangre. Por ello ponía a disposición de Osollo “toda la fuerza que está a sus órdenes”, con la salvedad de que se garanticen los empleos de jefes y oficiales de aquella tropa, a excepción de las guerrillas irregulares que quedarían disueltas. Asimismo, pidió y obtuvo que no se persiguiera a las personas por los cargos ocupados durante los gobiernos emanados del Plan de Ayutla y la opinión particular que profesasen; de igual forma, solicitó “licencia absoluta” y se le garantizó “a su satisfacción la libertad de vivir donde le convenga, sin ser molestado por ninguno de sus actos oficiales, bajo la promesa de no ingerirse en las cosas públicas”.<sup>4</sup>

Los liberales consideraron la rendición como una defección vergonzosa y los conservadores aprobaron su conducta, pero no sin criticar su falta de ánimo combativo. Era una de sus tantas retiradas estratégicas que le crearon fama de ser un personaje poco confiable. De un plumazo entregaba la brigada de Guanajuato como si fuese un objeto propio, cosa que era hasta cierto punto correcta por el ánimo organizativo que le infundió desde septiembre de 1855 y por la jefatura que ejerció a lo largo de dos años, pero por otro lado no era justo, pues en muchas ocasiones pidió y recibió ayuda federal para el sostenimiento de esa fuerza.

El propio Manuel Payno como ya citamos, apunta en su ensayo sobre la revolución de diciembre de 1857 que se le fue otorgado dinero para la adquisición de pertrechos con objeto de sostener aquel movimiento, que finalmente abortó. Se retiraba del campo de batalla como un *condotiero* del Renacimiento, pero no sólo eso, sino que dejaba en la ilegalidad a las guerrillas que fueron determinan-

<sup>3</sup> A partir de este suceso la prensa, tanto conservadora como liberal, llamarán a Doblado “El capitulado de Romita”.

<sup>4</sup> “Condiciones para la rendición”, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Guanajuato.

tes en la guerra civil que apenas comenzaba y que traería muchos sinsabores. Recurría al viejo y desgastado artificio de que aquellos que se rendían seguirían gozando de “sueldo, fuero y gozo de uniforme”, estrategia que devoraba desde el extinto imperio de Iturbide los fondos nacionales y que había “prostituido” al ejército. Obtuvo, y en ello se muestra su gran habilidad para la concertación, que no se le molestase por lo hecho durante su gestión como gobernador, ya que sabía de los rencores engendrados por los despojos llevados a efecto bajo sus órdenes, mismos que fueron apuntados por la prensa durante los dos años de la administración de Comonfort. También le fue concedida libertad para vivir donde quisiese. Estos dos últimos puntos de la rendición son muy importantes porque hará referencia a ellos cuando regrese a la lucha, subrayando que el gobierno conservador no cumplió con la parte que le tocaba. Su retiro se prolongó por más de un año y medio, mientras se combatía en casi la totalidad de la república; siguió el mismo camino de los moderados del antiguo gabinete que fue el apartarse del teatro de los acontecimientos, ya fuese en su casa o acogerse a un exilio voluntario esperando con paciencia el mejor momento para verificar un buen regreso. Esta estrategia del moderantismo suscitó que Francisco Bulnes comentara muchos años después que tal tipo de políticos no servían para los momentos álgidos de la lucha y que si en algún momento tomaban parte en ella, siempre serían maldecidos por los bandos en pugna, pues de ninguna forma podrían darles gusto. El moderado debía regresar a su hogar, cerrar puertas y ventanas, apagar las luces y echarse a dormir mientras pasaba la tormenta. En ese momento de desgaste supremo de ambas facciones, debía salir con un espíritu de concordia para cosechar en su provecho los frutos del conflicto. Así lo llevaron a efecto.

El avance conservador era imparable, en Guadalajara el coronel Landa insurreccionó a la tropa y puso prisioneros a Juárez y sus ministros que estuvieron a punto de ser fusilados. Para fortuna de ellos, el rumor del regreso de Parrodi convenció a Landa de liberar a los prisioneros y huyó de aquella localidad. Llegaron las fuerzas liberales, pero el comandante en jefe resolvió rendirse (23 de marzo) a Osollo en términos parecidos al texto de Romita. De esta forma, en un par de meses, “la coalición” quedaba despedazada a pesar de que sólo se verificó una batalla donde las pérdidas no fueron grandes para ninguna de las partes. Al contrario de la mayoría de los pronunciamientos del siglo XIX mexicano, éste partía de la capital y en abril contaba ya desde el cantón de Tepic y el de Durango hasta Tabasco y algunas porciones de Yucatán. La defensa del esta-

do de Veracruz se hizo más penosa, sobre todo por la continua defección de los diversos generales y oficiales liberales; los conservadores llegaron a tomar Jalapa y los partidarios del constitucionalismo retrocedieron hasta el puerto de Veracruz. Tuvieron suerte de que el gobierno tacubayista no decidiera tomarlo a viva fuerza, sino que dirigió su estrategia al norte, hacia San Luis, Zacatecas y al Occidente, donde pululaban las guerrillas de Ogazón y Degollado. Vale la pena detenerse en un hecho de armas que modificó el carácter de la lucha: el coronel Juan Zuazua, lugarteniente de Vidaurri que al parecer había sido derrotado por Miramón, sitió la ciudad de Zacatecas venciendo a las fuerzas conservadoras. Entre sus prisioneros estaba el obispo de Monterrey, quien corrió con suerte y fue expulsado a Guadalajara, sin embargo el general Antonio Manero, quien fungía como jefe militar de la plaza, y el resto de la oficialidad fueron fusilados.

Con la anterior acción el norteño llevaba a cabo la estrategia que muchos liberales le pidieron a Comonfort con los sublevados de Puebla; éste se opuso y ello trajo la continua defección de militares hasta el final de su régimen. Era una táctica brutal que sólo se llevó a la práctica, y por un error, con el general Antonio Orihuela en octubre de 1856.

La prensa conservadora protestó e indicó que la acción ejecutada por Zuazua contrastaba, y tenían razón, con las capitulaciones de Doblado y Parrodi. ¿Cuál era entonces la mejor forma de proceder? Los radicales argumentaron que la tibieza con que se había tratado a los conjurados engendraba más trastornos. Los conservadores hicieron hincapié en que Zuazua les hizo aprenderse bien la lección y que la ejecutarían fielmente. Así lo verificaron mecánicamente en el futuro. Se había llegado al momento donde ya no existía la posibilidad de clemencia y sabían los beligerantes la suerte que correrían en caso de ser atrapados. Era una guerra civil donde los odios afloran, las familias se dividen y se pierden añejas amistades. Todo el mundo la temía, pero se encaminaron indefectiblemente a ella. Daría sus frutos en algún momento, eso lo sabían los de sensibilidad profunda, pero a un costo muy amargo. En este tipo de conflictos se sabe cuáles fueron las causas que la iniciaron, pero la correspondencia posterior al primer año y medio de guerra muestra, sin lugar a dudas, el error de cálculo en la duración, en la intensidad y el horror que produjo la devastación del país. Se conocían los levantamientos y las ciudades como Veracruz, Puebla, Guadalajara, Monterrey y otras habían sufrido los efectos de las guerras internacionales y de las asonadas cotidianas, pero para el momento que nos referimos (1858-1860) era la to-

alidad del país la que sufría los embates de la guerra, tanto porque se verificaban las batallas en un determinado lugar como por la falta de autoridades o la prepotencia de muchas de ellas. El conflicto no era de la misma intensidad en los estados de México y Jalisco que en Baja California y Campeche, sin embargo la inseguridad era total. El que vivía en una hacienda sufría lo mismo el asalto de la guerrilla que el de los bandidos que se confundieron en muchas ocasiones; padecía cuando le era exigido un préstamo forzoso; sufría cuando era plagiado o sus trabajadores eran arrastrados por la leva. Pero los habitantes de las ciudades también soportaron los horrores de la guerra civil. Como muestra de que nadie estaba a salvo, resulta interesante la siguiente carta de Dolores de Doblado a su esposo:

El tiroteo empezó a las cinco de la tarde, por esas lomas donde está la presa; se acabó el tiroteo a las nueve de la noche y el gobernador a esa hora volvía, según sé para tomar el Cerro de San Miguel. A las tres y media de la mañana empezó el fuego y como Guanajuato estaba casi solo y no andaban patrullas por las calles, a poco rato se llenó la población de aquellas furias, gritando horrores. Echaron la prisión afuera y quemaron algunas casas, el tiroteo siempre seguía. Así amanecimos y cosa de las diez de la mañana empezaron a echar la puerta de la despensa abajo; luego que oímos tales golpes nos refugiamos en el oratorio y no encontrándonos allí seguros, nos bajamos a la trastienda de Orliers. Apenas habíamos entrado cuando entra el pelotón de hombres, en caso de ser hombres, pues yo creo que han salido del infierno. Entraban a las piezas a caballo, diciendo horrores, pues han acabado con la casa, lo que no se han podido llevar lo hacían pedazos, los pianos y cuanto hubo. Allí mismo se mataban seguramente por quitarse unos a otros lo que se robaban, pues allí quedaron muertos y hasta un caballo tendido quedó en la casa.<sup>5</sup>

La familia Doblado experimentó como muchas otras esta situación que ya era cotidiana. Por estas fechas, las autoridades existentes en la ciudad pertenecían al bando conservador y es creíble que está fuese amagada por guerrillas liberales, sin embargo, el saqueo de su casa, que era una de las principales (ahora Museo del Quijote), ubicada a escasos cien metros de la plaza de la Unión, nos debe dar idea del desenfreno propio de aquellos días.

Juárez salió de la república por el puerto de Manzanillo rumbo al istmo de Panamá, tomó un barco en el Atlántico que lo condujo finalmente al puerto de Veracruz donde estableció su gobierno. En

<sup>5</sup> Carta de Dolores de Doblado a su esposo, 27-vi-1958, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Texas.

tanto, el general Santos Degollado, “el sacristán”, como lo llamaba la prensa conservadora, investido por el presidente con amplias facultades en los ramos de Guerra, Hacienda y Gobernación, organizó la campaña de resistencia en el Occidente. La suerte había corrido al lado de los tacubayistas, pues sus triunfos estaban a la orden del día, salvo algunos esporádicos de la contraparte. Pero, a pesar de ello, la guerra no terminaba pues los lugares que eran desocupados por los primeros eran tomados por los liberales radicales, también llamados “rojos”. Miramón se afanaba en el combate pero el triunfo era pasajero; se verificó un alzamiento por parte del general Manuel Robles Pezuela, amigo de Doblado, para destituir al “inepto” de Zuloaga. El “Macabeo” aparentó no aceptar la proposición, pero finalmente la presidencia cayó en su poder.<sup>6</sup>

El país se empobrecía a pasos agigantados, pero nada claro indicaba un cambio en la balanza del conflicto. El clero recuperó sus fueros, los regulares pudieron respirar con cierta calma y la beatería concurrió, por lo menos en la ciudad de México, con seguridad a las funciones religiosas. El presidente que estaba en la capital comprendió que el triunfo radicaba en tomar Veracruz, pues con ello Juárez se vería obligado a abandonar México, o en el mejor de los casos moriría en el asedio de la plaza; también sabía que al ocupar el puerto obtendría una importante cantidad de dinero que por el momento fluía para el sostenimiento de las tropas constitucionales. Llevó a cabo un plan de campaña (marzo 1859) y tras muchos esfuerzos puso sitio a la ciudad que no se doblegó. En sus cartas a doña Concha, Miramón le comenta que tuvo que retirarse debido a que las guerrillas habían incendiado todos los poblados y plantíos cercanos al puerto y además porque se le agotó el dinero para el sostenimiento de la tropa, que era mermada constantemente por las enfermedades y la desertión; para colmo de males, el invierno tocaba a su fin y era preciso salir de tan mortífera zona.

Distraído Miramón en la campaña de Veracruz, Degollado resolvió amagar la ciudad de México, que contaba con una corta guarnición, presentándose en el valle el 20 de marzo, pero don Santos no era buen militar. Copiaba las tácticas de los generales mexicanos que muchas veces consistía en evitar el enfrentamiento, y se mantuvo en una inacción total durante diez días, mismos que fueron utili-

<sup>6</sup> Luis Osollo que había sido nombrado comandante general del ejército conservador murió por enfermedad durante los primeros meses de la guerra. A partir de ese momento, Miguel Miramón ocupó la jefatura militar convirtiéndose por su ánimo organizador en el caudillo por excelencia.

zados por los conservadores para agregarse recursos y hombres y dio oportunidad a que el general Leonardo Márquez, sin duda uno de los mejores estrategas del conservadurismo, emprendiese a marchas forzadas su camino entre Guadalajara y la capital, pues también conocía los movimientos de los liberales. Hubo un primer enfrentamiento el 2 de abril, sin resultado definitivo para los dos bandos y Degollado no emprendió otro ataque formal durante siete días hasta que tuvo enfrente al ejército de Márquez quien, en un día y medio, lo derrotó de manera contundente en Tacubaya. El desenlace de la batalla coincidió con la entrada del presidente Miramón, de quien no se sabía nada desde que se acercó a Veracruz.

Conviene reproducir el relato que brinda el mismo Márquez en torno a tales acontecimientos:

Me encontraba yo en Guadalajara... cuando don Santos Degollado con 9 000 hombres perfectamente organizados y 30 piezas de artillería se presentó a las afueras de México para tomar aquella plaza, mientras Miramón asediaba Veracruz. Un mes estuvieron las tropas a las orillas de la capital sin que el general que las mandaba intentase siquiera batirlas. Hubo tiempo suficiente a que yo acudiese desde Guadalajara... me introduje en la plaza: di la batalla de Tacubaya el 11 de abril de 1859 en presencia de 300 mil espectadores nacionales y extranjeros y salvé a México. El hecho fue tan grande, que el presidente Miramón, que sin haber podido vencer en Veracruz llegó a México pocos momentos después de terminada la batalla, no pudo menos que conferirme el ascenso inmediato que yo acababa de ganar tan gloriosamente, entregándole salvada su capital que bien pudo haberse perdido mientras él estaba ausente.<sup>7</sup>

Resulta importante la aseveración del general en torno a la inmovilidad de Degollado, pues la ciudad de México prácticamente estaba indefensa y era casi seguro la toma de la capital, lo que hubiera modificado sustancialmente el desarrollo de la guerra. Sin embargo, algunos autores afirman que la demora de dicho ataque radicó en que al mantener sitiada la ciudad, sin comprometerse en lance alguno, las fuerzas de Miramón y otras brigadas, en lugar de reforzar el ataque sobre Veracruz, dirigieron sus baterías sobre Degollado quien sería de nueva cuenta sacrificado para el sostenimiento de la “legalidad”, como burlonamente calificaban al gabinete juarista.

<sup>7</sup> Leonardo Márquez, *El Imperio y los imperialistas*, p. 127.

Por su parte Márquez hace de la batalla un espectáculo, pues incluye a los “espectadores” que formaron una opinión de los sucesos posteriores a la contienda. “Salva” a México y apunta que no le quedó otro remedio al presidente que darle la banda de divisionario, acusación encubierta, pues en sus memorias sostiene que al salir de México después del triunfo de Ayutla, el “Macabeo” tenía el grado de coronel, y cuando regresó ya era general de división sin haberlo sido de brigada. Más aún, Márquez asevera que él fue quien ganó la batalla de Ahualulco, pero que Miramón se llevó los laureles.

El problema de este suceso no fue la derrota de Degollado, que era cosa normal, tomando en cuenta que su mérito era el de organizar al ejército liberal y no tanto por su habilidad como estratega; lo memorable de esta jornada fueron los asesinatos contra médicos y paisanos que resultaron presos y que no estaban comprendidos en la ley de conspiradores promulgada por el gobierno conservador. Su muerte causó hondo revuelo, como señala “el tigre de Tacubaya”, entre mexicanos y extranjeros.

Esta acción pesaba tanto en el alma de sus dos ejecutores, que ambos quisieron presentar ante la historia que la culpabilidad recaía en la contraparte. Por ello Miramón, momentos antes de ser fusilado, le confesó al licenciado Jáuregui que él sólo había mandado ajusticiar a los jefes y oficiales que se encontraban luchando, mientras que Márquez aseguró que dispuso que las vidas de los prisioneros fueran respetadas, pero que entonces llegó el presidente y dio la orden para que en la misma tarde fueran pasados por las armas “todos” los prisioneros de la clase de oficiales y jefes, dándole parte del número de los que hubiera cabido esa suerte, y agrega:

si entre los desgraciados... había alguno que fuese médico, allí no se tomó prisionero a quien estuviese ejerciendo tan noble profesión: todos estaban con el carácter de oficiales con la espada en la mano, a la cabeza de su tropa, batiéndose resueltamente.<sup>8</sup>

Por lo anterior puede deducirse que la orden respecto a los militares provino de Miramón y la de los médicos, como oficiales combatientes, de Márquez. José María Vigil propone una tercera posibilidad al señalar que éste último podía fusilar a cualquiera, dada la ley de conspiradores decretada por Zuloaga, y que si se acepta que Márquez se alejó del teatro de operaciones y dejó en manos secundarias la ejecución (igual le pasaría a Ocampo) no pudo ver a quie-

<sup>8</sup> *Vid. infra.*

nes se sacrificaba, lo cual mostraba un gesto de desprecio al ser humano, que sólo podía explicarse por el paroxismo de la pasión engendradora por la guerra civil, que no dejaba lugar más que a la sed insaciable de venganza. Como anécdota, Manuel María de Zamacona relata lo siguiente:

En el hospital militar de donde fueron arrancados los cirujanos en quienes se cebó el frenesí salvaje de Márquez y de sus sicarios, hubo una persona que fue testigo de la catástrofe y a quien sólo su sexo sirvió de escudo para no ser comprendido entre las víctimas... su crimen era el mismo que el de los otros mártires de aquél día: se ocupaba de asistir a los heridos y enfermos del ejército federal... ella fue quien se presentó a la puerta del hospital cuando Márquez llegó a aquel lugar sagrado, como una aparición siniestra: ella fue la única persona que hizo oír el acento de la humanidad a aquella hiena... más todo fue en vano; las víctimas fueron arrastradas al sacrificio... Pasaron algunos meses y cuando Márquez regresó a la capital, preso por orden de Miramón...[la mujer] se hizo presentar a Márquez para pedirle una constancia sobre el robo de equipajes hallados en el hospital de Tacubaya... El asesino en jefe, en un acceso de remordimiento o de frenesí acogió la petición lanzándose furioso con puños cerrados sobre la señora Gourgues, hiriéndola en el rostro y maltratándola hasta que los circundantes la arrastraron de sus garras bañada en sangre.<sup>9</sup>

Mientras esto pasaba en la ciudad de México y cosas parecidas se sucedían en el resto del país, los refugiados del golpe de estado vivían plácidamente en los Estados Unidos. Como muestra, el siguiente botón: Ignacio Comonfort tuvo dos hijas, aparentemente producto de aventuras de juventud, pero reconocidas como legítimas, al grado de llevar a cabo un juicio para que estuvieran protegidas legalmente. Se cuenta con toda la colección de cartas entre él y Adela, su hija favorita, donde se pueden rastrear sus ideas pedagógicas y de moralidad familiar. Debe recordarse que don Ignacio fue miembro de la sociedad Lancasteriana y que, bajo su administración, en Tlapa formó un par de establecimientos basados en dicho sistema y que durante su presidencia se llevaron a cabo los edictos necesarios para el establecimiento de diversos planteles educativos, especialmente dirigidos a la educación técnica y particularmente para señoritas. La siguiente misiva, remitida de Nueva York a Nueva Orleans durante la guerra de Reforma, muestra al personaje más

<sup>9</sup> Manuel María de Zamacona, "Atrocidades de la reacción", en Leonardo Márquez, *El Imperio...*, p. 128-130.

allá de las pasiones políticas y como un hombre afectuoso que todo mundo ponderó y que gustó de la innovación:

¡Un placer siento cuando veo tus letras! ¡Qué dulce es el amor a una hija y ser amado por ella! Vamos, no te pongas coloradita por esta justa apreciación de tu padre y haz todo lo posible por tenerlo contento, pues su amor por ti lo hace acreedor a esta recompensa... Me dices que quieres aprender botánica, bueno, yo también siento el mismo gusto por este estudio y quedaría muy complacido de hacer un curso en tu compañía, pero dime ¿adónde iremos a herborizar, a los sitios favoritos de Juan Santiago o a las deliciosas campiñas de nuestra patria?<sup>10</sup>

Volviendo a nuestro relato, con la batalla de Tacubaya, Márquez se perfiló como el gran militar, al tiempo que la derrota sufrida por Miramón en Veracruz hacía más difícil la lucha. Al primero se le mandó de nueva cuenta a liquidar a los revolucionarios en el occidente del país, estableciendo en Guadalajara su centro de operaciones. Es cierto que generalmente él y sus correligionarios ganaban los encuentros, pero así como los ejércitos liberales perdían batalla a batalla, del mismo modo se multiplicaban y era imposible exterminarlos. Esta guerra de guerrillas que no solamente estaba en el Occidente, sino que se extendía a todo el país, agotaba a las personas, resquebrajó a los dos gobiernos y arruinó a la nación, de manera especial a la facción conservadora que poco a poco veía disminuir las posibilidades de pacificación y el aniquilamiento de los “demagogos”.

Por lo anterior, el gobierno de Miramón se vio en la necesidad de recurrir a Márquez para que le enviase una cantidad respetable de tropas y pertrechos, a lo cual éste contestó que no le parecía justo que el gobierno, después de que lo había tenido en un total abandono, le quitase los elementos de defensa que con “tantos afanes he criado”. Y que después de los ataques que le había inferido a su persona quisiese precipitarlo a una catástrofe que el mismo Presidente tendría que lamentar. Tal situación lo lleva a quejarse amargamente:

es muy sensible estar uno quemándose los sesos en criar tropa, artillería, porque y todo lo necesario, y ya que está formado, que tenga uno que mandarlo a que lo luzca y lo aproveche al que nada le ha costado. El que quiera tener fuerza, que la forme, que trabaje como yo trabajo; que

<sup>10</sup> Carta de Adela Comonfort a su padre, 28-II-1859, Archivo Comonfort, Universidad de Texas.

yo a nadie le pido nada, sino que procuro defenderme como puedo y como estoy cierto de que nadie lo haría en mi lugar.<sup>11</sup>

El enfrentamiento estaba dado entre los dos paladines de la reacción, Márquez se había hecho muy popular en Guadalajara y mantenía excelentes relaciones con la jerarquía eclesiástica. En este aspecto la Iglesia había apoyado desde un principio al movimiento tacubayista que le respondió muy bien derogando las leyes que más la perjudicaban. Los miembros del clero, o bien actuaban dentro de las guerrillas conservadoras o aportaban cuando querían, y también cuando podían, grandes cantidades de numerario para acabar con los “demagogos”. La lucha se había iniciado en el plano de las transacciones y de las capitulaciones honrosas, pero Zuazua, con los fusilamientos, radicalizó la crueldad del movimiento donde se registraron excesos en los dos bandos. Después de un año y medio, en el momento más álgido, Miramón había fracasado, como ya mencionamos, en su intento por sacar a Juárez y sus ministros del país. Don Benito, frente a este panorama, se animó a dar un paso que Miguel Lerdo, de manera incipiente, pero de una importancia sin igual, había llevado a cabo en 1856 al redactar la Ley de Desamortización. Ahora era la nacionalización de los bienes de la Iglesia, que Melchor Ocampo, como otros radicales, consideraron indispensable para ir más adelante. El clero era un enemigo declarado, se le habían dado concesiones en un espíritu de concordia y se aprovechó de ellas, por lo tanto, resultaba preciso minar sus intereses sin piedad y hasta la raíz. Pero no solamente eso, si bien los liberales de Veracruz se hacían conocer como defensores del constitucionalismo, debían dar a la nación un programa preciso, una razón concreta por qué luchar, que definiría sin términos medios las posturas antagónicas, pero sobre todo sería un material de reflexión para aquellos personajes que, si bien simpatizaban con el liberalismo, veían en la bandera de la Constitución de 1857 un motivo coherente pero desgastado. Buscaban una razón de dónde asirse, más allá de la legalidad de la investidura de Benito Juárez, que por sí sola era insuficiente para muchos personajes poseídos de sí mismos. En estas dos líneas radica la importancia de las llamadas Leyes de Reforma expedidas en Veracruz en julio de 1859.

Como en todas las guerras civiles se conocían los motivos que orillaron a las partes a iniciar la lucha, pero en algún momento de la contienda, cuando los ánimos flaquean, se requiere de un motivo

<sup>11</sup> Genaro García, *Causa instruida contra el general Leonardo Márquez*, p. 16-17.

sumamente fuerte para tener fe, para decidirse, para salir al encuentro con lo que venga. Se había llegado al momento de la exageración, tan criticada por los moderados pero inevitable en un tiempo preciso. Situación que siempre había provocado las revoluciones y que no debía existir o por lo menos ser pasajera, instantánea; era el momento de la intolerancia, cuando se llevan a cabo actos de peligrosidad extrema en aras del triunfo. Era la segunda mitad de 1859 cuando, a partir de los decretos ya mencionados, la desesperación lleva a concebir los tan mentados tratados Mon-Almonte y McLane-Ocampo de septiembre y diciembre respectivamente; actos condenables a todas luces, especialmente el segundo, a pesar de que se trate de justificarlos por los extravíos propios de la guerra y las necesidades de ambos bandos. Manuel Doblado aprovechó la coyuntura de la expedición de las Leyes de Reforma, justipreció el sentido político que a partir de ese momento adquiriría la guerra y ante las acusaciones de los voceros de la reacción que sermoneaban vituperando a los rojos de querer acabar con la religión católica, la de “nuestros padres”, señaló que los liberales habían dejado en claro que eran católicos convencidos, seguidores de las ideas cristianas, pero también subrayó entre otras cosas, que ellos combatían a un clero corrupto y asesino, que se había hecho propio de una serie de facultades que no eran en esencia de su menester. En este sentido asentaba que

...en todos los países en que el cristianismo ha llegado a ser la religión dominante, el clero ha adquirido gradualmente tales riquezas y tal influencia política que se ha hecho al fin imposible el gobierno de poder civil y el libre progreso de la sociedad. Tal situación ha conducido en todos los países... necesario e inevitablemente a una lucha entre el poder civil y el poder clerical en la que el primero ha triunfado, haciendo de su victoria la suma de las aspiraciones.<sup>12</sup>

Doblado se incorporaba a la contienda como el ave fénix, resurgiendo de sus cenizas. Había salido del país y a su regreso redactó desde San Luis Potosí un manifiesto a los guanajuatenses donde aclaraba su situación a partir de la capitulación de febrero de 1858. Sostenía en este documento que conforme a los papeles de Romita se retiró a la vida privada, pero el gobierno conservador de México “violó” en tres ocasiones distintas sus compromisos al recluirlo

<sup>12</sup> [Manuel Doblado], *Relato del general liberal Manuel Doblado, secretario de Relaciones Exteriores sobre los principios de la intervención de Francia en México*, f. 3, Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

en la cárcel, por lo que con esa conducta lo liberó de sus compromisos contraídos. Se defiende de la rendición frente al general Luis G. Osollo, —los radicales lo consideraron como una defección— al apuntar que consideró inútil una resistencia con la escasez de elementos con que disponía por lo que “era preferible una transacción” que asegurara la paz pública. Estaba colocado en una disyuntiva, pero pudo más en su corazón el “porvenir de los propietarios y la sangre de los proletarios... que el sostenimiento de un principio que en cualquier tiempo podría reconquistarse” y se decidió por el peligroso papel de ser el primero en orillar las cosas a un “acomodamiento pacífico” que salvase las fortunas y las vidas. Los anteriores argumentos concuerdan perfectamente con su proceder político que lo hizo tan agraciado con los grupos pudientes de la entidad, pues siempre protegió aquellos intereses; igualmente resalta el típico razonamiento del moderado de no casarse con los principios, éstos se recuperarían a su debido tiempo, pues en este esquema resultaba necesario el acomodamiento dentro de la circunstancia. Apunta que en aquel momento (1858) consideró positivo que el partido conservador, dueño por unos días de la situación, se diese a conocer desarrollando su programa de gobierno en toda su extensión, pues con esto se mostraría al país exhibiendo “la nulidad de sus prohombres”, de la misma manera que sus principios y pretensiones. Cree, y en esto coincide con sus compañeros de facción, que la experiencia práctica es la más eficaz de todas para evidenciar lo imposible del credo ultramontano a pesar del empeño y de “la insensata resistencia de sus propugnadores”. Doblado y los moderados eran hombres de acción, ejercieron el poder y a partir de la práctica algunos de ellos teorizaron pero de ninguna forma eran teóricos. La experiencia hace la teoría y no a la inversa, por eso no se entendían con un Ocampo o con un Arriaga, pero sí ponderaron las cualidades de un gran práctico como Benito Juárez.

De la misma forma, Doblado subraya en un amplio párrafo que si en aquel tiempo se formó un juicio equivocado de los partidos y del porvenir, espera que el tribunal de “la opinión pública” sea severo pero imparcial. En el momento que el congreso constitucional se reúna me juzgará, “oyéndome, cosa que hasta ahora no han hecho ninguno de mis apasionados detractores”. Y agrega:

La capitulación de Romita no tiene una sola palabra que comprometa la firmeza de mis principios de libertad y de progreso ni que haga sospechar siquiera que yo hubiese contraído compromiso alguno con el gobierno reaccionario de que pudiera avergonzarme. Depuse las ar-

mas porque no podía sostenerlas, sin asolar a mi país; pero conservé mi independencia, mi partido y mis convicciones que la reacción ofreció respetar porque me había visto pelear hasta el fin de la jornada de Salamanca... Los acontecimientos que después han tenido lugar me han demostrado con harto sentimiento mío que el sacrificio que hice al capitular fue infructuoso porque se ha visto en *una guerra asoladora, cuya conclusión es ya una necesidad apremiantísima*. La reacción, violando con escándalo la fe sagrada de los tratados, castigando cruelmente las simples opiniones, celebrando con público regocijo la perpetración de asesinatos... *ha obstruido torpemente los caminos por donde se habría podido llegar a un término pacífico* y ha hecho que el partido liberal que *es el partido nacional, avance de una vez en el camino de las reformas, afrontando definitivamente todas las que estaban indicadas mucho tiempo hace*, como el remedio radical de los males envejecidos que nos legó la dominación española.<sup>15</sup>

Recalca el exgobernador que la capitulación no lo comprometió en su pensamiento, haciendo caso omiso de las críticas que lo identificaban con los personajes más reaccionarios del momento, cosa que ya le había sucedido y que le pasará tiempo después. Sin embargo, el desarrollo del conflicto le mostró su equivocación por los diversos métodos represivos emprendidos por “la conserva”. Reconoce que la guerra ha sido devastadora, cosa que prácticamente ninguno calculó, y sostenemos lo anterior de nueva cuenta en relación a los cálculos que hicieron los dos partidos; finalmente agrega, sin rubor, la “necesidad” de que el conflicto concluya. Ello quiere decir que Doblado propone, en agosto de 1859, algo que flotaba en el ambiente y que imperará durante el año siguiente, es decir pactar entre los bandos una paz honrosa. Dicha idea provocará una serie de recriminaciones en el campo liberal, haciéndose público el escarmiento de aquellos personajes que por diversos conductos plantearan con los contrarios un arreglo que finiquitase esta degradante situación (léase Degollado, González Ortega y Miguel Lerdo). Finalmente reconoce, como lo mencionamos páginas atrás, la importancia de finiquitar el programa reformista que se había iniciado con antelación, probablemente refiriéndose a la ya lejana Reforma de 1833 emprendida por Valentín Gómez Farías. Culmina el documento con un llamamiento generalizado, pues “no queda otro camino” para acabar con la guerra, ya que si ésta continúa como hasta ahora agotará los “intereses materiales y tal vez hasta con la

<sup>15</sup> Manuscrito de Manuel Doblado a los guanajuatenses, 12-VII-1859, en Carlos Castañeda, *La guerra de Reforma según el archivo de Manuel Doblado*, p. 74-77.

nacionalidad de la República”. Presagios tenebrosos que fatídicamente se cumplirían, como aconteció en diciembre de 1857 cuando el guanajuatense describió con cierto detalle y gran poder de interpretación, como refiere Manuel Payno, la posible situación de la República si se llevaba a cabo el famoso golpe de estado. No se le hizo caso y el desarrollo de los acontecimientos fue más allá de lo por él previsto.

Doblado se incorporó a la lucha con el pie derecho, pues Benito Juárez, quien aparentemente comprendió lo sucedido en Romita o bien dejó pasar los acontecimientos como un mal pasajero, tomó en consideración el significado de su vuelta y así lo hará con otros personajes en el sentido de atraer partidarios. Un mes después de publicado el citado manifiesto recibió una carta del presidente, en la que le comunicaba su satisfacción por sostener la causa en los estados del interior y por organizar una fuerza de tres mil hombres, que sostendrán las “leyes salvadoras” publicadas por el gobierno federal y que contrastan con los temores infundados del “apóstata de Comonfort”, quién no las promulgó cuando la familia liberal dominaba en la república. Afirma que aquellas leyes (las de Reforma) harán “época” en los anales de nuestra historia, a pesar de que el partido del retroceso y la Iglesia nos llame herejes y ladrones por haber nacionalizado “con autoridad legítima” los bienes de aquélla, mismos que proporcionarán a la nación cuantiosos recursos, y disolutos y libertinos porque les retiramos la facultad de celebrar matrimonios, estableciendo el contrato civil que es una necesidad imperiosa del siglo “en que vivimos”. Agrega Juárez que esta última ley, a pesar de no ser tan perfecta como la anterior (elaborada por José María Iglesias), pues no autoriza a los divorciados casarse en segundas y terceras nupcias en vida de los cónyuges, se reformará a su debido tiempo. “Libertad, libertad en todo y para todos es nuestro programa y hemos de llevarlo al cabo, así nos amenacen con excomuniones, con la muerte y el martirio”.<sup>14</sup> Y en un tono de lo más optimista le pregunta a Doblado si está resuelto a sostener el programa a todo trance, a lo que él mismo responde que la pregunta es inútil cuando de *motu proprio* se ha lanzado a la lucha en compañía de varios miles de valientes progresistas. Con su tacto, sabedor del carácter veleidoso de don Manuel, toca la fibra de lo que significa el generalato y lo cubre de gloria:

<sup>14</sup> Carta de Benito Juárez a Doblado, 18-VIII-1859, en, Othón Villela Larralde, *Testimonios de un patriota*, p. 49-51.

Los Sres. Degollado y Vidaurri aspiran al mando de General en jefe del ejército federal; los dos lo han ejercido y lo ejercerían todavía alternativamente, si por una desgracia lamentable no hubiesen caído en descrédito. Las continuas derrotas del primero y el fracaso del segundo de Ahualulco los han puesto fuera de combate. Usted y sólo usted puede llenar hoy esa vacante y de buena gana le extendería el despacho de General en Jefe, sino temiera que los Sres. Degollado y Vidaurri se creyesen agraviados con esta providencia. De consiguiente, con toda reserva haga usted lo que mejor le parezca, pase usted por segundo jefe, pues lo primero es la armonía y mucho nos conviene que los retrógrados nos vean unidos. Cuando obtenga usted la primera victoria los mismos señores le cederán la palma. Espero que muy pronto nos dará usted un día de gloria con la toma de Guanajuato.<sup>15</sup>

El despacho de general de brigada se lo había dado Comonfort a Doblado en la primera campaña sobre la ciudad de Puebla, pero es claro que para este momento Degollado era el cerebro de la resistencia en el interior. Vidaurri no salió de su zona de influencia que llegaba hasta San Luis y Doblado entendió perfectamente su papel de “segundón”, pues se alineó tanto con don Santos en un primer momento, como con Jesús González Ortega al finalizar el conflicto y en los pleitos de éste último con Benito Juárez en torno a la presidencia de la república. Santos Degollado, desde la revolución de Ayutla, conocía el proceder del guanajuatense, sabedor de sus contactos con la sociedad pudiente de el Bajío y su innata propensión al poder y su tortuoso proceder, y le señaló para aquellos días que ateniéndose a los Convenios de Romita que celebró con los reaccionarios y debido a la autonomía de los estados, solo le estaba permitido obrar en los ramos de Hacienda y Guerra. El único propósito era el de allegarse recursos y emprender movimientos militares estratégicos. Lo concerniente al ramo de Gobierno y todo aquello que no fuera del ámbito federal quedaba en manos del gobernador Verduzco, enemigo de don Manuel. Es posible que la limitante impuesta por su jefe haya sido motivo de una venganza *a posteriori* en relación a la conducta de Laguna Seca.

Un mes después, se incorporó a las fuerzas liberales el general José López Uruga, personaje legendario en el ejército tanto por su trayectoria como por su equívoca conducta política a lo largo de varios años. Como muestra cabe recordar que en 1852 fue enviado por el presidente Mariano Arista para combatir a los sublevados de Guadalajara y defecionó por medio del Plan de Jalisco. A finales

<sup>15</sup> *Ibid.*

de 1855 se insurreccionó contra el gobierno de Álvarez, corriendo con menos suerte que el propio Doblado. Era el típico producto del ejército mexicano y su pensamiento político era tan confuso como sus acciones. El gabinete juarista se tapó los ojos y los oídos y le dio la bienvenida; era imperioso conseguir adeptos y Uruga era un militar de carrera y con cierto prestigio:

Fui recibido con cordialidad por el Sr. Degollado y Benito Gómez Farfás ratificó mis sentimientos de unirmeles y trabajar en el arreglo y orden de la fuerza. Pasto muy insignificante pero lleno de vicios, de celos, de pasiones: es necesaria una regeneración completa. Nunca adquiriremos el triunfo si no quitamos el localismo de los jefes y establecemos una disciplina severa que es difícil de conocer desde un escalón más abajo de don Santos. Dios y la lealtad de mis sentimientos me ayudan; muchos enemigos voy a granjearme, tal vez pereceré acusado, pero no puedo comprender que con olvido se reforme un país y con el gatillo venga el orden.<sup>16</sup>

Uruga, como puede rastrearse a lo largo de su correspondencia con el presidente Juárez, era un devoto de la disciplina dentro de la tropa, aunque para sí no lo fuera tanto. Al desempeñarse en 1861, como embajador en Prusia, la organización de aquél ejército lo dejó tan impresionado que una vez en el destierro por haberse adherido al imperio de Maximiliano, escribió un libro sobre el sistema militar obligatorio en la nación de los teutones.

Efectivamente la tropa era indisciplinada por su misma conformación -la leva y la guerrilla- y los jefes no estaban exentos de los vicios y las pasiones. De igual forma, la correspondencia de aquella época, que es riquísima, nos muestra no sólo las diferencias entre los propios oficiales sino la rebeldía de los mismos jefes, que además eran caciques, frente a las órdenes del presidente. En este sentido, su apreciación en torno al "localismo" de estos últimos es muy significativa, pues hemos visto cómo Doblado actuó a principios de 1858 de la manera en que lo hizo Vidaurri y lo seguiría haciendo hasta la ruptura absoluta con el régimen constitucional y en general, como mencionábamos al principio del capítulo, fueron muy importantes los intereses provinciales con los que se sostenía el gobierno de Juárez. Estos cacicazgos lo pusieron muchas veces en aprietos, inclusive ya restaurado el orden republicano.

Es interesante el reconocimiento que hace Uruga en cuanto a todos los enemigos que adquirirá, pero surge la inquietud sobre la situación que se genera a consecuencia de la guerra civil. Coincide

<sup>16</sup> José López Uruga, "Memorias", 1860, Colección Genaro García, Universidad de Texas.

con la mayoría de los hombres políticos de su tiempo, “cangrejos y chinacos”, en que la inacción perjudica a la nación; en época de revolución no se puede estar al margen, aunque hubo algunos que lo hicieron durante prácticamente toda la “Gran Década”. Más aún, recogieron buenos frutos.

#### REAPARECE EL ESPECTRO DE LAS TRANSACCIONES

Como mencionamos en el apartado anterior, en la segunda mitad de 1859 se incorporaron a la lucha una serie de elementos que por diversas razones se habían mantenido inactivos. Las llamadas Leyes de Reforma fueron vistas por muchos como una medida política que iba más allá del contenido de los propios edictos, pues ampliaba los motivos que estaban circunscritos a la Constitución de 1857, que no era del gusto de la mayoría, y a la figura presidencial de Benito Juárez, que por sí sola definitivamente no era suficiente para hombres tan poseídos de sí mismos como Doblado, González Ortega y otros. Era más bien el de sostener un programa que brindaría la tan deseada felicidad a la nación, pero también, puesto que no eran unos teóricos ilusos, ponderaban el papel que estaban desempeñando los conservadores y que no era conveniente ignorar, puesto que para los primeros meses de 1860 no se le veía fin a la contienda.

La guerra civil, con sus asesinatos, con el desquiciamiento visible para todos de la nación, con todo lo que ya mencionamos, resultaba más sangrienta y duradera de lo que originalmente habían previsto y los orilló, según sus convicciones más íntimas, a reforzar el combate para terminar de una vez con todo, o bien, iniciar el camino de las componendas, de los papeles secretos y las pláticas entre los “prohombres” de las dos facciones. Para estas fechas ya era posible lo que no podía ser en los dos años anteriores, iniciar el camino de las transacciones. La situación ya había llegado a un punto culminante y ahora se hacía necesario pacificar de cualquier forma al país. En el caso concreto del partido liberal reaparecen, más o menos compungidos y un tanto timoratos “los moderados”, despreciados por radicales y conservadores, pero conscientes de que ese era el momento para nuevamente entrar de lleno a la arena política proclamaron un *mea culpa* colectivo pues con ello no se perdía nada. Que nos critiquen, decían muchos de ellos, no importa, tuvimos razón, la revolución, con todas sus exageraciones, sólo ha traído penas. Hay que ceder.

Al iniciarse 1860 a Manuel Doblado se le contemplaba como fuerte candidato para la cartera de Relaciones o de Hacienda en el gobierno establecido en Veracruz, pero Guillermo Prieto, que navegaba con bandera de pirata, ya que en realidad sus afecciones personales iban más de acuerdo con los moderados, especialmente con Doblado, les hizo ver a Juárez y su gabinete que éste era más útil en Guanajuato y en el interior por su capacidad organizativa y sus contactos con las fuerzas políticas, con lo cual podría atraerse recursos, que estando como ministro en el puerto y además que estaba autorizado para rehusar en su nombre formar parte del ministerio, fuese cualquier combinación. Doblado nunca había aceptado cartera alguna, pues sabía que ello le restaba movilidad e influencias. Y así sucederá hasta diciembre del año siguiente cuando se integre al gabinete juarista tras haberle aceptado una serie de condicionamientos.

La idea de hacer la paz empezó a tomar fuerza, Uruga obtuvo una importante victoria en Peñas Blancas (San Luis Potosí), sin embargo, días después no pudo tomar la ciudad de Guadalajara, donde fue herido y cayó preso durante el combate. La reacción controlaba esta ciudad, Puebla y México, pero no el territorio intermedio que era pasto de las guerrillas. Aún más, si las tropas de Miramón obtenían alguna victoria y posteriormente, por compromisos de la guerra o por falta de dinero, tenía que mudarse de población, ésta era inmediatamente ocupada por las fuerzas liberales, situación que persistía desde mediados de 1858. Eran victorias temporales de ambos bandos, pero nada en suma hacía vislumbrar el fin del conflicto, a pesar de que los “rojos” controlaban la mayor parte del territorio y los puertos de Tampico y Veracruz que eran fuentes de dinero e información para el sostenimiento de la campaña. Los liberales, precisamente por tener como jefes a Degollado y González Ortega, no contaban con un mando unificado que les diera coherencia a sus acciones. Ello sin tomar en cuenta el escaso entrenamiento de la tropa que normalmente, al verse perdida, se desbandaba, o bien los oficiales no obedecían las órdenes de sus superiores, como afirmaba Uruga.

La guerra siguió hasta que los moderados sugirieron llevar a cabo la paz y entablar pláticas de avenimiento. Un periódico de tendencia conservadora, el *Diario de Avisos*, dirigió sus baterías a criticar la mención de un arreglo según la tendencia del moderantismo. Apuntó en un editorial sobre el carácter de los “tres partidos nacionales” sosteniendo lo siguiente sobre el grupo moderado: que el “partido medio es cobarde, fluctuante, ingenuo y ruin” pues se une

al partido del “bien” —los conservadores— por utilidad o por los hábitos de educación; que la riqueza personal y los empleos de los prohombres del moderantismo están antes que los de la patria; que preciándose de sagaz y prudente se enreda en extraños manejos donde siempre quedan burladas sus combinaciones; que queriendo parecer imparcial, subraya, es parcial y enemigo de demagogos y conservadores; “a fuer de prudente y conciliador es indiferente: a su indolencia llama calma política y no tener pasión de partido”. Acusaciones todas que eran sumamente graves ya que la indolencia puede ser comprendida como una alianza no manifiesta, además de que el *Diario* utiliza para criticarlos el lenguaje y los calificativos que se encuentran tanto en sus documentos oficiales como en la correspondencia particular. Reconoce que el “funesto” moderantismo conformaba un partido numeroso en la república, lo acusaba de contribuir en buena medida a mantener la guerra y ahora pretendía falsear la paz que todos los partidos quieren:

Para el partido medio con su calma y prudencia peculiares dice: —transemos—. Haya un medio entre estos extremos; no se haga la paz como piden los demagogos ni como quieren los conservadores. Ambos son exaltados partidarios, los ciega la opinión política, fórmense un justo medio. Déjese algo de la reforma, perdónese a algunos de los responsables: quede la desamortización; no se nacionalicen los bienes eclesiásticos. Unanse los jefes de ambos partidos que son temibles: sacrifíquese a los bandidos subalternos que no tienen cierto nombre y valimiento: no se hable de responsabilidades: convóquese un congreso que reforme las leyes que originan la discordia... En suma, un poco de verdad misturada con un poco de error: *una media justicia con una media impunidad*.<sup>17</sup>

El autor del editorial, que obviamente no firma estas líneas, conoce perfectamente el pensamiento de los liberales moderados y cuando menciona que al presentarse como imparcial se hace enemigo de ambos, reproduce con una claridad inobjetable la situación nacional de los partidos políticos, por lo menos a partir de la guerra de 1847. Con la agudeza de un estratega, apunta que son tan difíciles las combinaciones del partido moderado que normalmente nunca puede realizarlas y lo anterior puede constatarse al revisar una serie de acontecimientos donde resulta que por diversas formas fueron burlados sus proyectos. Como se señaló en la página anterior, agrega como dato importante el reconocimiento de que es el

<sup>17</sup> *Diario de Avisos*, 15-vi-1860.

partido mayoritario, cosa que ya había apuntado el propio Melchor Ocampo en sus memorias, y lo es porque la sociedad tiende a la templanza, es su estado natural, es lo racionalmente correcto, pero lo es también que cuando se tiene que cambiar el estado de cosas, y acabar con los problemas de raíz, a estos moderados les cuesta mucho llevar a cabo semejantes innovaciones. Como dijimos al principio de este estudio, ellos tienden a la reforma que implica no desconocer el legado del pasado sino modificarlo; aplicar una mudanza sin rompimiento. En este sentido el autor subraya con gran inteligencia “una media justicia con una media impunidad”.

Un mes después de haber aparecido el anterior editorial salió a la luz un documento, firmado por diversos vecinos de la ciudad de México, pidiendo al gobierno de Miramón y al encabezado por Juárez la manera de establecer una paz duradera, pues ello se hacía necesario teniendo en cuenta los caros intereses de la patria, su decoro e independencia. La consolidación de la paz era indispensable para conservar las propiedades y libertades públicas que estaban a punto de perderse por efectos de la “lucha fratricida”. Se subraya que los males quizá “deben atribuirse a la obstinación con que se pelea, y la dificultad de convenirse en un medio racional y pacífico. Qué éno perderá a la nación los intereses y principios, que lo que se comprometa en una *transacción* justa y racional?”<sup>18</sup>

Agrega el documento que las partes en pugna deben enviar cada uno tres comisionados con facultades suficientes para poner remedio a la situación, con la salvedad de que dichos acuerdos “los sometan a la aprobación de sus respectivos comitentes”. Sostiene que las conversaciones no deben escamotear cuantos medios “les dicte su prudencia, ni perdonar todos los sacrificios que sean compatibles con la existencia de nuestra sociedad”. Suscriben que no creen que exista algún mexicano que se niegue a establecer la paz sobre buenas bases, suponiendo que ello hace necesario un libre examen de la situación donde existen determinadas causas materiales y algunos principios que resultan medulares en la conformación de la sociedad mexicana.

Frente a esta petición y la exposición de motivos, apareció el 26 de julio de 1860 un impreso suelto, firmado por un Manuel F. Soto y que lleva por título “La transacción y el porvenir” donde analiza y refuta las principales ideas de los peticionarios de la paz. Afirma que lo que se pide es una “transacción” y que en el caso de la liber-

<sup>18</sup> Manuel F. Soto, “La transacción y el porvenir”, p. 2, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Texas.

tad política, civil o religiosa es como querer luz y tinieblas al mismo tiempo; es querer un “gobierno clérico-militar” que descansa en el principio libertario de la soberanía del pueblo, idea que es tan precisa que cualquier cambio que se le haga “falsificaría su desarrollo libre y espontáneo, sería un nuevo elemento de desorden y un nuevo obstáculo en la vía del progreso”. Es como admirar una hermosa joven radiante por sus galas pero que esconde la lepra, cuyos síntomas son la mutilación parcial de sus miembros. Esa visión es lo que “compromete la transacción” y es la imagen de la patria desde 1823 hasta el día de hoy. Asegura que la paz sin legalidad es imposible:

sería una corta tregua para una nueva lucha más sangrienta, más destructora y más encarnizada. Produciría *la anarquía* entre los defensores del gran partido liberal, porque las autoridades que la aceptasen romperían sus títulos y serían justamente desconocidas y repudiadas de sus comitentes.<sup>19</sup>

Agrega que los conservadores han acusado a los constitucionalistas de arriesgar la nacionalidad de México, pero que son ellos, más que “el mismo gabinete de Washington” quienes conspiran contra su propia patria, haciendo correr el rumor de una intervención española, si no se acepta la transacción. Y, en caso de que esto se verifique, tarde o temprano serán expulsados los españoles más allá del Golfo, inestabilidad que aprovechará Estados Unidos frente al orgullo y necesidad de España y la debilidad de México. Entonces —con un gran poder de penetración— sentencia:

La pérdida de nuestra nacionalidad, la devastación de nuestro rico suelo, la matanza de nuestros hermanos y la ignominia de nuestra caída ante el mundo civilizado; el odio o el horror de nuestros hijos y las maldiciones de la posteridad... y todo lo que os ocurra, será porque *vosotros estáis empeñados en negar que hemos pasado ya la primera mitad del siglo XIX*, negándoos a aceptar el triunfo de la legalidad y de la reforma, por sostener el despotismo del clero y del ejército con todos sus abusos. ¡Tal vez muchos de vosotros, emigraréis de la república con todos vuestros capitales, abandonándola a su propia suerte!<sup>20</sup>

El autor discurre analizando las causas que han originado la quiebra del erario. Ello se debe al clero, a los contratistas que se han hecho ricos aún durante la presente guerra y a la multitud de

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 5.

funcionarios de todos los partidos políticos que han abusado de la confianza pública. Señala que el progreso de los países se debe a la transformación constante de las sociedades, cuyo camino se dirige indefectiblemente a la perfección. Cuando se le quiere detener, como sucede en México, la sociedad se trastorna y ello produce un cataclismo social que hace indispensable una revolución de efectos tal vez más radicales, precisamente porque tiene que vencer todos aquellos obstáculos que se le han impuesto. Si esta evolución no es contrariada las reformas se hacen pacíficamente por medio de la discusión y el libre examen de las ideas. Indica que, en el caso de México, muchos de los que firmaron el documento de transacción han figurado desde el inicio de la vida política independiente del país como aquéllos que con mayor empeño se han propuesto destruir las instituciones liberales, que tienden naturalmente a extirpar los abusos para declarar que el país no está constituido, “y bajo la sombra de la dictadura conservarlos en todo su vigor para sacar mayor provecho de ellos”. Agrega que a pesar del trabajo de estos personajes la situación ha cambiado. Frente a los pronunciamientos anteriores, donde los jefes militares se abrazaban al día siguiente de haberse combatido, repartiéndose el botín porque jugaba más la ambición personal que el interés público, hoy toda la nación se interesa por los acontecimientos presentes porque tiene la íntima convicción de que el curso de ellos le afecta, ha sostenido la lucha a pesar de los efímeros triunfos reaccionarios y, además, porque no va a aceptar que las tres personas que los peticionarios proponen por cada bando, vayan a suprimir o falsificar la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma.

Señores, vosotros no tenéis fé en el porvenir, ni en la libertad, ni en el progreso, y por esto pretendéis que se trance cuando el triunfo no está lejos de nosotros. No conocéis la importancia inmensa del triunfo de la ley sobre la fuerza bruta; pero tened presente, que la dictadura del sable y de la sotana sosteniendo los abusos, *nos conduce al abismo, porque estamos en el cráter de un volcán, a cuyo fondo nos precipita la falsificación de la legalidad*. Fuera de la legalidad está el caos; la transacción es imposible.<sup>21</sup>

Como hemos podido observar, tanto el bando conservador criticó la iniciativa moderada de establecer una paz que satisficiera a los contendientes, como el liberal Manuel Soto, quien desde Tampico, se opusieron a todo aquello que sonara a transacción, a libertad a me-

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 12.

días, a logros parciales, a componendas. El editorialista tamaulipeco fue más lúcido, pues, además de considerar lo negativo de lo ya señalado, criticó el papel que habían jugado los conservadores en los faustos de nuestra historia, señalando el porvenir nada envidiable que le espera al país en caso de que continúe el conflicto.

A pesar de la negativa de tirios y troyanos reiteramos que la opinión pública veía la necesidad de que se pactara la paz, preferiblemente tomando en cuenta lo positivo de las dos posturas antagónicas, que en definitiva estaban respaldadas por legítimos intereses.

En este proceso, tendiente a establecer un *modus vivendi* entre las facciones, como ya dijimos, se incorporaron al espectro político Manuel Doblado y posteriormente lo llevó a cabo López Uruga. En la segunda mitad de ese año volvió a mencionarse con gran fuerza el posible retorno de Ignacio Comonfort, lo que ocasionó severas críticas hacia el expresidente. Lo inusual de tales señalamientos por parte de los liberales radicados en Veracruz se explica por la fuerza que estaba tomando el grupo que quería la Reforma con orden y libertad. Don Ignacio no estaba solo y contaba con grandes apoyos dentro del país. Uno de ellos, el exministro de Justicia, Ezequiel Montes, estableció contacto con Doblado, quien de ninguna manera se opuso a entrar en comunicación con sus antiguos compañeros de gabinete. En una carta de finales de julio le comenta que ya han pasado cerca de treinta meses de lucha sin que se haya podido vencer a la reacción y esto se ha debido a la falta de acierto, combinación y destreza en los directores políticos y militares del liberalismo “puro”. Confiesa que ahora está convencido de que ha pasado la época de las ilusiones y que las ideas no triunfan solas sino que es necesario que se encarnen en una o varias personas, pero que desafortunadamente todavía no existe “ese hombre en la escena política”. Le asegura que Comonfort ya no es el individuo “tímido e irresoluto de otros tiempos, y que los desengaños y sus viajes lo han hecho comprender que es preciso que el poder civil se sobreponga a sus rivales”, decía además que:

la intervención extranjera no es un invento, esta no se hará esperar por mucho tiempo. Hasta ahora la Providencia nos ha salvado... lo que se complicará con la pronta renovación del ejecutivo... en esto no procedo por conjeturas; tengo certeza absoluta de lo que digo, y algún día presentaré a usted las pruebas de ello.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Carta de Ezequiel Montes a Doblado, 28-viii-1860, Archivo Mariano Riva Palacio, Universidad de Texas.

Termina la carta subrayándole que los gobiernos acreditados en México reconocerán a un régimen encabezado por Comonfort, con la única condición de que se establezca la libertad religiosa, que él decretará inmediatamente cuando acceda al poder público. “En suma, si usted resolviera trabajar por el señor Comonfort, antes de cuatro meses se reestablece la paz instaurándose sin más efusión de sangre”.

Don Ezequiel acierta en su apreciación sobre la conducta y responsabilidades de la campaña militar por parte de los liberales, más se equivoca en torno a la dirección política que, a pesar de movimientos centrífugos, como el de Vidaurri, definitivamente se encontraba en el gabinete de Veracruz. Asimismo, resulta interesante su concepción en torno a que las ideas y, de manera más concreta, un programa de gobierno, para que puedan llevarse a cabo, deben personificarse en uno o varios individuos, tipo de concepción que nos habla del grado de desarrollo de los políticos mexicanos de la centuria pasada o sea el caudillismo, etapa que permea cualquier proceso revolucionario y es previa al régimen de instituciones. Para él, Juárez carece de esa fisonomía y concuerda, como muchos hombres de la época, aún de años posteriores, tanto nacionales como extranjeros, en que Comonfort es el hombre indicado, pues ha evolucionado y ha ido convenciéndose, a través de los sinsabores, de la necesidad de avocarse a fondo, sin transacciones. Los hechos posteriores, hasta su muerte, prueban que el queretano tenía razón, don Ignacio se comprometió, a pesar de la borrasca, en el proyecto liberal hasta el fin de sus días. Y así como es correcta su valoración sobre aquel personaje, la mención que le hace a Doblado en torno a una posible invasión por parte de potencias extranjeras es anterior a otras cartas que en ese sentido y con un grado sumamente elevado de precisión, le llegaron al exgobernador a finales de ese año y que serán expuestas más adelante.

Efectivamente, la figura del expresidente Comonfort vino a complicar el panorama de “la familia enferma” y ésta, con ayuda de muchos partidarios, emprendió, por medio de la prensa, la crítica despiadada.

En el caso del periódico oficioso *El Progreso*, publicado en el puerto de Veracruz, señalaba que desde la formación de la “coalicción” hasta esos momentos, se había sostenido una lucha tremenda con la invariable voluntad de la mayoría de los mexicanos por defender su ley fundamental, como “habrá podido observar no sin gran pena” el señor Comonfort, que ahora quiere presentarse como el modelo de constancia y firmeza en los principios liberales, sin

comprender que él mismo contó con inmensos elementos, como ningún otro presidente, para hacer la felicidad a su patria. Agrega, que el esfuerzo que don Ignacio hace por volver al poder junto con otros individuos, como José María Lafragua, prueban que es una verdad innegable que nada es más difícil que conocerse a sí mismo, pues duda que aquéllos tengan la intención de asumir sin reticencias todo el programa liberal.

Otro periódico, en San Luis Potosí, calificó al expresidente de “traidor” por haber vendido a los liberales a sus perseguidores, además de falsear el espíritu de la revolución de Ayutla. En este sentido, también lo acusa de haber engañado al general Álvarez, promoviendo un pronunciamiento en Guanajuato, cuyo brazo visible era Doblado, cuando que él había sido el cerebro de toda la maquinación:

Tú que prostituyendo la autoridad te serviste de ella para seducir a las tropas a fin de que te proclamase Dictador y despedazasen la ley, tú que fuiste traidor al juramento de hacer guardar la carta de 1857, ven al país; sus puertas están abiertas; tu obra está incompleta, la reacción moribunda te pide que de nuevo la vuelvas a la vida. Pisa el territorio empapado en la sangre que por tu causa se ha derramado; pero no creas que has de ser aceptado por el gran partido liberal. Serás su verdugo, su hombre jamás.<sup>23</sup>

Dentro de este mismo orden de cosas, salió por aquellos días en el puerto de Veracruz un documento que criticaba la reciente edición de un libro que defendía al caído gobierno del general Comonfort.<sup>24</sup>

El autor de la crítica, aunque permanece en el anonimato, creemos posible que fuera Manuel Gutiérrez Zamora, ya que se sostiene en el libelo, al igual que en su correspondencia particular, que él como gobernador le ofreció a Comonfort, en enero de 1858, ayuda pecuniaria y militar para que combatiese a los tacubayistas. Aquél no quiso saber nada y tomó el primer barco que lo sacó del país. Asombrosa coincidencia de datos que no fueron hechos públicos hasta la salida del documento intitulado *Rápida ojeada sobre la revolución y el general Comonfort*. En éste se acusa al “escritor extranjero” (léase Anselmo de la Portilla) de haber presentado la obra —que no

<sup>23</sup> “El Liberal de San Luis”, en *Diario de Avisos*, 28-VII-1860.

<sup>24</sup> Anselmo de la Portilla, *México en 1856 y 1857. Gobierno del general Comonfort*, Nueva York, Hallet, 1858.

se le menciona por su título —sobre tal régimen, en un momento impolítico, absurdo y de consecuencias desastrosas para el país. Subraya que “el historiador pagado de su administración” no podrá tranquilizar la conciencia de Comonfort y sus aduladores acerca de su injustificable conducta, a pesar de que en ella se lance una gran cantidad de incienso a los interesados y agrega que:

Por un sentimiento de respeto hacia la desgracia, no habíamos querido antes ocuparnos del Sr. Comonfort... pero hemos sabido últimamente que este personaje trabaja con actividad por medio de sus agentes, para conseguir su restauración en el poder... Recordamos al público que en provecho de las dolorosas lecciones... ese personaje es el menos apto en la actualidad, no sólo para seguir el curso de la reforma, como jefe de Estado, sino hasta para defender con su espada a la revolución porque carece de ideas y convicciones a la altura de la época.<sup>25</sup>

Fueron tales los artículos en contra del expresidente y sus allegados, como la idea de entablar pláticas para la paz, que *El Boletín de Jalapa*, de tendencia ultramontana, relató cómo habían emigrado varios elementos del gobierno constitucionalista y señalaba, entre otras causas, la previa animosidad entre Miguel Lerdo y Juárez; daba cuenta que el primero presentó su renuncia y salió, tal vez rumbo a México, para trabajar “secretamente por Comonfort”. Y además apuntó, en son de ironía, que Gutiérrez Zamora: “combate a muerte a los comonfortistas, lo mismo que Emparan y Juárez: todos ellos le tienen más mala voluntad que a la reacción”.<sup>26</sup>

Esta división dentro de la familia liberal se verá con mayor claridad al año siguiente, con las elecciones para presidente constitucional y de la Suprema Corte de Justicia, donde Miguel Lerdo será el candidato de la oposición a Juárez. Sin embargo, una vez pasado el furor que causó el rumor de la vuelta de don Ignacio, la mira de todos se volvió a centrar en la forma de ganar la lucha, ello sin despreciar los contactos tendientes a verificar una paz honrosa para todas las partes. En este sentido, el embajador de España, Francisco Pacheco, a quien se le había mencionado meses antes de promover el entendimiento mutuo, entabló vías de comunicación con el general González Ortega, indicándole en una de sus cartas que la continuación de la guerra civil estaba destruyendo a pasos agigantados a

<sup>25</sup> Varios liberales, “Rápida ojeada sobre la revolución y el general Comonfort”, p. 6, Colección Lafragua.

<sup>26</sup> *Diario de Avisos*, 10-VIII-1860.

la república mexicana y que este tipo de conflictos no se acababan meramente en las batallas, sino que las grandes discordias de los pueblos sólo terminaban por medio de acomodamientos que satisficieran a todas las partes. Por ello, voluntariamente se ofrecía para influir de la manera más satisfactoria en la realización de una serie de pláticas que traerían la felicidad a todos los mexicanos. Asimismo, agregaba el embajador, que si uno de los partidos luchaba por la Constitución de 1857 y el otro la combatía, y que ambos admitían el principio de la soberanía nacional, origen y fundamento de todas las constituciones ¿por qué no acudir franca y sinceramente a ella, a esa soberanía, para que resuelva el conflicto que divide al país? Indicaba que en caso de que la voluntad nacional se inclinase a lo propuesto por la Constitución, nadie podría resistirlo, pero, si quiere otra cosa distinta, deberán coartarse las leyes anteriores que “siempre fueron ocasión de disturbio y querellas”.<sup>27</sup>

González Ortega le informó que no podía aceptar la mediación del embajador por carecer de facultades y porque creía imposible algún advenimiento, ya que el partido conservador “quiere barrenar” ciertos principios constitucionales por los cuales se han empuñado las armas, y que además, según ha manifestado “en las conferencias habidas anteriormente” no cederá por motivo alguno a tales exigencias, por lo que ya de antemano se tiene perdido cualquier encuentro que tienda al entendimiento. Y por si esto fuera poco le subrayó a Pacheco que él, como representante de un gobierno, actuó de manera equívoca al reconocer un régimen que en su origen era producto de un alzamiento a todas luces ilegal, siendo responsabilidad de todo embajador mantenerse neutral frente a los conflictos internos. Más aún, reconociendo que el gobierno de Zuloaga hubiera tenido como origen causas genuinas y loables, en la actualidad, o sea el gobierno de Miramón, era “meramente el producto escandaloso e inmoral de un nombramiento que han hecho veintitrés cortesanos de la ciudad de México, sin otros títulos, ni poderes, para poner arbitrariamente en manos de un hombre los destinos de la República”.<sup>28</sup>

Sabiamente, don Jesús no toca de manera directa lo referido a la soberanía y un posible parecer por medio del voto en torno a las leyes que han originado la guerra civil. No lo hace porque era uno de los puntos del movimiento tacubayista que seguramente recogió la idea original que había expuesto el exministro José María Lafragua.

<sup>27</sup> Carta de Francisco Pacheco a González Ortega, 24-VIII-1860, Archivo Jesús González Ortega, Universidad de Texas.

<sup>28</sup> Carta de Jesús González Ortega a Francisco Pacheco, 30-VIII-1860, en *Ibid.*

Esa idea era germen del caos, pues se indicaba en el plan firmado por Zuloaga que si el resultado del escrutinio resultaba negativo para la Carta Magna, ésta tendría que rehacerse hasta que fuera del gusto de la población. Proyecto que resulta lógico en el plano de la teoría liberal ya que no es lícito que existan leyes que contradigan los sentimientos populares, postura que es una derivación del concepto de soberanía pero al mismo tiempo es un hecho que dichas elecciones podrían ser manipuladas todas las veces que fuese necesario. Igualmente es probable que el general liberal, como muchos otros correligionarios, no aceptase en la práctica el ejercicio de la soberanía popular y que ésta quedase en el plano del discurso, debido entre otras cosas a la aparente imposibilidad de que el pueblo se manifestase de una manera responsable y coherente. Todo lo anterior pudo haberlo meditado González Ortega, ello sin tomar en cuenta el craso error de Pacheco en el sentido de que los conservadores fuesen afechos al concepto de soberanía popular; Lucas Alamán lo hubiera desmentido en unas cuantas líneas.

Una vez pasado el interludio de las tentativas de paz, del rumor de las transacciones, de que ninguna de las partes estaba dispuesta a ceder, la guerra se impuso de nueva cuenta con la idea de dar todo o perecer en el encuentro. Santos Degollado sostuvo una plática con Severo del Castillo, que defendía la ciudad de Guadalajara, y en ella lo invitaba a pacificar el país. Lo mismo sucedió con Luis Robles Pezuela quien dijo estar comprometido con Miramón y que sólo estaba dispuesto a transigir con tal de que se eliminaran las “exageraciones” de la Constitución de 1857. Degollado, ante tal desolador panorama, le escribió una carta a González Ortega que muestra perfectamente el nuevo ímpetu que tomaba el conflicto, muy sangriento y sin lugar para las transacciones, aunque éstas siempre se buscaron, aún inmediatamente después de la gesta de Calpulalpan. Al respecto dice lo siguiente:

Estos hombres no tienen remedio y es necesario meterles la razón a balazos y eso le toca a usted. En adelante no debe haber perdón a los prisioneros, debemos fusilar a los reincidentes pues así lo manda la ley de 6 de diciembre de 1856, y debemos omitir toda plática inútil antes de batirnos, supuesto que tantas veces hemos sido desairados. Estando el clero de por medio no espere usted nada racional ni humanitario, y para economizar la sangre, debemos derramar un poco de la de los más perversos.<sup>29</sup>

<sup>29</sup> Carta de Santos Degollado a González Ortega, 20-VIII-1860, en *ibid.*

Efectivamente, la guerra retomó su giro sangriento, pero a las dos facciones les faltaba un elementísimo en estos conflictos que era el sostenimiento de la tropa, cosa nada fácil dado el estado que guardaba el país, no solamente por la ruina que producía la devastación de los campos y el poco tránsito de mercancías y en general de la actividad comercial, sino muy especialmente por las continuas exacciones que como préstamos forzosos se convirtieron en materia cotidiana, arruinando una cantidad importante de fortunas de carácter medio. La simple lectura de la correspondencia de liberales y conservadores muestra hasta qué punto resultaba desesperante para los comandantes de las distintas brigadas allegarse recursos, y no decimos esto respecto a un oficial subalterno en una región apartada, sino generales de la talla de Miramón, Márquez, Degollado, Doblado y otros. Las protestas se transformaron en exigencias y la escasez general provocó serias fricciones entre los directores de la guerra, ya que cada quien procuraba no solamente allegarse recursos sino que los protegían como la prenda más importante de su existencia, y en esto tenían razón.

Leonardo Márquez, quien ya se había quejado de tener que entregar parte de la fuerza que había formado y ante la insuficiencia de recursos mandados desde la capital, se le presentó una oportunidad de resarcirse cuando el gobierno conservador le pidió que custodiara una conducta cercana a los dos millones de pesos que debía ser depositada en un puerto del Pacífico. Esta cantidad importante de dinero estaba marcada por intereses internacionales, lo que la hacía peligrosa y distinta en su carácter, y por la forma violenta de su apropiación. Aquél contestó que debido a la pobreza y condición de su tropa, los expresados caudales no contaban con la seguridad suficiente para el camino que debían emprender, lo mismo sucedería si permanecían en Guadalajara. Por lo tanto, afirmó:

no me queda más remedio que el de ocupar provisionalmente una pequeña parte de los mismos para darles seguridad y por lo tanto he resuelto que se ocupen 600 mil pesos con aplicación exclusiva a la campaña de pacificación del Departamento y para que ese dinero también sirva en la seguridad que demanda el transporte de dicha suma.<sup>30</sup>

Esta insubordinación y robo, como fue considerado, le brindó una preciosa oportunidad al presidente Miramón para ordenar su encarcelamiento, misma que duró hasta la inminente caída del régi-

<sup>30</sup> Leonardo Márquez, *op. cit.*, p.242-244.

men tacubayista cuando era necesario contar con los elementos más valiosos para hacer frente a la ofensiva liberal. De esta forma el joven “macabeo” eliminaba provisionalmente al militar que le había hecho sombra y con él que de tiempo atrás existía una rivalidad manifiesta, además de un desprecio profundo entre ambos. Cuando Márquez salió de Guadalajara considerándose preso, la sociedad de aquella metrópoli lloró y temió, con toda razón, que próximamente la ciudad sería sitiada y saqueada. El sostiene en sus escritos que el juicio fue a todas luces parcial, y que el dinero fue adquirido firmándose una serie de papeles que garantizaban la deuda, subraya que no solamente se devolvió tiempo después, sino que se entregó una cantidad mayor de la que se había tomado originalmente. Y así como Márquez ocupó aquella conducta y Miramón lo haría en un futuro inmediato respecto a los intereses ingleses, acción que se conoce como el robo de Capuchinas, los liberales tampoco se quedaron atrás, no solamente en la suma sino en las complicaciones internacionales que tuvieron que afrontarse y que definitivamente pusieron en aprietos a Juárez y sus ministros. Como su contraparte conservadora, también entre Degollado, González Ortega y Doblado existían rencillas y toda una serie de manejos con el afán de sobreponerse al general en jefe. Mencionábamos, páginas atrás, que Degollado no le permitió en un primer momento al guanajuatense hacerse cargo de todos los elementos de aquella entidad, tanto porque en ese momento no era posible como porque conocía su proceder y sus tendencias caudillescas que lo hacían peligroso frente a una política de unidad en el mando y en las acciones. Esa situación posiblemente desagradó a Doblado y esperó el momento para cobrar; los papeles del general López Uraga mencionan por diversos conductos cómo pagaba mal Doblado los favores. Lo cierto es que el diez de octubre le informó a Degollado el por qué resultaba necesario apoderarse del dinero de Laguna Seca:

La ocupación de las conductas de San Luis, Zacatecas y Guanajuato es a mi juicio, el único medio de hacer frente a los enormes gastos que actualmente está haciendo el ejército federal. Comprendo todos los inconvenientes y todas las consecuencias de una determinación tan grave: pero también estoy penetrado íntimamente de que si no se apela a las providencias de este orden, la revolución se prolonga indefinidamente y el país entero se hunde en la miseria y la anarquía para perder después hasta la nacionalidad. En la situación que hoy guarda el partido liberal, tenemos que escoger entre los dos extremos de este terrible dilema: o malograr tres años de sacrificios sangrientos y esto cuando estamos tocando término de ellos, o echar mano de los recursos que se

encuentren, sea cual fuese su procedencia. La alternativa es dura, pero indeclinable. No hay pues término medio posible: o autorizamos el desbandamiento de las numerosas tropas que están a nuestras órdenes, o les proporcionamos los recursos de subsistencia, que conservándoles la moralidad y disciplina las pongan en aptitud para concluir prontamente las operaciones de guerra.<sup>31</sup>

Es cierto que la acción pudiera presentar graves consecuencias que definitivamente Doblado calculó, no era una medida que se tomaba con precipitación, es más, supo de lo hecho por Márquez y pensó correctamente que resultaba indispensable llevarla a cabo. La guerra los había puesto en aquella disyuntiva y el alargamiento de ésta era peor en todos los órdenes, debían arriesgarse a tomar un dinero ajeno a pesar de que tuviera un carácter internacional; para remediarlo estaban las pláticas y él las conocía muy bien. El robo, porque igualmente eso fue, produjo un incendio en Veracruz y llegaron órdenes fulminantes cebándose en Degollado, que era la cabeza visible, y el general en jefe que aprobó, muy a su pesar, la medida de Doblado. Don Santos le escribió lo siguiente que refleja el estado de desesperación y abatimiento a que había llegado. El se sabía utilizado por aquél y por Juárez; entendió perfectamente lo que aquello significaba:

Apruebo la conducta de vuestra excelencia, tomo sobre mí todo el peso de la responsabilidad y lo declaro exento de la que pudiera tener por haber tomado una resolución tan grave como transcendental delante de la disolución del país y de su inevitable ruina; delante de esos torrentes de sangre sobre que salta y va pasando la revolución... resulta perentorio el feliz término de tantos males con una paz sólida y bien cimentada. Ante ello no puede vacilar un corazón mexicano, patriota y noble, como el que creo poseer.<sup>32</sup>

La prensa conservadora reprobó el atraco y señaló como responsable absoluto a Manuel Doblado, asegurando, además, que Degollado había sido engañado vilmente ya que le fue comunicada la idea una vez que ésta ya se había verificado. Y esto pudiera ser congruente, afirmaron los diarios, si existiesen varias leguas de por medio, pero los dos jefes vivían en la misma casa. Por lo que Doblado

<sup>31</sup> Carta de Manuel Doblado a Degollado, 10-IX-1860, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Guanajuato.

<sup>32</sup> Carta de Santos Degollado a Doblado, 12-IX-1860, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Guanajuato.

do es acusado de no haber querido tomar el parecer de su comandante y que en consecuencia actuó por cuenta propia. Agrega el mismo editorial que el latrocinio no quedó solamente en ese dinero, sino que ahora don Manuel, “ese moralizador de la revolución”, pretende resarcir a los tenedores de aquellos caudales con los bienes del clero, convirtiéndose por ello en doble criminal.

Días después, a mediados de octubre, un diario de la capital, luego de criticar acremente a los liberales de remarcar la división reinante, especialmente el caso de Miguel Lerdo de Tejada, de quien se aseguraba que estaba trabajando para “calzarse” la primera magistratura, y de los continuos trabajos de los mexicanos establecidos en Nueva Orleáns, quienes tachaban de inactivos e ineptos a Juárez y sus ministros y de mencionar con insistencia la mancuerna entre Comonfort y Doblado, reflexionó sobre el panorama nacional preguntándose el porqué la correspondencia de Morelia era interceptada, expresando que lo mismo sucedía con la de Puebla y la proveniente de Querétaro. Llegó a intuir cuál era el sentido de todo esto, el significado de la inseguridad allende las puertas de la ciudad de México. La respuesta la sacó al aire el mismo *Diario de Avisos*: el gobierno conservador se está derrumbando.

Habían pasado casi tres años de los preparativos del golpe de estado, pero el sentido y la evolución de los acontecimientos resultaron fuera del alcance de aquéllos que se reunieron en el exarzobispado de Tacubaya para remediar la inquietud y el enojo provocado por dos años de reformas. La guerra civil, espectro que todos, tanto liberales como conservadores señalaban como fatídica e inminente, cayó sobre ellos y su desarrollo colmó de tristeza a la nación. Pero esto no era lo peor, la intervención extranjera tan temida y señalada tomaba fuerza. Todos los realmente conscientes sabían que México se dirigía indefectiblemente a esa catástrofe, pero, como mencionamos en el capítulo anterior, los personajes de aquella época parecían de tragedia griega, ya que a pesar de que intuían un desenlace fatal sus propias acciones contribuyeron poderosamente a que todo se verificase. Doblado ya había sido informado por Ezequiel Montes acerca de los trabajos en torno a ese problema, y a finales de noviembre recibió de Tampico una carta de un amigo que le informaba que un tal señor Prom [*sic*] conocido en aquel lugar, había llegado de Europa y comentó que tuvo la oportunidad de frecuentar los altos círculos políticos de París, lugar a donde se habían presentado unos comisionados de los Estados Unidos que ofrecían pagar los reclamos que contra México tenían Francia, Inglaterra y España, puesto que el país estaba imposibilitado para li-

quidar la deuda. Aseguraban dichas personas que a los norteamericanos les resultaba imperioso moralizar al país, así como fomentar la explotación de sus recursos naturales y que, después de conseguir todo ello, obtendrían la manera de hacerse pagar. Esto, según el informante de Doblado, fue visto por el emperador Napoleón III como una conquista encubierta que debía evitarse, por lo que Francia, y él en particular, que guardaba desde tiempo atrás una viva admiración sobre nuestro país, ofrecía sus buenos oficios para establecer en México un gobierno firme “apoyado por una pequeña fuerza”. Lo anterior de ninguna manera debería interpretarse como una intención de conquista. El documento consignaba que el emperador se inclinaba por un gobierno constitucional, pero:

está resuelto que si en este partido no encuentra apoyo se verá, contra su opinión, en la necesidad de proteger al partido que representa a la mayoría de la nación. Vendrá por lo pronto y, según avisos, estarán en este golfo para fines del entrante mes (diciembre), 10,000 franceses, 4,000 españoles y 2,000 ingleses. Estos últimos ocuparán los puertos y los primeros se dirigirán a la Capital; pero esto no creo que suceda hasta no probar los medios de negociaciones diplomáticas. Usted ha sido la persona designada en París, capaz en primer lugar para entenderse en tales negociaciones y, en segundo lugar, Comonfort.<sup>33</sup>

El anterior documento es importante por la fecha, pues es prácticamente de un año antes de que se verifiquen los citados acontecimientos y porque concuerda con los comentarios de Montes, en torno a que son verídicos los planes de invasión. Asimismo por las ideas de política exterior e intereses de la Casa Blanca sobre nuestro país y en general de la zona, y por los conceptos que se le atribuyen a Napoleón III en torno a lo peligroso que resultaban las miras “económicas” del gabinete de Washington y su ofrecimiento para “establecer” un régimen de cosas estable. Lo último va a ser manejado en la Convención de Londres de octubre de 1861 y en los primeros papeles intervencionistas donde no se hace mención de la administración juarista, lo que constituía el desconocimiento político de su gobierno. Sin embargo la realidad, tanto de los partidos como del clima de Veracruz los llevó a entablar comunicaciones con aquél, destruyéndose de esa forma la hipotética carencia de autoridades, situación que analizaremos en su debido momento. Finalmente, en un interesante análisis de la política mexicana, el emperador reco-

<sup>33</sup> Othón Vilella Larralde, *op. cit.*, p. 53-54.

noía la simpatía por el sistema constitucional, pero probablemente sabía que al poner como condición contar con el apoyo de los liberales, intuyó que con ello se abriría una división dentro del partido liberal, pues los radicales verían en las acciones de Francia un entrometimiento en asuntos que solamente les correspondía resolver a los mexicanos.

Todo aquéllo resulta revelador por el conocimiento de las acciones, por las ideas que se estaban manejando y por el lenguaje utilizado, mismo que se hará presente con una similitud asombrosa a lo que se utilice en los años venideros. En este sentido la carta casi acierta en el número de soldados que aportaron las partes mencionadas, al igual que el hecho de que los ingleses ocuparon los puertos —las aduanas era lo que les interesaba— y los galos fueran los que se encaminaran a la ciudad de México. Finalmente Doblado tomó nota de todo y se percató que las “negociaciones diplomáticas” jugarían un papel importante en ese proceso. Es probable que la intervención del año siguiente no lo haya sorprendido por todo lo que él sabía, además de que tuvo el tiempo necesario para madurar una serie de ideas en caso de que aquélla se llevase a efecto.

Así como resultaron ciertos los rumores de invasión, también en noviembre el *Diario de Avisos* publicó la noticia de que un periódico de los Estados Unidos afirmaba que “Nacho I” (Comonfort) entraría próximamente al país por la frontera norte para ponerse al frente de las tropas de Santiago Vidaurri. Noticia aquella tan cierta como la carta que preveía la invasión, ya que el expresidente efectivamente llegó por Tamaulipas estableciéndose a mediados de 1861 en Monterrey bajo la protección del cacique norteño, quien guardaba un buen recuerdo de su persona, pero no sólo eso, sino que se negó a apresarlo, contrariando con ello las órdenes del gobierno juarista. Además, efectivamente lo nombró jefe de las fuerzas de Nuevo León, en esa lucha por el control caciquil en la vecina entidad de Tamaulipas. Esta noticia publicada por la prensa conservadora, así como otras ya mencionadas, nos revelan hasta qué punto estaban bien informados, ya fuese por la actividad periodística propiamente dicha como por lo que fluía a través de la correspondencia particular y el *rumor* que resulta básico en la cultura política mexicana. Todo ello hizo que el mismo diario, en son de burla, comentase que “evidentemente Juárez y su camarilla estaban condenados a morir de los repetidos sustos que diariamente reciben”, cosa que pudiera haberse visto en aquellos días como probable, pero que por otro lado dejaba fuera la evidente crisis del gobierno conservador que se veía rodeado por las fuerzas liberales, omisión

intencionada o inconsciente a la que bien pudiera caberle el mismo comentario que ellos en algún momento hicieron de los “puros” en el sentido que lo más difícil era conocerse a sí mismo.

El 22 de diciembre de 1860, en San Miguel Calpulalpan, se enfrentaron los ejércitos liberal y conservador. Este último inició el combate a las ocho de la mañana hasta que en un momento dado, Miramón ordenó una carga de caballería con el fin de introducir el desorden en el campo liberal y decidir la acción. Sin embargo, tal maniobra le resultó adversa, pues parte de esa fuerza defeccionó en favor de las tropas comandadas por González Ortega con lo que se decidió la batalla. Márquez, Miramón, Cobos y otros tantos huyeron a la capital y desde allí intentaron entablar pláticas de advenimiento con los triunfadores, mismas que fueron rechazadas por el tipo de condicionamientos que proponían. Don Jesús le escribió a Doblado narrándole la toma de México después del triunfo alcanzado

Hoy en medio de un público y estrepitoso júbilo, he ocupado esta capital, debiendo verificarlo mañana el ejército que se halla a mis órdenes, compuesto de más de 20,000 hombres... amigo mío, ha sido usted uno de los más activos y fructuosos colaboradores para conseguir los últimos triunfos que dieron muerte a la reacción. Usted será una de las principales columnas que más contribuyan para consolidar el gobierno y dar paz a la nación... espero que auxiliará al compañero Arteaga para perseguir y destruir las gavillas de Mejía que andan por la zona que usted conoce.<sup>34</sup>

De esta forma, a pesar de los préstamos, del poder de la Iglesia, de contar con la mayoría del ejército profesional y de la gente de bien, el régimen conservador, tras haber obtenido diversas victorias militares, fue perdiendo la guerra y tuvo la frustración de no poder tomar en dos ocasiones distintas el puerto de Veracruz, lo que hubiera significado la extinción del constitucionalismo y marcó de hecho la gradual pero segura caída de aquel gobierno. Para Doblado, el triunfo del partido liberal se había dado de la siguiente manera:

Establecido el gobierno en Veracruz durante una sangrienta lucha de tres años, sus fuerzas eficazmente secundadas por la opinión pública, fueron conquistando palmo a palmo todo lo que la reacción había invadido en un principio... El triunfo había sido completo; era la primera

<sup>34</sup> Carta de Jesús González Ortega a Doblado, 28-xii-1860, Archivo Doblado, Universidad de Texas.

vez que el principio de autoridad y legalidad obtenía en el país una victoria tan decidida y espléndida; la primera vez que una rebelión que había comenzado por enseñorearse de la capital no había llegado a dominar en toda la república. Y para todo el que medite con imparcialidad sobre esa victoria del gobierno constitucional, ella no tiene otra explicación sino que la causa de ese gobierno era la nación, y que por ello encontró una cooperación eficaz y sostenida en el pueblo de la república... Ese triunfo obtenido por la legalidad daba a todos los hombres ilustrados y pensadores la esperanza de que al fin había llegado la época en que se consolidara en México un orden público constitucional y estable a cuya sombra la paz floreciera y prosperaran todos los ramos de la riqueza pública.<sup>35</sup>

El sentido general del movimiento reformista fue el de un cambio en la sociedad mexicana que había sufrido treinta y cuatro años de cuartelazos que se resolvían, como señaló Justo Sierra, en el palacio o en la catedral, y donde se obtenían grados y empleos; la asonada tacubayista de 1857 encontró un país que venía cambiando su forma de ser cuatro años atrás. A diferencia de sucesos anteriores, el movimiento iniciado por Félix Zuloaga caló en lo más profundo del pueblo mexicano, al grado de dividirse familias enteras y perderse añejas amistades, era un conflicto social con máscara religiosa, ya que si hubiese sido exclusivamente el segundo aspecto, es casi seguro que el conflicto hubiera tomado un giro distinto. Casi ninguno de los dirigentes liberales eran militares de profesión, en su mayoría eran profesionistas o civiles que se convirtieron en soldados por pura necesidad. Católicos prácticamente todos, pero convencidos de que debía operarse una transformación en el clero haciéndolo menos mundano y con visos de modernidad; profesaban ideas contrarias a la de una sociedad corporativa donde militares y clérigos estuviesen por encima del resto de la misma, pero sería una ilusión suponer que todos los que peleaban tenían dichos ideales; los chinacos e indígenas que conformaban buena parte de los contingentes militares se adherían por seguir a un hombre carismático, por hambre, por la famosa leva o porque el patrón o el terrateniente que los explotaba se había unido a la causa conservadora, obligándolos a seguirla y asesinandolos en algunos casos si se rehusaban.

El triunfo juarista marcó un hito en los anales de la historia mexicana ya que llegaba como vencedor no un sublevado, sino aquél a quien se habían desconocido sus legítimas facultades, armas que habían sido su fuerza y que enarbolaría en lo sucesivo.

<sup>35</sup> /Manuel Doblado/, *Relato del general...*, f. 4.

## AQUEL TERRIBLE AÑO DE 1861

En los primeros días de enero hizo su entrada triunfal en la capital Benito Juárez acompañado de sus más cercanos colaboradores. Se había obtenido el triunfo a un costo muy elevado, y ahora se imponía la dificultad de conservarlo y llevar a la práctica los ideales por los cuales se había luchado. Sin embargo, la situación del país era catastrófica y compleja, ya que, aunado a la bancarrota del erario nacional que se había complicado por las reclamaciones de las distintas potencias, el gobierno juarista tuvo que enfrentarse a una serie de problemas internos que en mucho contribuyeron para crear un ambiente de incertidumbre que dificultó el programa de gobierno, pero sobre todo hizo posible la idea de una inminente caída del régimen del presidente Juárez. La primera dificultad, y quizá la más importante, fue la profunda división que reinaba dentro de las filas del partido liberal desde por lo menos la segunda mitad del año anterior y que se hizo más aguda en el presente. Sucedió, como muchas veces en la historia, que la facción de avanzada, por intrigas mezquinas, luchara entre sí, echándose en cara el incumplimiento de lo trazado o la interpretación de todo un plan de acción, favoreciendo con ello al grupo conservador que en la mayoría de estas ocasiones se mantiene unido, compacto, listo para aprovechar cualquier error del bando contrario. Por ello, Guillermo Prieto le refirió a “Manuelito muy querido”, que diversos liberales sin disimulo le hacían la guerra a Ocampo quien por su parte estaba dispuesto a afrontar “la grito”, además de seguir llevando su inflexible programa administrativo. Días después, el 20 de enero, le informó que el presidente lo quería a él, Manuel Doblado, a toda costa en el ministerio de Relaciones o Hacienda, criterio que compartían González Ortega y Francisco Zarco, datos importantes pues el nombre del guanajuatense figuraba con mucha insistencia desde Veracruz y porque a finales de ese año, con la intervención extranjera a la vista, la prensa insistió en que se debió haber contado con su presencia ya que con ella se hubieran evitado los males que se estaban afrontando en diciembre. La idea de su inclusión en el gabinete juarista cobraba importancia por la ya añeja mancuerna con el zacatecano y por el criterio favorable que para él tuvo don Francisco, situación que cambiará cuando aquél ocupe el ministerio de Relaciones y las críticas del periodista adquieran un tono tan desagradable que sus consecuencias se dejarán sentir cuando el gobierno, en plena invasión, tenga que trasladarse a San Luis Potosí. En este orden de co-

sas, en enero de 1861 Prieto opinó algo que don Manuel justipreció, pues formaba parte importantísima de su táctica política: “Nadie puede reemplazarle en los trabajos administrativos, pero sí creo que esta situación de tres meses es para gastar a los hombres de transición y que en el periodo más próspero se utilicen los que pueden hacer más como usted”.<sup>36</sup> Criterio éste el de encontrar la coyuntura, mismo que fue utilizado durante toda su trayectoria y que se muestra palpablemente en los últimos años de su vida.

Aunado a los problemas ministeriales, la proximidad de elecciones para renovar el ejecutivo federal fueron utilizadas para fomentar la animadversión en contra de Juárez. Las cartas del año anterior ya mostraban preocupación por este acontecimiento político y la oposición más encarnizada provino de los propios liberales radicales, a través del *Monitor Republicano* en donde se acusaba al gobierno de tibieza y al *Siglo Diez y Nueve* de ser un diario oficioso de la administración. Miguel Lerdo, como ya había apuntado la prensa conservadora, era el candidato de los descontentos y su fuerza de ninguna manera era reducida. El chismoso de Prieto también apuntó que Lerdo estaba en un “eclipse parcial”, encerrado en su casa, pero que sus partidarios trabajaban infatigablemente por su candidatura utilizando todas las antipatías y los recursos de la intriga. La prensa criticó desde el mes de febrero la inacción del gobierno hacia los cabecillas conservadores, a pesar de que se sabía de su existencia y posible ubicación. Agregaba que se suponía que los encargados del gobierno emprenderían el desarrollo del programa de la revolución regeneradora, sin embargo, los acontecimientos estaban mostrando que su marcha era insegura y que no castigaba a aquellos criminales que habían trastornado a la sociedad. Que en los puestos clave continuaban los mismos hombres y las mismas cosas que durante los gobiernos de Zuloaga y Miramón. Esto era una realidad, pues el presidente Juárez adoptó una posición templada que no era compatible después de tantas fatigas durante tres años. El triunfo de Calpulalpan era el resultado de una batalla y significó la huida de unos cuantos prohombres de la reacción, pero de ninguna forma estaban anulados y esto lo sabían ellos mismos.

El presidente, sus ministros y la crítica liberal, que hizo gala en 1861 de lo que tanto temían los dos partidos y que los obligó a crear sendas leyes limitando el libertinaje que de la libertad de opinión se hacía, vieron la necesidad de culpar a alguien y de nueva cuenta los

<sup>36</sup> Carta de Guillermo Prieto a Doblado, 20-I-1861, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Texas.

moderados fueron acusados de querer apoderarse de la situación, lo que significaba, según los radicales, la víspera del retroceso, de la poca energía, de la falta de pensamiento fijo que conllevaba a la debilidad. Se arrestó a Manuel Siliceo por su participación en el golpe de estado, pero días después *El Heraldo*, que era opositor al gobierno y suscribía la candidatura de Miguel Lerdo, afirmó:

Cuál es el delito del Sr. Siliceo... Rigor para algunos, blandura y hasta favor para otros... Supónese que el Sr. Siliceo viene como agente del Sr. Comonfort. ¡Vaya una necedad! Como si el expresidente necesitara mandar agentes cuando aquí tiene tantos que reclutan partidarios en medio del disgusto general.<sup>37</sup>

La situación llegó a tal grado que Manuel Payno, quien todavía bajo el gobierno conservador publicó un documento explicativo en torno a su participación en el golpe de estado, tuvo que redactar una carta al Club Reformista que pedía juicio público para los moderados y especialmente a los participantes de aquel suceso. En esta misiva sostenía que él siempre caminó unido al partido liberal hasta en sus momentos aciagos y equívocos y que, como empleado de gobierno, jamás figuró en regímenes del partido contrario, además que siempre había escrito bajo su firma —cosa apreciable en aquellos años—, agregando que no se le podía acusar de haber cambiado de opiniones, pues en la revolución de diciembre de 1857 tomaron parte muchos liberales influyentes, como Gutiérrez Zamora, quien firmó el acta de pronunciamiento y después se constituyó en el más firme apoyo del gobierno constitucional:

Si esto no hubiera sucedido, yo jamás me habría mezclado en cosa alguna, y por esto he dicho que he seguido al partido liberal hasta en sus faltas y errores, y si tuve la idea y cooperé a que el partido liberal pudiese hacer la reforma sin convertirse en perseguidor obstinado de los vencidos, también es un hecho público que desde que las tropas cometieron una defección abandonando al Sr. Comonfort, ya no tuve parte entonces ni la tomé después en favor del nuevo gobierno cuya política era enteramente contraria a mis ideas.<sup>38</sup>

Payno fue encarcelado el 15 de abril y los diarios subrayaron que su reclusión no era por los sucesos en torno al malogrado golpe de estado de 1857, sino por ulteriores impresos en pro del

<sup>37</sup> *El Heraldo*, 11-III-1861.

<sup>38</sup> Manuel Payno, *El Heraldo*, 20-III-1861.

moderantismo, que no del expresidente. Afirmación correcta pues defender arbitrariamente a éste último hubiera sido el suicidio para el autor de *El Fistol del Diablo*. Como hemos ido mostrando a lo largo de este capítulo, la presencia de los moderados fue fortaleciéndose a partir de 1860 hasta hacerse innegable en este año. La energía que estaba disponiendo el gobierno en contra de ellos, resaltaba frente a la inacción por todos apuntada, en relación a Zuloaga, Márquez, Cobos, Vicario, Mejía y otros tantos; todo ello trasluce una profunda preocupación por el avance incontenible del partido de las transacciones.

A pesar de todo, Manuel Payno no salió mal librado del juicio político que le hizo el Congreso, convertido en Gran Jurado Nacional, y él, siendo congruente con la posición que había manifestado, se mantuvo aparte de todas las intrigas de sus amigos y correligionarios para prestar a su debido tiempo magníficos servicios a la república frente a los invasores con las armas, las letras, y los conocimientos financieros que manejaba.

Los meses de mayo a julio fueron cruciales para la república, pues Lerdo, que era el candidato fuerte de la oposición liberal, moriría unos cuantos días antes de las elecciones presidenciales, quedando Jesús González Ortega como la persona idónea capaz de sobrellevar sobre sus hombros la candidatura. No obtuvo la presidencia de la república, a pesar de que la votación fue sumamente reñida, pero alcanzó la jefatura de la Suprema Corte de Justicia que era la virtual vicepresidencia, según la Constitución de 1857. Si Juárez había utilizado ese precepto de aquel código, seguramente, dada la situación azarosa del país, podría verificarse de nueva cuenta un cambio del jefe del ejecutivo por ese medio. La ruptura del “héroe” de Calpulalpan con el oaxaqueño venía de tiempo atrás y los laureles, las combinaciones, los intereses y los errores del gobierno habían acabado por enseñorearlo. Se sabía fuerte y lo hizo efectivo a través del ministro de Relaciones Exteriores, Zamacona, señalándole que la caída del gabinete y en general el desprestigio del régimen frente a la población se debía entre otras cosas, a los ataques con que el ejecutivo estaba deformando la Constitución, ya que se publicaban diariamente leyes y decretos que no se medían y mucho menos se leían. Criticaba igualmente a los diputados del Congreso e hizo hincapié, como señalaba la prensa, en el favoritismo existente, aún de las personas que sirvieron durante el gobierno reaccionario. Subraya que por aquellas razones, y otras tantas, no ha logrado consolidarse la paz, a pesar de las fabulosas cantidades gastadas, ello ha provocado que la opinión pública pida se rindan cuentas

para poder exigir moralidad a los empleados. Y por si lo anterior fuera poco, ante la petición de que entregara el mando de la División de Zacatecas, contestó que dicha fuerza se componía exclusivamente de la Guardia Nacional del Estado y, dado que el único jefe de ésta era el gobernador de la entidad y él ocupaba también dicho puesto, consideraba que no era correcto que se le destituyese y mucho menos que se uniese aquélla al ejército federal. Le aseguró que con este cuerpo, los estados hacían efectiva su soberanía y que con

ella defienden sus derechos y prerrogativas que no pueden estar a merced de un hombre cuando ha triunfado el Código de 1857; y si el gobierno general a la hora que le pareciere, hiciera lo que cuadra a sus intereses con esas fuerzas rompiendo las constituciones de los Estados, no sé qué sería de los principios que a tanta costa hemos conquistado... Más prescindiendo de estas razones, a la fuerza de que se trata debe en mucha parte la revolución sus triunfos y sus glorias, y yo al frente de ella he contraído compromisos para con la Nación: y bien, separado de esa porque así conviene a los políticos que explotan las revoluciones ¿en manos de quién pongo la realización de esos compromisos y mi responsabilidad ante la opinión? ¿será conveniente poner la suerte, el desarrollo de la revolución en poder de un gabinete diminuto, o de un gobierno que por desgracia se ha empeñado en desprestigiarme?<sup>39</sup>

Con este documento, González Ortega hacía patente su calidad de cacique regional con todo lo que ello implica. Páginas atrás mencionamos que Juárez tuvo que afrontarlos y las relaciones que llevó con cada uno variaron según la personalidad, los compromisos políticos, la lealtad y el tacto con que se manejó el presidente. Por entonces, el zacatecano le echaba en cara ser él quien dio la puntilla al gobierno de Miramón y acabó con la guerra que ya llevaba tres años. Resultaba congruente su afirmación en torno a las características de la Guardia Nacional, pero definitivamente no se le puede comparar con Santiago Vidaurri, otro cacique, ya que el primero, a pesar de las fricciones con el ejecutivo, lanzó meses más adelante “su” ejército para acabar con Leonardo Márquez y su brigada; todo ello sin tomar en cuenta su actuación posterior a 1862. Por eso sostuvimos líneas arriba que las acciones de caciques variaban según los intereses de cada uno. Juárez seguramente dejó pasar el acontecimiento para cobrar en el momento adecuado, pues no fue de su agrado que lo ningunearan y que su régimen fuese calificado de insignificante, lue-

<sup>39</sup> Carta de Jesús González Ortega, Archivo González Ortega, Universidad de Texas.

go de ser acusado, con razón, de llevar a cabo toda una campaña para desprestigiar al gobernador de Zacatecas. Por último, éste reproduce casi con exactitud las mismas razones que tiempo atrás había dado Doblado en torno a los compromisos adquiridos para sostener a las brigadas “particulares”, que, vale la pena remarcarlo, pelearon junto con las fuerzas federales mientras sus jefes tuvieron control sobre ellas, basados en el dinero y el poder. Vidaurri lo había recalcado en varias ocasiones: yo apoyo de diversas formas al gobierno liberal, pero no se entrometan en mis asuntos, ni quieran quitarme fuerza, ni mandarme agentes. En este mismo orden de cosas, resulta indispensable remarcar las tirantes relaciones entre el gobierno de la capital, los gobernadores y sus principales jefes militares, como José López Uraga, que comprendían lo complicado de la situación. Por aquellas fechas le escribió a Doblado una carta felicitándolo por su próxima incorporación en la campaña de Sierra Gorda, indicándole que debía combatir bastándose a sí mismo para todo, ya que si no era capaz de “obrar con su gente, aislado y con sus propios recursos” era comprometerse en una empresa que lo acabaría, como “han sacrificado” a otros, por la torpeza de la gente de palacio.

El gabinete, que de por sí tenía muchos problemas, tuvo que sobrellevar el mes de junio, que se convirtió en trágico y una advertencia *non grata* a todos los miembros del partido liberal. Leonardo Márquez y Félix Zuloaga, que de hecho eran forajidos después de la batalla de Calpulalpan, habían publicado un manifiesto a mediados de marzo donde se declaraba traidores “desde Juárez hasta el último de los individuos que lo obedecen”, por tanto, todos los comprendidos en aquel documento serían pasados por las armas en el acto y en el mismo lugar de su aprehensión, sin más requisito que la identificación de su persona. Al tenor de este terrible edicto, Márquez nos refiere la aprehensión de Melchor Ocampo:

Sabido es que el guerrillero don Lindoro Cajiga, por sí y ante sí, sin orden alguna, procediendo de propia autoridad, y de la manera más arbitraria, el 31 de mayo de 1861 redujo a prisión al licenciado Don Melchor Ocampo en su hacienda de Pomoca, y lo condujo hasta entregarlo al general Zuloaga que casualmente se encontraba de tránsito con parte de mis fuerzas mandadas por mí... Zuloaga debió haberlo reprendido severamente... y puesto en libertad al preso... pero no fue así, sino que... Zuloaga aprobó lo hecho por Cajiga; y haciéndose cargo del preso, asumió toda la responsabilidad del atentado cometido por el guerrillero.<sup>40</sup>

<sup>40</sup> Leonardo Márquez, *op.cit.*, p. 286-287.

Una vez llegados a Tepeji del Río y puesto Ocampo en un cuartito, como prisión, aquellos generales se retiraron a discutir la estrategia en tanto que arribaba a esa población, disfrazado, León Ugalde, agente del gobierno, quien podría correr la misma suerte que el michoacano. Efectivamente fue reconocido y se le detuvo, por lo que Ugalde estaba seguro de que inmediatamente iba a ser fusilado. Márquez relata que Zuloaga se sorprendió del fusilamiento de Ocampo o “fingió sorprenderse”, amonestó a su ayudante y éste en presencia de ambos confesó que se había equivocado, porque como la orden que se le dio fue para fusilar al prisionero y no había otro más que Ocampo —sin tomar en cuenta a Ugalde—, creyó que a ese señor se refería su orden. Zuloaga calló, el ayudante se retiró y ninguna providencia se dictó en torno al acontecimiento.

El 4 de junio se notificó a la Cámara de Diputados el fusilamiento de don Melchor, lo que causó gran conmoción, aprobándose dos decretos: uno facultaba al gobierno para acabar con la reacción y otro dejaba fuera de la ley a Zuloaga, Márquez, Mejía, Cobos, Vicario, Cajiga y Lozada, declarándose que quien “libertase a la sociedad de cualquiera de estos monstruos... recibirá una recompensa de diez mil pesos y en caso de estar procesado por algún delito será indultado”.<sup>41</sup>

Santos Degollado, quien se sentía ofendido por lo que el gobierno le había hecho (en torno a la conducta de Laguna Seca y su propuesta de paz), se ofreció para vengar a Ocampo, sin embargo fue derrotado y muerto el 15 por la guerrilla de Buitrón. Finalmente, el general Leandro Valle fue vencido por Márquez el 23 en el Monte de las Cruces y mandado fusilar al siguiente tenor:

Se encargará de pasar por las armas al traidor de la patria Leandro Valle, el cual será fusilado por la espalda, para lo cual se le dejará media hora para que se disponga, y después de haberle fusilado que se le ponga en un paraje público para escarmiento de los traidores.<sup>42</sup>

Al conocer Valle la orden, respondió que Márquez hacía bien porque yo, “no le hubiera dado ni tres minutos”. Terminada la ejecución, su cuerpo fue colgado de un árbol. De esta forma “el tigre de Tacubaya” ratificaba la promesa que había hecho en aquella acción militar: “estos jóvenes de valor y talento son los que necesitamos hacer desaparecer”.

<sup>41</sup> José María Vigil, *op. cit.*, p. 461.

<sup>42</sup> Leonardo Márquez, *op. cit.*, p. 346.

Todas las fuerzas liberales se pusieron en marcha para acabar con los focos reaccionarios, pues era tal la cantidad de sus operaciones y lo efectivo de éstas, que el país nuevamente era fruto de la guerra con todos sus horrores, lo que nos muestra que el conflicto civil y todos los intereses puestos en él de ninguna forma estaban acabados. González Ortega fue el encargado de llevar a cabo la campaña contra Márquez y recibió una carta anónima informándole que “el caudillo del clero” estaba perfectamente informado de todo cuanto acontecía en la capital pues le despachaban extraordinarios con bastante frecuencia. El autor del documento señala que pudo enterarse de que el plan de operaciones de aquél consistía en evitar todo encuentro con el zacatecano a fin de ganar tiempo y cansar a sus tropas. Asimismo le indica que la única manera para derrotarlo es contar con dos mil rifles bien montados y algunas piezas de montaña. Aquellos debían dividirse en fracciones de a quinientos para no cansarlos, e irse moviendo con calma y constancia, lo que le daría a esta fuerza la misma ligereza que la de Márquez. Sin embargo, en la carta se subraya que de nada valdrá aquella campaña si no se “corta la cabeza potente y temible de la serpiente” que se encuentra dentro de la ciudad de México, y que tiene a su disposición los cincuenta millones que tiene ocultos la teocracia, además de la alianza inconsciente, pero tan perjudicial como la reaccionaria, que está posesionada de palacio nacional: “Mi general, es preciso pensar seriamente en derribar de la Silla Presidencial al guajolote que se esponja en ella. Juárez ha causado en el poder más perjuicios a la nación y al partido liberal que Márquez en el Monte de las Cruces”.<sup>43</sup>

El 13 de agosto don Jesús derrotó a Márquez en Jalatlaco, sin embargo este hecho de armas no fue definitivo pues los ataques reaccionarios continuaron, inclusive del propio Márquez, que pudo reunirse con el general Mejía. Sobre éste último, el presidente Juárez le escribió a Doblado una enérgica carta recriminándole el hecho de que en repetidas ocasiones se le había pedido perseguir a Mejía, pues su presencia en Tula y en el estado de Querétaro hacía difícil la comunicación directa con el interior de la república. Le indicaba que al no llevarse a cabo tal campaña y no recibir el gobierno contestaciones del guanajuatense, la derrota de Jalatlaco no había sido completa, echándose a perder el plan de operaciones.

<sup>43</sup> Carta anónima a González Ortega, /Julio 1861/, Archivo Jesús González Ortega, Universidad de Texas.

A fin de mes, Manuel Doblado remitió al gobernador de Durango una carta informándole que la aparición de Comonfort en el estado de Nuevo León había causado gran alarma en el partido liberal y en la capital de la república. Sostiene que el expresidente encontrará mayores resistencias a lo que él ha calculado, pero ignora el carácter de su llegada pues “carezco absolutamente de correspondencia” en torno a ese particular. Mentira absoluta, pues su archivo y lo expuesto en estas páginas muestra lo bien informado que estaba sobre los movimientos de Comonfort. Agrega que éste ha creído que debido a la amistad entre ambos, “protejo su empresa”, sin embargo considera conveniente “desvanecer esta especie para evitar consecuencias de un error en un punto tan trascendental... no veré la persona ni la bandera que enarbole; cumpliré con mis compromisos... y sacrificaré como otras veces mi amistad y mis afecciones”.<sup>44</sup>

Este documento tenía una finalidad propagandística, ya que circuló en la prensa, y por la lectura de su archivo apreciamos que las relaciones con el destinatario eran reducidas, además, aquella entidad por el momento no representaba peligro alguno en caso de que Doblado hiciera suya una hipotética causa del expresidente, lo que pondría en peligro la integridad de su cacicazgo. Es más, hurgando en sus documentos, existe el borrador de una carta de su puño y letra, pero que no tiene firma ni destinatario, donde comenta que no cree que un plan proclamado por Comonfort tenga probabilidades de éxito si se obsequia simplemente un cambio de personas; lo mismo, en el caso de un ataque a la Constitución de 1857, que en boca de Comonfort sería un suicidio, porque si bien nadie la defiende como un buen código, todos la respetan como el estandarte de la Reforma. Sería mejor que Comonfort persiguiera a Márquez que ha llegado a Catorce (San Luis) con las fuerzas de Nuevo León, con lo que el público conocería su modo de pensar sin necesidad de dar explicaciones. En caso de que Márquez se aleje, es “mi opinión” que permanezca retirado de la política hasta que la escena cambie, suceso que quizá no esté muy distante: “En resumen, deseo que el Sr. Comonfort jamás aparezca solícito de su engrandecimiento personal, sino como hombre a quien solo puede impeler una necesidad pública y que por consiguiente no obra sino cuando ésta se presenta”.<sup>45</sup>

<sup>44</sup> Carta de Manuel Doblado a Pedro Hinojosa, 25-viii-1861, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Texas.

<sup>45</sup> /Carta de Doblado, ix-1861/, *ibid.*

Comonfort siguió el consejo, no promovió un alzamiento, se refugió políticamente en Tamaulipas por acuerdo con Vidaurri, quien lo mandó a pacificar la región, y esperó el momento adecuado para internarse en el país. El teatro de los acontecimientos cambió radicalmente y ello le permitió retornar en defensa de una necesidad pública, la Patria.

Una vez que hemos expuesto de manera sucinta los acontecimientos relativos a la política nacional que es el eje de este estudio, nos avocaremos a trazar las líneas generales del ámbito concerniente a las relaciones exteriores que anteceden a la invasión extranjera y que desembocan en los “Preliminares” de La Soledad.

Respecto a la situación internacional el panorama era harto complicado, ya que desde el gobierno de Ignacio Comonfort se venía dando un enfrentamiento, un reclamo de agravios con base en intereses perfectamente detectados por el gobierno mexicano: un discurso y acciones concretas por parte de éste para reparar el estado que guardaban las relaciones con España, siendo dicho país foco de crítica por la prensa pues se le acusaba de querer verificar una reconquista. Por estos antecedentes, el gobierno juarista procedió a expulsar a aquellos embajadores que reconocieron al gobierno tacubayista y, en el caso concreto del representante español, Francisco Pacheco, se revistió de tintes dramáticos ya que consideró el acto una ofensa a su persona y a la de la reina Isabel II. Antes de salir del país dejó recomendada la custodia de sus nacionales y el cuidado de sus intereses a la legación de Francia, que era encabezada por Dubois de Saligny, quien había llegado en el último trance de la guerra civil, y era una persona ambiciosa, profundamente despectiva hacia México, con instrucciones amplias para dificultar la marcha del gobierno de la república y con el conocimiento suficiente de las intrigas monárquicas que el grupo de mexicanos encabezados por José María Hidalgo y Juan N. Almonte hacían desde mucho tiempo atrás en la corte de Napoleón III. Sabía la idea que tenía éste respecto a la consolidación de un gobierno “estable”, adicto y protegido por Francia, que fuera cabeza de playa para el dominio galo al sur de los Estados Unidos.

La Gran Bretaña envió a Charles Lennox Wyke con el criterio de que la república siguiera pagando los bonos de la convención inglesa, que era la más importante por su monto y variedad. Asimismo, incluía en sus demandas los robos perpetrados por Miramón y Degollado, exigiendo además que se castigase a los culpables. Por último, que asegurara la libertad religiosa y, en fin, que dados sus conocimientos en la problemática de los países latinoamericanos

llevara a cabo una política más certera. En resumidas cuentas, lo que Ralph Roeder ha llamado una política de “algodón y biblias”.

Finalmente, por lo que se refiere a los Estados Unidos, Thomas Corwin fue despachado por el gobierno de Abraham Lincoln con el objeto de asegurar, al menos, que México adoptase una posición neutral respecto a la guerra civil que ellos enfrentaban y que se había desatado en abril de 1861, siendo en los dos años siguientes adversa militarmente a los nortños. También que evitase en lo posible cualquier acción de los sureños, de manera especial los trabajos del representante confederado John T. Pickett que, dicho sea de paso, no fue reconocido por el gobierno juarista. Además, debía asegurar Juárez, que aunque el gabinete de Washington tenía reclamaciones qué hacer a México, ellos estaban en contra de que se estableciese un gobierno monárquico en el país, no solamente por la antipatía que producía aquel tipo de régimen sino por el hecho de que estaría protegido y alentado por una potencia europea, lo que constituía —aunque no lo dijo— un obstáculo para la zona de seguridad de los Estados Unidos, que comprendía por lo menos desde el río Bravo hasta el istmo de Panamá, ello sin mencionar que la presencia de Francia representaba un coto a su expansión económica.

Solamente en el terreno de los discursos, y muy secundariamente, se hizo mención a la flagrante violación de la Doctrina Monroe. Lo que sí dejaba ver con toda claridad el gobierno estadounidense era que si un apoyo a México ponía en peligro su soberanía, ellos dejarían pasar los acontecimientos. En síntesis, la política de aquella nación hacia nuestro país se resumía como la frase de un político que señaló que los imperios no tienen amigos sino intereses.

Seis años más tarde, el senador por Tennessee, Fowler, expresó lo siguiente:

La política tradicional de nuestro gobierno, tenida tanto tiempo como sagrada, fue enteramente ignorada. Según se ha manifestado aquí esta mañana, no solamente no se proporcionó auxilio a los republicanos de México, ni expresión de simpatía alguna, ni determinación para mantener nuestra política, sino que, por el contrario, el gobierno de los Estados Unidos manifestó un completo abandono y una entera sujeción al interés de los invasores... Es cierto que era en la época en que estábamos comprometidos en una guerra terrible en nuestro propio país, cuando tal vez era imposible dar ayuda material de importancia a la República de México; pero no estábamos en aquella circunstancia impedidos de expresar nuestra determinación... Sospecho que, debido a una falta de valor por parte de los que manejan los

negocios de relaciones exteriores de los Estados Unidos, comenzó la invasión de México. Si se hubiese entonces expresado la opinión siquiera de algún departamento del gobierno a su debido tiempo, Maximiliano jamás habría puesto los pies en el suelo de aquella República. Tal expresión no se hizo. No solamente no fue hecha, sino más aún, se despreció la oportunidad.<sup>46</sup>

Frente a este perfil sumamente crítico del ámbito diplomático, la situación interna se caracterizó por una perpetua crisis ministerial. El desprestigio y desconfianza hacia el gobierno llevó a cincuenta y un diputados a solicitar la renuncia del presidente; también fueron factores de inestabilidad y desgaste el combate de insurrectos a lo largo y ancho del país, los enormes gastos que aquellas campañas producían y el manejo ineficaz de la hacienda pública, que se debía tanto a la poca planificación y malversación de algunos funcionarios como al apoderamiento de los recursos federales que vía aduanas eran tomados por los gobernadores. Todo lo anterior produjo que el gobierno promulgara, el 27 de julio, una ley que establecía la suspensión del pago de la deuda externa por un lapso de dos años, lo que no implicaba un desconocimiento de los plazos y monto de aquella. Tal medida conmocionó a la sociedad mexicana, como lo reconoció Octaviano Muñoz Ledo en una carta a Juan N. Almonte exponiéndole que dicha medida produjo una crisis generalizada que no podía durar mucho, y comentó amargamente “¡Qué vendrá después?, sólo Dios lo sabe”. Igualmente dejó estupefactos a los embajadores de Inglaterra y Francia quienes exigieron una explicación de tal proceder, no siéndoles convincentes los argumentos expuestos por el ministro del ramo. Muy dentro de sí Dubois de Saligny se regocijó de gusto, ya que esta situación le proporcionaba el pretexto más acabado para completar la intriga con vistas a una intervención de su país en México. Pasado el tiempo ambos embajadores pidieron sus pasaportes, pero el señor Charles Wyke no perdió contacto con el ministerio de Relaciones Exteriores, ya que pensaba que de alguna manera el conflicto podría resolverse y que —como ya mencionamos— resultaba de gran importancia la cantidad de la deuda inglesa. La prensa jugó un papel nodal en el nefasto ambiente imperante, sostenía que:

<sup>46</sup> Congreso cuadragésimo. Primer periodo de sesiones en el Senado de los Estados Unidos de América, 12-vii-1867, en Ernesto de la Torre, *La Intervención Francesa y el triunfo de la República*, p. 313-314.

Nuestras relaciones con las potencias extranjeras no son nada satisfactorias; los ministros de Francia e Inglaterra nos dirigen fuertes reclamaciones y nos anuncian un rompimiento de hostilidades; no por otro motivo que la falta de tacto del ejecutivo y el desprecio con que ha visto las exigencias de la etiqueta diplomática.<sup>47</sup>

Sin embargo, a pesar de las críticas, Juárez envió a Jesús Terán en carácter de persona privada y como “agente secreto” con la misión principal de rectificar ante la opinión pública europea la situación política de la república, haciendo hincapié en la imposibilidad de consolidar la paz por medio de la intervención de las potencias extranjeras o del establecimiento de una monarquía. Juárez le indicó que debía acercarse a las personas influyentes en las cortes de los tres países que se sentían agraviados y hacerles ver que habían recibido falsos informes sobre la situación de México. Que existía un gobierno constitucional elegido libremente, conforme a las leyes fundamentales del país, y que dicho gobierno había emanado de la voluntad nacional, como lo prueba el hecho notorio de haber triunfado sobre los reaccionarios, no obstante los poderosos elementos que pusieron en juego, y

que si durante la guerra han sido perjudicados algunos súbditos extranjeros, y se ha dejado de cumplir con algunos compromisos pecuniarios, consignados en los tratados, han sido consecuencias inevitables del trastorno que ha sufrido el país y que el gobierno ha estado siempre dispuesto a satisfacer en justicia y conforme a las prescripciones del derecho de gentes.<sup>48</sup>

Mientras esto sucedía en el país, las cancillerías de las tres naciones “ultrajadas” trabajaban empeñosamente y en forma combinada para hacer valer sus derechos; España, a pesar de lo que se expresaba públicamente, abrigaba la esperanza de colocar un miembro de los Borbones a la cabeza de México, lo que significaba de hecho una reconquista; la recuperación de Santo Domingo le proporcionaba el ímpetu necesario. Francia esperaba hacer realidad el plan napoleónico de un estado “latino” fuerte, una especie de protectorado donde ella, debido a condiciones preferenciales, pudiera explotar los recursos del noroeste de México, especialmente Sonora, gracias a los informes de los mexicanos establecidos en París y a los datos de diversos viajeros de la época. Curiosamente la

<sup>47</sup> El Monitor Republicano, 28-ix-1861.

<sup>48</sup> Carta de Juárez, 10-ix-1861, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Texas.

prensa decimonónica sostuvo que aquellas tierras eran áridas, poco pobladas y se tenía la constante amenaza de los “bárbaros”. Ahora sabemos que Luis Napoleón y los interesados franceses tenían razón: aquella zona convenientemente explotada ha generado enormes riquezas. Por lo que respecta a la Gran Bretaña, le preocupaba su dinero prestado y que los Estados Unidos adquirieran más territorio a costa nuestra, consolidando su posición predominante en el continente americano. Este proceso se llevó a efecto gracias a la complicidad de esa potencia por su falta de energía y visión frente a los proyectos bien calculados de la nación que creyó y cree en su “Destino Manifiesto”. A lo anterior debemos añadir que Inglaterra vio con agrado la secesión de los estados sureños, los apoyó de manera indirecta y pensaba que la pesadilla que significaba aquella gran república estaba a punto de finalizar.

Como puede apreciarse las potencias europeas tenían proyectos e intereses distintos; sin embargo, por fin pudieron ponerse de acuerdo y llegaron a establecer un convenio que se ha conocido con el nombre de Convención de Londres, firmado el 31 de octubre de 1861. En él se estipulaba esencialmente que las tres potencias mandarían fuerzas militares para que ocupasen los principales puertos del país, se comprometían a no buscar medidas coercitivas, ni la adquisición de territorio alguno “y a no tener en los asuntos interiores de México ninguna influencia que pueda afectar el derecho de la nación mexicana, de elegir y constituir libremente la forma de su gobierno”.<sup>49</sup> También se estipulaba que dichas naciones nombrarían comisionados, facultados plenamente para resolver las cuestiones que se suscitasen con motivo de la distribución de las sumas de dinero y finalmente se invitaba a los Estados Unidos para que se unieran en dicha empresa.

Al saberse la noticia en México causó hondo revuelo, sobre todo por el carácter financiero de la intervención, pero lo que produjo mayor inquietud fueron aquellos párrafos donde se hablaba que dejarían al pueblo mexicano para que adoptase libremente la forma de gobierno que más le conviniese. Esto hacía suponer que para las potencias había un vacío de poder y que la pasada guerra civil, donde la facción constitucionalista ganó el conflicto, no suponía nada y se estaba en espera de que alguien viniera a regenerarnos. Fue hasta ese momento cuando las facciones del partido liberal en discordia (radicales y moderados) se percataron de hasta qué punto la

<sup>49</sup> “La Convención de Londres”, en Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 508.

soberanía de la nación y el plan reformista sin distinción de matices estaban en peligro. A pesar de lo anterior, la unión de ambos bandos no se dará sin ciertas dificultades hasta finales de año. Francisco Zarco, uno de los campeones del reformismo expuso en *El Siglo Diez y Nueve* su oposición a tales intentos extranjeros:

No por ideas de falsa dignidad sino por razones de verdadero decoro y conveniencia estamos en contra de la intervención amistosa de cualquier potencia extranjera en el arreglo de nuestro régimen interior. Comprendemos que el interés europeo está unido a la pacificación de México, a la prosperidad y al aumento de sus rentas; pero para cooperar a estos resultados, no se necesita que las naciones amigas vengan a darnos gobierno e instituciones y a coartar el ejercicio de la soberanía del pueblo mexicano.<sup>50</sup>

Es interesante el reconocimiento que hace en torno a la unión que existe entre la pacificación del país, el aumento de sus rentas y el interés europeo, pues obviamente la estabilidad evitará los robos de conductas y generará un aumento en la inversión extranjera y el comercio ultramarino, lo que necesariamente brindará una mayor cantidad de impuestos que el gobierno dispondrá para hacer frente a sus diversos compromisos. En una aparente obviedad reprueba la intervención de cualquier tipo y remarca que solamente es al pueblo mexicano a quien le compete el arreglo de su forma de existencia. Doblado tiempo después afirmó sobre las circunstancias de tal convenio:

Al fin, las intrigas de M. Saligny y de los traidores mexicanos que trabajaban de acuerdo con él en Europa dieron sus frutos, y el día 31 de octubre del año próximo pasado se firmó en Londres, uno de esos actos que la diplomacia sabe preparar en términos tan vagos que así cuadran a la guerra defensiva más justa, como a la que tiene por objetivo la partición de un país, la destrucción de una nacionalidad. Ninguna de los gobiernos signatarios de la convención de Londres la hizo saber oficialmente al gobierno mexicano, ninguno de ellos declaró la guerra a la República, ninguno de ellos hizo preceder la invasión armada del territorio mexicano de alguna comunicación dirigida a exigir la reparación de los agravios y la protección de los nacionales con cuyo pretexto se firmó aquel documento.<sup>51</sup>

La diplomacia mexicana una vez enterada de la futura invasión, arremetió de nueva cuenta para ver si podía sacar alguna ventaja:

<sup>50</sup> Francisco Zarco, *El Siglo Diez y Nueve*, 9-xi-1861.

<sup>51</sup> /Manuel Doblado/, *Relato del general...*, f. 6.

De la Fuente, ante la actitud ofensiva del gobierno francés, pidió sus pasaportes y se retiró a Inglaterra donde fue tratado por el ministro, lord Russell, con frialdad, pero consideró oportuno esperar. Por su parte, Matías Romero, que en un principio se había alegrado por la llegada de Abraham Lincoln a la presidencia y con ello un posible cambio en las relaciones bilaterales, se fue desengañando con el paso del tiempo para finalmente concluir en una carta que le escribió al ministro Zamacona asegurando que el gobierno de la Unión y los norteamericanos sólo actuarían por México en defensa propia. Sin embargo, no escatimó nunca cualquier posibilidad como entrevistas, banquetes, artículos pagados, relaciones personales, etcétera, para favorecer al gobierno juarista y para informar al público estadounidense, senadores, diputados y hombres influyentes en la política, sobre la verdadera situación que atravesaba el país, remarcando los peligros que le traerían a los Estados Unidos tal intervención, subrayando, especialmente, la posible alianza o anexión de los estados sureños a un nuevo gobierno de corte imperial. Asimismo, hizo hincapié de los beneficios que a corto o largo plazo le traería a ese país el apoyo a Juárez.

A grandes rasgos, ése era el panorama internacional a fines de 1861.<sup>52</sup> Empero, tan importante como lo anterior, era la urgencia de poner fin a las discordias dentro del propio gobierno y acabar con las huestes reaccionarias. Éstas, como mencionamos en páginas anteriores, estuvieron presentes durante todo 1861 cometiendo grandes atropellos, a pesar de que en la segunda mitad del año sufrieron una serie de derrotas consecutivas. Sus jefes continuaron en pie de lucha y Leonardo Márquez relató, tiempo después, que no porque terminara el gobierno de Miramón debían entregarse en manos de enemigos irreconciliables, pues ellos no defendían a una “persona sino una causa, y ésta quedaba subsistente”, aunque desapareciera aquél. Agregaba que si el gobierno juarista hubiera recurrido a una política de concertación, respetando la religión, los derechos y la propiedad en lugar de dar rienda suelta a los odios, hubiera sido preciso “ahogar en el fondo del corazón los resentimientos personales”, cerrar los labios y envainar la espada. Pero dado que sucedió todo lo contrario;

marché a la sierra, me puse a la cabeza de mis tropas y comencé la lucha sin elemento alguno; pero lleno de confianza en Dios, de fé en la

<sup>52</sup> Para mayor información sobre este importante aspecto, consultar los trabajos de Carlos Bosch, Marcela Terrazas, Antonia Pi Suñer y Ernesto de la Torre.

justicia de nuestra causa; y de resolución para sacrificarme por ella. He aquí el motivo porque me encargué de este movimiento político, que jamás tuvo relación alguna con lo que pasaba en Europa.<sup>53</sup>

Tiempo antes de la Intervención, Márquez recibió una carta del padre Francisco Javier Miranda, figura clave de la reacción y profundamente enterado de los movimientos que se hacían allende al mar respecto a la futura invasión. Le comentaba que era triste que las naciones europeas tuvieran que poner la mano sobre nuestros negocios, pero que dada la situación presente resultaba inevitable y la consecuencia natural “de nuestros pasados extravíos”. Le aseguró que los gobiernos aliados no tenían ninguna aspiración de conquistarnos, pero que si no se aprovechaba esta ocasión “para constituirnos sólidamente... nos debemos resignar a perecer bajo Juárez o ser presa tarde o temprano del Norte”.<sup>54</sup>

La respuesta no se hizo esperar y don Leonardo le subrayó que supuesto que las potencias no abrigaban la idea de llevar a cabo una conquista y que sólo querían asegurar las personas e intereses que tenían aquí, resolvía apoyar el movimiento. Sin embargo, no se le escapó el vuelco que pudiera dar tal tentativa:

Los demagogos pueden tergiversar la cuestión presentándola como una dominación armada, yo encuentro aquí la dificultad, porque se puede encender el amor patrio y estimular el orgullo nacional. Créame usted, que lo que es posible conseguir con la razón, es imposible alcanzar con la fuerza, por muchas que sean las tropas de las naciones de Europa. Usted conoce nuestra extensión territorial y sabe lo bien acostumbrados que están nuestros paisanos a la guerra de guerrillas, que sería interminable. Por lo mismo creo... que si verdaderamente se desea la felicidad de nuestro país... nada de imponernos condiciones; nada de intervenir las armas extranjeras. Déjese a la Nación que se constituya libremente según su voluntad: concédase al nuevo gobierno el tiempo necesario para organizar un Cuerpo de Ejército, y la destrucción de los demagogos.<sup>55</sup>

El anterior documento es muy revelador porque muestra cómo para muchos conservadores la intervención extranjera no era de su agrado, pero sobre todo la consideraban sumamente peligrosa por el poco o nulo control que pudieran tener sobre las fuerzas expedi-

<sup>53</sup> Leonardo Márquez, *op. cit.*, p. 20.

<sup>54</sup> Genaro García, *Correspondencia secreta de los principales intervencionistas*.

<sup>55</sup> Leonardo Márquez, *op. cit.*, p. 20.

cionarias y el temor y escaso conocimiento sobre los reales intereses de aquellas potencias. Miranda le había mentido en la última comunicación pues él sí sabía el verdadero carácter que tenía; en caso contrario, pecaba de ingenuo o mal informado. En este último sentido, el clérigo, como todos los mexicanos residentes en Europa, no contaban con buenas referencias sobre el balance de fuerzas y la situación real del país, que era muy mala, pero el sentimiento público era contrario, que no el de una minoría, a un entrometimiento externo. Márquez, actor y conocedor del conflicto valoró bien la situación de México, por lo menos bajo su óptica. Demostró su experiencia sobre el papel que pudieran tener las guerrillas, porque él, en ese momento (noviembre), era un guerrillero y conocía el proceder de éstas. Previó con exactitud matemática el estado militar de los siguientes cinco años y la bandera que tomaría el “juarismo”. Pero no sólo eso, sino que subrayó la necesidad de crear un ejército nacional que fuera el sostén del nuevo gobierno conservador. Las fuerzas francesas no podían consolidar el nuevo *statu quo*, Forey y Bazaine no lo permitieron y despreciaron, como buenos europeos, a los militares mexicanos. Maximiliano hizo causa común con ellos y cuando se dio cuenta del error ya era demasiado tarde. Leonardo Márquez era un buen militar y en este aspecto sus observaciones fueron correctas, desafortunadamente lo cegó, como no ocurrió con Negrete y Zuloaga, la pasión de partido, las exageraciones. Él era el resultado típico de las revoluciones.

Mientras esto sucedía en el bando contrario, “el gran partido liberal” dificultaba la acción del gobierno. Con la renuncia de Zamacona y otros ministros, se creó una crisis ministerial que para aquellas alturas era catastrófica; la oposición en la Cámara de Diputados exigía que se escogieran hombres aptos para el ministerio y se manejaban los nombres de Lafragua, Doblado y Sebastián Lerdo de Tejada. Este último tuvo varias conferencias con el presidente y aunque rehusó cualquier nombramiento propuso varios candidatos y a su vez Juárez hizo lo propio. Lerdo manifestó al presidente sus inquietudes y le aclaró que los gabinetes propuestos deberían tener el consentimiento de la mayoría de los diputados; finalmente se pensó en la figura de Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, y que por aquellos días estaba pronto a llegar a la capital. El presidente le escribió:

Vuelvo a suplicar a usted me ayude en el citado ministerio haciendo a nuestro país y a nuestra causa un servicio muy señalado. Creo que en vista de las circunstancias que son graves debe usted prescindir de las

razones que otra vez me expuso para no aceptar, y espero... conteste diferente a mi súplica mandándome por extraordinario la comunicación respectiva.<sup>56</sup>

El presidente Juárez y Doblado entraron en conversaciones para ver si aceptaba el nombramiento como jefe del gabinete. El guanajuatense exigía dos condiciones: que se le dejase nombrar la totalidad del ministerio, y otros puestos clave con personas de su entera confianza, fueran cuales fueren, y que lo dejaran obrar "sin que pare yo —Juárez— la atención en que unas veces estire y otras afloje".<sup>57</sup> También decía que debía adoptarse una política enérgica y obrar dictatorialmente.

El sentido de las conversaciones traspasaron las fronteras de la presidencia y la opinión pública, a través de los periódicos, pudo percatarse de la necesidad de que ese hombre enfrentara de lleno al conflicto que se avecinaba; Zarco opinó que Doblado no podía negarse a servir al país en semejantes circunstancias, además de que lo consideraba el lazo de unión entre el poder ejecutivo y el legislativo y el más a propósito para echar a andar el programa reformista.

*La Orquesta*, periódico satírico, daba rienda suelta a la broma al sustentar: "Doblado, amigo, a la hora de la fiesta va uno desdoblado sus trapitos para engalanarse, y el gobierno ha empezado a hacerlo; celebramos infinito se ponga de gala"<sup>58</sup>. Pero también presionaba:

y cuestiones de poca monta llamamos nosotros en las actuales circunstancias en que la nacionalidad está amenazada, detenerse por puntos de administración interior, escrúpulos de conciencia adjudicataria, en pundonores malentendidos, y a no admitir las propuestas del señor Doblado, que en la actualidad es el único que posee la confianza y podría salvarnos.<sup>59</sup>

Por fin, una vez que fueron aceptadas sus propuestas y que se conoció la llegada de la flota española, Doblado expresó que supuesto que el presidente lo dejaba en libertad para formar un nuevo gabinete y que le había asegurado que él seguiría la marcha administrativa que aquel adoptara en el sentido de la Reforma, sólo así

<sup>56</sup> Carta de Benito Juárez a Doblado, 5-xii-1861, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Guanajuato.

<sup>57</sup> Benito Juárez, "Efemérides", en Jorge Tamayo, *op. cit.*, t. v, p. 337.

<sup>58</sup> *La Orquesta*, 11-xii-1861.

<sup>59</sup> *Ibid.*

aceptaba el nombramiento. De esta forma se convertía en jefe de gobierno y Juárez en cabeza del estado, pero con funciones y peso político determinantes.

Francisco Arredondo, editorialista de *El Constitucional*, opinó que don Manuel pertenecía a la generación de la gloria, pero también a la del dolor y el infortunio; ahora se encargaba del ministerio de Relaciones para formar un nuevo gabinete, suceso que ya contaba de antemano con el voto del cuerpo legislativo. Sostenía que la existencia política del país estaba amenazada y que era necesario revestir al gobierno de amplios poderes al grado de hacerlo dictador: “en sus manos está la suerte de la república. Confiamos en que sabrá dejar bien parado el honor y dignidad del pabellón nacional”<sup>60</sup>.

Doblado, según Ralph Roeder,

gozaba de un prestigio peculiar. El único prohombre de la Reforma cuya reputación no había sufrido daño con los progresos del movimiento, sus capacidades, que quedaban por comprobar, estribaban en las expectativas que su fama despertaba. Solicitado más de una vez para que entrara en el gobierno, se había negado a arriesgar su reputación hasta tener la ocasión de coronarla.<sup>61</sup>

Doblado, por su temperamento, se decía que era

un oportunista, un posibilista; sin altos ideales, pero progresista por convicción y seguro de que la Reforma era la condición necesaria del progreso de México, el gobernador de Guanajuato ni era hombre casado con los procedimientos de intransigencia recomendados por el jacobinismo exaltado; ni repugnaba servirse de los reaccionarios cuando pudieran ser útiles, con tal de no ceder en el terreno de los principios; ni era de los feroces que creían que no debía tratarse con el extranjero mientras no desocupase el territorio y menos con los españoles; todo en suma, lo veía bajo el ángulo de lo conveniente y realizable. Con estas ideas ingresó al gabinete; el señor Juárez conocía perfectamente a Doblado y sabía que si no era su enemigo personal, sí lo era político dentro del campo liberal.<sup>62</sup>

Visto desde esta perspectiva, la entrada de Doblado se vió favorecida por la coyuntura y su acción se entendía como la de la persona idónea para llevar a cabo los arreglos con las potencias extranje-

<sup>60</sup> *El Constitucional*, 13-xii-1861. .

<sup>61</sup> Ralph Roeder, *Juárez y su México*, p. 568.

<sup>62</sup> Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, p. 369.

ras que en el caso de España ya había invadido el puerto de Veracruz. Los diversos cónsules o embajadores, como el de Estados Unidos, y prohombres de la política le escribieron a Doblado felicitándolo y deseándole que su negociación internacional fuese lo más certera posible. Un párrafo de dichas comunicaciones nos puede dar idea: “la paz con las potencias europeas en términos honrosos (en la condición actual de los gobiernos republicanos de este continente) es, si no una necesidad absoluta, sin duda un objeto de primera importancia”.<sup>63</sup>

Es así como de esta manera le fue encomendada la difícil y peligrosa tarea de impedir que la intervención tripartita acabara con nuestra nacionalidad, cosa que se dice fácil pero que ha de haber pesado en lo más profundo de su ánimo.

#### FRENTE A LA INTERVENCIÓN LAS FACCIÓNES POLÍTICAS TIENEN QUE DECIDIRSE: REPÚBLICA O IMPERIO

Doblado, al tomar posesión de su cargo, con amplios poderes, mandó una circular a los gobernadores donde les señalaba que se habían agotado todos los medios para llevar por buen camino las relaciones entre España y México. Agregaba que la opinión pública se había pronunciado por la guerra, ya que las fuerzas españolas de un modo inusitado ocuparon el territorio nacional, por lo que siempre había sido un derecho de todas las naciones repeler la fuerza con la fuerza y protestar ante el mundo entero; también decía que la responsabilidad toda de los sucesos posteriores recaería únicamente sobre el gobierno de la reina de España, que tan inconsideradamente ha hecho suyos los injustos cargos con que han especulado los enemigos de la libertad de México, tanto dentro del país como al otro lado del Atlántico.

Es importante este documento porque si bien es cierto que los españoles en diciembre ya estaban en playas veracruzanas, la prensa y la opinión generalizada dirigió meses antes sus ataques al espíritu conquistador de aquella nación y el gobierno, por medio de su ministro más insigne, cayó en este discurso antihispánico dejando de lado las responsabilidades que tenían las otras dos potencias, puesto que éstas también habían firmado la Convención de Londres. Como muestra de este sentimiento baste lo que sigue:

<sup>63</sup> Carta de Thomas Corwin a Doblado, 25-I-1862, en Manuel Doblado, *Expedientes personales 1840-1868*, Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

La intervención promovida por España es ridícula, ¿Qué podrían enseñarnos los españoles? ¿No es a ellos a quienes debemos el embrollo de nuestra legislación, la ruina de nuestra agricultura y de nuestra industria, el imperio de necias y ridículas preocupaciones y de absurdos errores en todas las materias? ¿Qué hicieron los españoles en México por el largo periodo de trescientos años, fuera de malbaratar las riquezas de nuestro privilegiado suelo? ¿Qué han hecho después de nuestra independencia en su país?<sup>64</sup>

Mientras eso sucedía en la esfera mexicana, los españoles, al adelantarse en la empresa, violaron de alguna manera los términos de la Convención, por lo que tanto el gobierno de Francia como el de Inglaterra protestaron. Las explicaciones del ministro Calderón Collantes más que satisfacer aumentaron las sospechas, sobre todo de Napoleón III quien vio en el número de soldados de aquella nación, 6 000 hombres aproximadamente, dato que coincide con una carta que le llegó a Doblado en diciembre de 1860, una cantidad que no tenía justificación alguna.

Las tropas que llegaron a Veracruz comandadas por los generales Gasset y Ruvalcaba procedieron con la actitud más prepotente, digna de un agresor que espera poco de las negociaciones y se presenta con un tono altanero, al estilo de un conquistador; apreciación hecha por el mismo Doblado. Es necesario recalcar, como lo hicimos páginas atrás, que el sentimiento público y oficial español estaba predominantemente impregnado de un ambiente favorable a la reconquista. Así pensaban aquellos generales, Francisco Serrano, gobernador de Cuba, y otras personalidades de ese gobierno.

El nombramiento de Juan Prim como jefe del ejército español y comandante de todas las fuerzas expedicionarias, no fue del agrado de muchas personas ya que además de rencillas y envidias personales, era conocida su reputación como hombre de ideas liberales y se le recordaba por oponerse a una invasión de España a México en 1858. Prim llegó a Cuba y posteriormente, ya en combinación con franceses e ingleses, tomó rumbo a Veracruz en los primeros días de 1862. A su llegada propuso redactar un manifiesto dirigido al pueblo mexicano, sin antes ponerse en contacto con el gobierno juarista para explicar los motivos de su presencia. Su lectura muestra la belicosidad de los ánimos y la falta de tacto, consciente o no, al desconocer de primer momento al gobierno constituido. Sin embargo, la situación de las tropas intervencionistas se complicó días

<sup>64</sup> *El Constitucional*, 20-XII-1861.

después de su llegada al puerto de Veracruz pues escaseaba la comida, el alojamiento, los transportes, y día a día aumentaba la insalubridad de la ciudad, lo que ocasionó que en unos cuantos días hubiese una cantidad respetable de enfermos. Esto orilló a los comisionados a sostener el primer contacto oficial con el gobierno mexicano, a través del general José López Uraga, comandante del Ejército de Oriente, quien había puesto fuera de la ley a toda aquella persona que ayudase de cualquier forma a los extranjeros. Éstos, no sin gran dificultad y debido a que no contaban con transportes, pudieron establecerse en los poblados de La Tejería y Medellín; lo anterior revela que las fuerzas expedicionarias, de cerca de nueve mil hombres, pensaban encontrar a su llegada todo tipo de material de primera necesidad que sería brindado por las fuerzas del partido conservador, que según los mexicanos residentes en Europa eran muchas, bien pertrechadas y poseedoras de buena parte del territorio. Prim, después de permanecer algunos días en el país, se percató que dicha facción no contaba con el apoyo popular y mucho menos tenía la capacidad para poner una fuerza militar bien dotada al lado de los contingentes extranjeros.

Fueron todos estos motivos los que orillaron a los representantes aliados a ponerse en comunicación con las autoridades de México, no sin el disgusto del embajador francés quien vio en esta acción el reconocimiento implícito de Juárez. Es a partir de este momento cuando comenzaron las dificultades entre los comisionados españoles e ingleses y los franceses, especialmente con Dubois de Saligny:

Prim... se transformó en México... cuando supo ver de cerca el juego péfido de la política europea y supo distinguir con claridad el futuro de un pueblo en donde la monarquía era una quimera proscrita para siempre. A su pensamiento supo acompañar la acción, la réplica rápida y justa, la pronta concepción del derecho, el sutil conocimiento de la intriga cortesana y de la maniobra internacional. Descubrió inmediatamente la trampa y tuvo la entereza de llamar tramposos a los gobiernos y a sus aventureros agentes.<sup>65</sup>

Por aquellas fechas le llegó a Doblado una carta de Juan Antonio de la Fuente, que seguramente fue de gran ayuda para todo el proceso de negociaciones que tendría que enfrentar en esos días. Le informaba que España había renunciado al candidato Borbón a

<sup>65</sup> Genaro Estrada, *Don Juan Prim y su labor diplomática*, p. 239.

la monarquía y que el escogido para emperador era Maximiliano de Habsburgo, personaje que contaba con la venia de Napoleón III. Además sostenía que:

si nos defendemos bien nos salvaremos porque llegará la mala estación y no se pensará en mandar más fuerzas, porque se verá de una vez cuán larga y dispendiosa es la empresa de subyugarnos: porque la paz en Europa cruje y porque publicada nuestra justicia tendremos todo el partido liberal europeo en nuestro favor. El entusiasmo de México y la actitud noble y enérgica de nuestro gobierno nos han creado muchas simpatías, pero si nos dejamos arrollar por un puñado de europeos nos pondríamos debajo de los chinos y marroquíes.<sup>66</sup>

Agrega que el gobierno mexicano debe publicar la correspondencia que tiene con los ministros extranjeros y que es indispensable “pagar aunque sea sangrándonos”, pero rechazando todas las cuentas que sean inicuas y deshonrosas. Subraya que en el caso de que la ciudad de México sea ocupada por aquéllos, la defensa del país se hará en las peores condiciones del mundo, aunque augura un triunfo a la larga. Finalmente, le informa que pensaba salir de Europa, pero al enterarse de la proclama del presidente Juárez que indicaba estar dispuesto a entrar en la vía de las negociaciones y los tratados, pensó que era útil mantener su estancia hasta el momento en que por alguna desventura se rompieran las hostilidades.

El embajador mexicano confió demasiado en el altruismo liberal de los europeos, pues aunque en el futuro hubo apoyos muy significativos, la tendencia de las potencias en la segunda mitad del siglo pasado seguía siendo la del imperialismo que igualaba lo mismo a un *afrikaner* que a un mexicano o chino. Sin embargo, resulta muy importante su aseveración en torno al pago de la deuda externa, maldición de nuestro país desde su nacimiento hasta nuestros días. Los acontecimientos inmediatos le dieron la razón al coahuilense, pues los aliados informaron al gobierno que dada la insalubridad de la zona procederían a internarse en el país para ocupar posiciones en tierras templadas. Doblado respondió que eso era una provocación y que las autoridades se opondrían a dicho avance, pero que estaban interesados en saber directamente cuáles eran las proposiciones y reclamos que las potencias pretendían hacer, abriendo con ello la posibilidad de que los aliados, si así conve-

<sup>66</sup> Carta de Juan Antonio de la Fuente a Doblado, 18-I-1862, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Guanajuato.

nían, enviaran una comisión a la ciudad de México para arreglar un encuentro entre ambas partes. Tiempo después, los comisionados, dos por cada nación, llegaron a la capital y se entrevistaron con el ministro y el presidente. Este viaje fue rechazado por algunos funcionarios mexicanos y aprobado por otros; todos tenían razón, ya que los militares, especialmente los franceses, tomaron nota de las defensas del país, pero también pudieron constatar que la situación de la nación distaba mucho de lo que se había creído; se ofrecieron banquetes, funciones de teatro y hasta se echó mano de las relaciones familiares.<sup>67</sup> En este aspecto resultó muy importante la participación y comentarios que ante la sociedad expuso el brigadier Milans del Bosch, lugarteniente del general Prim.

En un “estira y afloja” de notas, ambas partes convinieron en que se realizara una conferencia entre el general Prim, por los aliados, y Manuel Doblado, por el gobierno, para discutir el avance de las tropas. La cita se efectuaría en el poblado de La Soledad, el 19 de febrero a las diez horas. Dicho encuentro mantenía en inquietud a ambas partes, ya que desde el desembarco de las tropas españolas en los últimos días de diciembre de 1861, hasta esas fechas, se había producido una evolución y modificación del tono para comunicarse con el interior, o sea, del primer desplegado dirigido a los mexicanos sin tomar en cuenta a las autoridades constituidas, pasando por una gran cantidad de papeles entre los diversos jefes militares y el propio Doblado, al hecho de aceptar una conferencia que podría dar origen a los tratados con el aval tanto del representante de las naciones demandantes como el del gobierno mexicano. Ambos personajes contaban con las facultades necesarias para negociar un acuerdo y se mostró a todas luces el cambio del ambiente político, cosa que no era gratuita pues los europeos pudieron percatarse, como ya dijimos, de que la condición militar, política, diplomática y climatológica era distinta de la que ellos creían, resultado ésta de informes amañados. Fue muy importante la labor diplomática emprendida por el gobierno mexicano: no quería la guerra y aquellos trabajos habían sido y lo serían en el futuro el arma más poderosa del gabinete y en general de los países pobres. Finalmente, al exhibirse México como país agredido, le creaba adeptos, especialmente en el continente americano. Por su lado el papel de Prim fue fundamental: comprendió la situación mexicana, atrajo a Wyke y casi lo logró con De la Gravière, pero se topó con la actitud férrea e intrigante del conde Saligny.

<sup>67</sup> Como fue la ayuda de González Echeverría, ministro de Hacienda y tío político de Juan Prim.

La entrevista, cuyo resultado último fue la desarticulación de la alianza tripartita, quedó registrada en el diario *El Constitucional* de la siguiente manera:

Como una legua antes de llegar a La Soledad apareció en el camino un coche diligencia tirado por ocho mulas y escoltado por cincuenta lanceros mexicanos. En este coche se hallaban el general del ejército de Oriente, Ignacio Zaragoza, y el señor Doblado, ministro de Estado y Relaciones Exteriores, los cuales venían a esperar al general Prim y a ofrecerle el carruaje. Este fue aceptado con las mayores muestras de deferencia y en medio de muchos cumplidos por ambas partes... Llegaron a La Soledad a eso de las diez de la mañana: el pueblo se agrupó para contemplar de cerca a esos individuos, tan poco conocidos como mal juzgados. Los señores se apearon en una casa de mampostería, situada a un costado de la Iglesia y separándose después el general Zaragoza, tuvieron una larga y reservada conferencia los generales Prim y Doblado, conferencia que fue interrumpida por el almuerzo. Terminado éste fueron a dar una vuelta hacia el puente mientras una charanga de caballería tocaba varios aires, y seguidamente volvieron a conferenciar con igual reserva, encerrados en un salón *tete a tete* hasta las tres y media, en que el mismo coche acompañado por el jefe del estado mayor y otros individuos de la comitiva regresaron con el general Prim a la Tejería.<sup>68</sup>

Los “Preliminares” de La Soledad, documento que es resultado de la anterior conversación, estipulaba varios puntos importantes: se reconocía al gobierno constitucional, mismo que no había manifestado que necesitase auxilio del exterior y se entraba con él al terreno de los tratados para formalizar las reclamaciones pendientes. Se ponía en claro por parte de los aliados que no pretendían violar la soberanía, la independencia e integridad del territorio y se fijaba la ciudad de Orizaba para iniciar las negociaciones; los europeos también conseguían que sus contingentes ocuparan de manera legal los poblados de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, subrayándose que si se rompían las negociaciones se retirarían a unos puntos señalados, luego de que el gobierno mexicano se ocupara de los hospitales aliados que quedasen tierra adentro. Finalmente se enarbolaría la bandera mexicana en San Juan de Ulúa y en el puerto de Veracruz. Doblado no pudo, a pesar de todo, obtener el control de la aduana del puerto, punto de suma importancia para las finanzas del gobierno. El ministro le escribió a Juárez informándole que:

<sup>68</sup> *El Constitucional*, 12-iv-1862.

no pude sacar más, a pesar de que no ahorré razonamiento ni arbitrio oratorio de cuantos estaban a mi alcance y, si bien hay modificaciones sustanciales respecto de los artículos propuestos por el señor Ministro de Justicia, hay también algunas concesiones adquiridas por nuestra parte que no estaban comprendidas en aquellas... Mi opinión como ministro en el gabinete, es que los preliminares deben admitirse como lo mejor que puede obtenerse en las presentes circunstancias.<sup>69</sup>

La posición de Doblado era clara, el gobierno mexicano no estaba posibilitado de exigir mucho a las potencias, pero el reconocimiento de la legalidad era un paso importante para las dos partes y una consecuencia lógica de la evolución de los acontecimientos. Los "Preliminares" comprometían poco, ya que las negociaciones se empezarían en Orizaba. Más allá de esto, seguramente le inquietó una posible negativa por parte del gabinete, o el escándalo de los miembros del Congreso que, aunque habían facultado al ejecutivo para llevar con entera libertad la defensa de la nacionalidad no por ello estaban impedidos de manifestar su descontento por vía particular o por medio de la prensa, conducto que en definitiva era una de las preocupaciones del ministro. La reprobación del acuerdo, que afortunadamente no se verificó, hubiera dado armas a la opinión intransigente de los intervencionistas y posiblemente la renuncia de Doblado habría generado una profunda crisis de gobierno. Por todo ello él presionó por la negociación y la opinión pública la aceptó, no sin remarcar, con razón, su profunda preocupación por el avance tierra adentro de las diversas fuerzas expedicionarias.

Los "Preliminares" de La Soledad fueron aceptados por el gobierno mexicano y por los aliados que estaban facultados para ello. Es importante señalar que Dubois de Saligny no hizo ningún tipo de aclaración con respecto al texto pactado; simplemente lo firmó. Esto se subraya en esta narración porque días más tarde se retractará de lo hecho, actitud que molestó sobre todo al comodoro Dunlop, jefe de las fuerzas británicas. La actitud del embajador francés estaba acorde a las instrucciones que llevaba, y el desembarco de un refuerzo bastante numeroso de soldados franceses confirmó los temores de algunos cuantos mexicanos que previeron tal situación. Sin embargo, lo que causó honda sensación fue que aquellas tropas dieron abrigo a diversos connotados conservadores que estaban en el exilio. El gobierno, a través de Doblado, envió una serie de pro-

<sup>69</sup> Carta de Manuel Doblado a Juárez, 20-II-1862, en Jorge Tamayo, *op. cit.*, p. 773-775.

testas, y los señores Wyke y Prim se sintieron sumamente molestos porque consideraron que aquellas personas lo único que harían sería dificultar la acción mancomunada de los aliados. Respecto a este acontecimiento, don Manuel escribió:

Las fuerzas francesas dieron abrigo en Veracruz a mexicanos declarados enemigos del actual orden de cosas establecido en la república... custodiaron en su tránsito de Veracruz a Córdoba a los traidores D. Juan N. Almonte, D. Francisco Miranda y otros... El gobierno mexicano tenía en su poder cartas dirigidas por el traidor Almonte en que excitaba a jefes y oficiales del ejército mexicano a que promovieran asonadas llamándolos al poder, y desconociendo al mismo gobierno constitucional a quien los comisarios franceses al aprobar los Preliminares de La Soledad habían reconocido los títulos bastantes para constituir una autoridad legítima, a saber, los elementos de fuerza y opinión necesarios para sostenerse contra cualquiera revuelta intestina no apoyada y favorecida por las bayonetas extranjeras.<sup>70</sup>

Efectivamente, desde ese momento los comisionados ingleses ordenaron reembarcar sus tropas y gracias a la laboriosa actitud de Prim y a los constantes contactos con Doblado, Wyke accedió a seguir tratando por la vía diplomática las cuestiones mexicanas. Saligny, en un momento dado, conversó con los representantes ingleses y les dijo que él jamás había firmado los "Preliminares" de La Soledad y que el texto no lo comprometía, salvo en el punto referente al retroceso táctico de las fuerzas militares. La actitud de aquél dejó estupefactos a los británicos quienes acudieron al comandante español para ver qué opinaba; éste recibió la misma respuesta del embajador francés. Eran evidentes, para entonces, los oscuros motivos que movían la expedición de Francia. Prim esperó a que en Orizaba, lugar donde propiamente empezaría las negociaciones, pudiese darse un arreglo favorable entre los comisionados, pero todo fue inútil, la postura de Saligny era contraria al decoro y la dignidad de Juan Prim y Charles Wyke. Ante tal noticia el presidente Juárez mandó publicar un manifiesto para que el pueblo pudiera enterarse fehacientemente de los acontecimientos; en aquél se explicaba que los comisionados de los tres países no habían podido ponerse de acuerdo en la interpretación que habían de dar a la Convención de Londres y que cada uno de ellos obraría de manera separada. Al mismo tiempo recalca que el gobierno francés, que se había comprometido por medio de los tratados de La Soledad a reco-

<sup>70</sup> /Manuel Doblado/, *Relato del general...*, f. 15.

nocer al gobierno constitucional, daba ahora abrigo a “un hijo espúreo [*sic*] de México sujeto a juicio de los tribunales por sus delitos contra la patria”.<sup>71</sup>

Y sabiendo, como era de preverse, quién era el centro de las intrigas entre los aliados, Manuel Doblado le envió una carta a Saligny que significaba de hecho el rompimiento de las hostilidades con el imperio de Napoleón III

La violación de los preliminares de La Soledad, consumada por los señores comisarios franceses a la sombra de un pretexto casi pueril, es injustificable examinada a la luz del derecho internacional... El gobierno mexicano ha estado y está todavía, dispuesto a agotar los medios conciliatorios para llegar a un acomodamiento pacífico, cuya base sean los preliminares de La Soledad. Ha cumplido por su parte y cumplirá, en lo sucesivo, con las obligaciones que se impuso en aquellos preliminares porque comprende cuánto lastima una deslealtad al honor de la nación. No agredirá el primero, porque sigue fielmente el principio de respetar las nacionalidades, mientras no recurran a otros medios que los de las convenciones. Pero el gobierno constitucional, depositario de la soberanía y guardián de la independencia de la república, repele la fuerza con la fuerza y sostendrá la guerra hasta sucumbir porque tiene conciencia de la justicia de su causa, y porque cuenta con que esa contienda la ayudarán poderosamente el valor y el amor a la patria, características del pueblo mexicano.<sup>72</sup>

De la misma importancia consideró el ministro atraerse a las otras dos partes beligerantes:

Como México sabe apreciar en todo su valor la conducta noble, leal y circunspecta de los señores comisarios de la Inglaterra y de la España y como su deseo es apurar todos los medios conciliatorios, y arreglar definitivamente sus relaciones exteriores con las potencias amigas, está dispuesto a entrar en tratados con los señores representantes de la Gran Bretaña y de España, no obstante lo ocurrido el día 9, pues ahora como antes tiene la mayor voluntad para satisfacer cumplidamente todas las reclamaciones justas de aquellas naciones dándoles garantías eficaces para lo futuro y reanudar las relaciones de amistad y comercio que con ellos ha llevado sobre bases, francas y duraderas.<sup>73</sup>

De esta forma:

<sup>71</sup> *El Monitor Republicano*, 12-iv-1862.

<sup>72</sup> Carta de Manuel Doblado a Dubois de Saligny, 12-iv-1862, en *El Monitor Republicano*.

<sup>73</sup> Carta de Manuel Doblado a los comisionados ingleses y españoles, *ibid.*

Doblado obtuvo, desde el mismo pueblo de La Soledad, la primera de las grandes victorias nacionales que caracterizaron la gesta de los años de 1862 a 1867. No sólo porque supo darle oportunidad a Juan Prim para exhibir su carácter liberal, caballeroso y decente; y a Wyke para convencerse de que un acreedor puede más por las buenas que por las malas; sino que pulverizó en el terreno moral la política del matonismo, en la que se había anclado la cancillería de Napoleón III.<sup>74</sup>

Finalmente, para completar el cuadro, Prim esbozó, al presentarse ante el senado español para explicar la conducta de sus actos, un pensamiento clarividente que sólo se da en aquellas personas de profunda inteligencia que pueden prever el desarrollo de un acontecimiento, y afirmó con toda convicción lo que sigue:

Yo no dudo que entrarán (los franceses) algún día en la capital de México, les costará mucha sangre, fatigas y tesoros, pero entrarán; su amor propio militar quedará satisfecho, pero no crearán nada sólido, nada estable, nada digno del gran pueblo que representan. No podrán crear una monarquía porque no encontrarán hombres de opiniones monárquicas; ni podrán siquiera constituir un gobierno de capricho, un gobierno de antojo, porque los mexicanos lo rechazarán... Los franceses en México no tendrán más terreno que el que pise su autoridad ni aún llenarán el espacio en que resuenen sus clarines; ocuparán la capital de México y otro pueblo y otras ciudades, uno, dos, tres años, el tiempo que quieran, pero por mucho que dure la ocupación yo aseguro que no lograrán que los mexicanos quieran al príncipe Maximiliano por rey de México; siendo el resultado que los franceses tendrán que abandonar un día aquella tierra, dejándola más y más perdida que la que encontraron cuando a ella llegaron con promesas de querer salvarle.<sup>75</sup>

En marzo de 1862, con la ruptura de hostilidades entre Francia y México se hicieron reales los temores de muchos actores de la política nacional, tanto liberales como conservadores, puesto que en este último grupo no todos estaban a favor de una intervención armada que viniera a arreglar nuestros problemas. La situación de ese momento era el resultado de los perpetuos conflictos, de la coyuntura internacional debida a la guerra civil que se estaba librando en los Estados Unidos y la época de una nueva expansión imperial que lo mismo se daba en la corte de Napoleón III que con la pujante Prusia

<sup>74</sup> Ernesto Lemoine, "La guerra de México hace un siglo", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, p. 331-403

<sup>75</sup> *Discurso pronunciado por el general Prim en el Senado Español...*, p. 128-129.

y el reino de Cerdeña-Piamonte. Todos los elementos se reunieron en una época y México fue una de las nacionalidades agredidas. No la única, esto lo remarcó la prensa liberal subrayando la posición de Polonia y la lucha que mantenía su pueblo contra los rusos, además de apuntar la semejanza de su estado con el nuestro, ya que en ambas situaciones se tenía por vecino a una potencia, pero, en el caso que ahora nos ocupa, el gabinete de Washington no era el agresor. Aquellos que vivieron como adultos la lucha por la independencia les tocó la experiencia de Texas y la guerra de 1857; como Alamán, sintieron una gran desesperación, impotencia y rencor en lo más profundo de su humanidad por tal acontecimiento. Ahora ya casi todos estaban muertos, salvo los casos más representativos de Juan Álvarez y Antonio López de Santa Anna, que logró sobrevivir a toda su generación, inclusive a la de muchos radicales, moderados, conservadores y monárquicos que nacieron durante el movimiento de emancipación de 1810 y que morirían en los cinco años siguientes a 1862. Todos estos últimos se aprestaron a la lucha, eran jóvenes y cada quien utilizaría sus mejores armas.

Gregorio Pérez Jardón, editorialista de *El Constitucional* escribió una serie de reflexiones sobre las hostilidades francesas, señalando que el pueblo mexicano había estado luchando durante más de cinco años para acabar con las preocupaciones del fanatismo introduciendo cambios como el matrimonio civil, la libertad de conciencia, la desamortización de bienes eclesiásticos y otros tantos asuntos que fueron principios básicos de la Ilustración Francesa y que “la gloriosa revolución de 1789” las implantó como una forma de regeneración humana, como un rompimiento absoluto con el antiguo régimen, como la síntesis de las aspiraciones de todo hombre de bien y no sólo eso, sino que las exportó y las dio a conocer a todo el mundo para que fueran imitadas. Indicaba que para los revolucionarios de la América española, aquellos principios habían sido una bandera por la que había que luchar, y ahora los liberales, después de grandes esfuerzos, los llevaban a la práctica, consumando con ello las aspiraciones que fueron postergadas durante varias décadas. Sin embargo, el periodista, quejándose amargamente, se preguntaba, porque no comprendía, cómo era posible que “la culta Francia”, aquella nación que había sido el origen de tales ideas por las cuales se ha estado peleando, que era el ejemplo a seguir, que no se le debía demasiado dinero y que la considerábamos como amiga, interviniera en México, nos trajera un rey y apoyara a los retrógrados, esa fracción contraria a su espíritu y que está reducida casi a la nulidad.

La posición de este escritor coincidía con la de muchos progresistas. Una de sus características radicaba en la de propender a la universalidad y la cultura francesa tenía para ellos esta naturaleza. Habían leído a sus clásicos e inclusive a los contrarios de la gran revolución, como Edmund Burke, a quienes citaban, y la prensa, tanto periódica como la de los grandes libros, tradujo sus textos. Para muchos, la Intervención Francesa significaba una traición y una cobardía porque la admiraban, no como a los Estados Unidos que, a pesar de ponderar sus cualidades, siempre los vieron como peligrosos y nunca confiaron en ellos, a pesar de que les dio abrigo en sus diversos destierros. Ahora, estaban dispuestos a la lucha y la población mexicana había cambiado de 1847 a 1862; ya no era ese pueblo descastado, como dijera José Fernando Ramírez al relatar que cuando los americanos se posesionaron de Veracruz, de la ciudad de México y el resto del país no hubo demostraciones de enojo o de espíritu guerrero, más bien era una indiferencia que, en palabras del duranguense, horrorizaba. No éramos una nación.

En este mismo sentido, Manuel Payno, sin duda una de las plumas más distinguidas del México decimonónico, olvidó el juicio promovido en su contra por la administración juarista, dejó pasar los malos ratos de su encarcelamiento y no echó en saco roto su participación en el golpe de estado decembrino. Sabía que la situación de marzo de 1862 era el resultado indirecto de aquel nefasto acontecimiento, que él mismo previó en diversas cartas, pero también no se le escapaba que los errores del gabinete juarista fueron un elemento muy importante que favoreció el devenir de los acontecimientos como se estaban presentando. Para este momento, con la invasión encima, decidió cerrar filas, dejar de lado las divisiones entre moderados y radicales. Como muestra de sus concepciones teóricas se reproduce parte de un texto que le dirigió en marzo de 1861 al embajador español Francisco Pacheco. En él proponía una explicación acerca del desarrollo de los sistemas políticos y de las etapas por las cuales tenían que pasar las naciones, asimismo daba rienda suelta a sus asumidas concepciones evolucionistas típicas de la época, para explicar la situación de México y remarcar el espíritu que había guiado el movimiento de la Reforma.

El hombre de estado, y el hombre que aunque no sea de estado tiene mundo y experiencia, lamenta, sí porque los males de una guerra civil son siempre dignos de lamentarse, pero no se escandaliza ni se asombra de que las sociedades del mundo por más que sea su civilización, vayan pasando por esos forzosos y sangrientos caminos que parecen,

mejor dicho que son trazados por la voluntad de la providencia, para castigo de unos, para experiencia de otros y para terrible enseñanza de todos. El espíritu de los enciclopedistas franceses, las teorías norteamericanas y la imitación española, fueron los elementos morales que animaron la revolución que aparte del cebo que presentaban a los combatientes los bienes del clero, representaba la lucha de los tiempos antiguos con los modernos, la contraposición de ideas que han pasado con la novedad de las ideas que vienen, en una palabra, la destrucción de instituciones que necesitaban purificarse con los sufrimientos y las desgracias, para que vuelvan a nacer limpias, puras, sencillas y humildes.<sup>76</sup>

Mientras aquellos escritos y otros tantos trataban de formar una opinión pública, Doblado le había manifestado al presidente Juárez, antes de que aceptase la jefatura del ministerio, que él iba a actuar dictatorialmente cuando fuese necesario y que su acción estaría marcada por las transacciones, los compromisos y que no se asombrara que en algunos momentos el perfil de los acontecimientos lo orillara a aflojar o estirar según el caso. La Intervención produjo la unanimidad de criterio en cuanto a la defensa del país, pero no así los medios sobre cómo debía llevarse a cabo. Francisco Zarco, como hemos visto a lo largo de este capítulo, había sostenido la candidatura del guanajuatense desde mediados de 1860, considerándolo el hombre de la situación, ponderando su actividad y otras tantas cualidades, a pesar de que aquél reiteradamente se había negado a ingresar en el gabinete. Y ahora, cuando éste se encontraba en el poder, no le parecieron correctas las formas de su actuación, por lo que desde el periódico *El Siglo Diez y Nueve* llevó a cabo una campaña de constantes críticas, que aunado a las discrepancias con el presidente y Zamacona, individuo que aunque no formaba parte del gobierno sí tenía gran influencia sobre Juárez, lo orillaron a solicitar su renuncia. Este acontecimiento se vio favorecido por el sesgo militar que tomaba la invasión, siendo en su inicio positiva a las armas nacionales (batalla del 5 de mayo). Doblado sostuvo, una vez que el ejército francés fue posesionándose del país, que el campo de la diplomacia había muerto y que sus servicios se dirigirían a pacificar el centro de la república, salida que siempre utilizaba cuando los acontecimientos o no eran de su gusto o habían tomado un giro contrario que a la larga significaba una derrota. Su decisión fue aceptada el 16 de agosto, no sin reticencias por parte de Juárez, pues sabía que con su dimisión se produciría una nueva crisis minis-

<sup>76</sup> Manuel Payno, "México y el Sr. Pacheco", en *El Constitucional*, 2-III-1861.

terial que sería señalada por la prensa, lo que también implicaba una reorganización del gabinete, pues el actual era obra de don Manuel; sabía perfectamente que una mala elección en esos momentos podía producir pérdidas irreparables. Se mencionaban los nombres de González Ortega y De la Fuente. El vencedor de Puebla, Ignacio Zaragoza, le escribió a Juárez subrayándole que la renuncia del ministro era una cosa grave, pues éste se había manejado de tal manera, que prestaba servicios “interesantes” (?) a la república. Agregaba que fuere cual fuere el gabinete, los militares, y él en particular, estarían conformes con la designación y la secundarían. Sin embargo, puntualizó que era imperioso poner al frente del gobierno hombres cuyos antecedentes los hicieran merecedores de la confianza del partido liberal y del mismo presidente.

La situación era lo problemático, no había disciplina partidista, los rencores y los odios eran cosa de todos los días y los más preclaros no estaban exentos de ella:

Aunque en lo personal felicito a U. por su separación del ministerio, no lo hago en lo relativo a la causa pública, porque indudablemente vamos a atravesar por una crisis terrible. Y como ya no es ministro bien puedo decirle que su presencia era la sola y real garantía con que contaba esta desgraciada sociedad.<sup>77</sup>

Pero si bien algunos lo felicitaron, otros acentuaron lo frívolo de su comportamiento:

¿Cómo es posible que cuando el país necesita de los servicios de sus hijos en el terreno de la Diplomacia y la guerra usted así lo abandone? ¿Cree que ante la historia no tiene una gran responsabilidad?... pero me fío en su patriotismo y amor a las instituciones en los terribles días que nos esperan.<sup>78</sup>

En otra comunicación el general González Ortega le señaló que él había llegado a la capital dominando el conflicto e imponiendo al país, a la Cámara y al Ejecutivo su voluntad. Que había sido dueño de la situación y por lo tanto estaba fuera de las desconfianzas y de los juicios mezquinos. Y que en ese sentido el “partido rojo” no desconfiaba de sus acciones, a pesar de las críticas vertidas por Fran-

<sup>77</sup> Carta de José María Lafragua a Doblado, 19-viii-1862, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Guanajuato.

<sup>78</sup> Carta de José María Ortega a Doblado, 31-viii-1862, en *ibid.*

cisco Zarco, sino que esa opinión la tenía una “pandilla” que sabía hacer de sus intereses un pretexto de patriotismo.

Con la salida de Doblado, el gabinete lo encabezó De la Fuente, cambio de gran trascendencia pues Juárez dejaba de apoyarse en el equilibrio de los tres grandes cacicazgos activos (Doblado, González Ortega y Vidaurri), para buscar un camino institucional y colocando a la cabeza un gran estadista y diplomático. Zarco escribió a favor del nuevo jefe del ministerio subrayando que no debía desconfiarse de un hombre cuyos principios eran más que conocidos y la lealtad era la norma de su vida. Si Doblado, por su carácter y sus maniobras podía inspirar desconfianza, De la Fuente era tan claro y conciso que de ninguna manera podría ser visto como un ciudadano que traicionaría sus principios y hasta la nacionalidad. A pesar de contar con el respaldo de la prensa, muy especialmente de Zarco y Zamacona, se topó con la oposición de la Cámara que revivía la antigua pugna del año anterior y de las que tuvieron lugar con Arista y Comonfort: desarmar al Ejecutivo, lo que en aquellas circunstancias significaba desintegrar la capacidad directiva de aquél para hacer frente a los enemigos externos. Con el fin de sortear la oposición que era el resultado de “la insensatez dogmatizada”, tuvo que recurrirse a todo tipo de negociaciones que necesariamente desviaron las energías y la atención que debían concentrarse en la guerra. Por ello, Doblado había insistido en obrar dictatorialmente y el nuevo gabinete pudo conseguirlo de manera legal, procedimiento que había sido medular durante la guerra de Tres Años y que, a pesar de todo lo criticable, Juárez mantuvo a lo largo de la invasión. La circular, dirigida a los gobernadores donde se exponía el programa de gobierno que pretendía seguirse, explicaba que el cúmulo de facultades eran necesarias para llevar a buen término la empresa nacional; sabía que esta medida iba a producir alarma e irritación entre los enemigos domésticos y externos, pero que “la dictadura transitoria” se había creado únicamente para salvar a la patria, siguiéndose un recurso “evidentemente constitucional” que había sido empleado por las “repúblicas antiguas y modernas, aún las más imbuidas en el espíritu de la democracia”<sup>79</sup>; agregaba finalmente que esta suma de poder era la que la nación quería para que se hiciera la guerra con mayor vigor y que los medios escogidos envolvieran el menor sacrificio posible, tanto en el orden político como con el material.

<sup>79</sup> *Circular dirigida a los gobernadores por el ministro de Relaciones y Gobernación, exponiendo el programa que se propone seguir el ministerio*, Colección Lafragua.

Así, en el mes de agosto se consiguieron las facultades extraordinarias y el aniversario de la independencia sirvió para inflamar el espíritu patriótico, pero sobre todo se invitó a dejar de lado las filiaciones personales. Carlos Gagern, orador oficial, sostuvo en su discurso conmemorativo que no era el momento para preguntarse si se habían cumplido exactamente las promesas de la última revolución o si la libertad había llegado a ser una verdad práctica o que si han existido personajes que explotaron los triunfos liberales. Estas cuestiones, sostenía el tribuno, las resolveremos más tarde y pacíficamente “en los clubs”, en las reuniones populares y en los congresos: “primero es ser y después el modo de ser”. Era una posición típicamente moderada que suscitó la respuesta de Francisco Zarco al siguiente tenor:

El partido moderado no tiene valor para negar ni fe para afirmar: el que no ama la reforma, ni la tradición, el que pierde el tiempo buscando un medio entre el sí y el no, el que cuando acepta en un principio, pretende matarlo con una restricción, el que cuando no puede negar lo útil de una innovación, recurre a aplazarla diciendo con tono de oráculo y de sibila: no es tiempo aún. Esa es la forma como piensan algunos de nuestros más insignes políticos.<sup>80</sup>

El enfrentamiento estaba dado, Zarco tenía razón en el plano teórico, pero Gagern apuntaba una situación innegable y totalmente coherente, resultado de la evolución de los acontecimientos. Eran dos visiones que se complementaban entre sí, pero antitéticas en los momentos de crisis. Zarco atacaba a los moderados en este 1862, como Gutiérrez Zamora y otros tantos lo habían hecho dos años antes, porque veían la proximidad de éstos y el nada despreciable influjo que tenían en el mundo político. Sin embargo, la situación era distinta: o se tomaba el camino de la defensa de la república o se agregaban a la aventura imperial. Cada quien abrazó el camino que más satisfacía a su conciencia y dos de los prohombres del moderantismo, con el perfil típico de acción y pensamiento siguieron el camino de la defensa nacional: Ignacio Comonfort había llegado a México a finales de 1861 y en septiembre del año siguiente se encontraba al mando de su brigada, dispuesto a ponerse bajo las órdenes del presidente Juárez; Manuel Doblado, encargado de la seguridad en el centro de la república, se dirigió a Guadalajara, que

<sup>80</sup> Francisco Zarco, *Oración fúnebre a los mártires desde la independencia*, 17-ix-1862, Colección Lafragua.

estaba amenazada por las gavillas facciosas. De esta ciudad extendió su acción hasta Sinaloa, obteniendo que el gobierno local dejase al general Ramón Corona los recursos de la aduana de Mazatlán para el sostenimiento de la tropa. Durante su estancia en aquellas latitudes, Doblado platicó con diversos agentes norteamericanos, siguiendo la tónica de sus anteriores conversaciones con el embajador Corwin que se reducían en aquel tiempo a que los Estados Unidos pagaran la deuda mexicana obteniendo a cambio los derechos de minas en los estados del norte. Ahora era la ocasión de proporcionar dinero fresco para afrontar la guerra:

Se me presenta la oportunidad de conseguir en California un millón de pesos cuando menos, en armas y dinero si se garantiza con la enajenación de los terrenos baldíos y libres de toda responsabilidad que como usted sabe existen en Chihuahua, Durango y Sonora... Juzgo de tal importancia esta idea en las críticas circunstancias por las que atravesamos, que si ella se realizara proporcionaría los elementos que tanto necesitamos para conjurar la situación interior y para afrontar la invasión extranjera... Lo expuesto, que no pasa de una mera indicación, sin exigencia alguna de mi parte... la adoptará usted o no, obrando con su acostumbrado criterio y con entera libertad, pues no media otro empeño de mi parte, que el interés de la patria y el que siempre he tenido por el gobierno de Usted.<sup>81</sup>

Juárez obviamente se negó a llevar a cabo tal transacción porque consideró que tal postura lo comprometía demasiado. En el pasado la idea del tratado McLane-Ocampo había tenido su razón de ser y para fortuna del país el Senado de los Estados Unidos lo rechazó; el partido conservador acertadamente subrayó que tal convenio significaba la venta de México. Por otro lado, el presidente no exteriorizó su enojo por el tono altanero de la comunicación, típica de Doblado cuando quería exigir algo que le parecía esencial. El exministro dejó pasar el hecho, pero la idea y sus pláticas tendientes a realizar ese objetivo continuaron hasta su muerte.

Al despuntar 1863 la realidad militar se iba imponiendo poco a poco. Se habían conseguido triunfos notables como Camarón (?) y Puebla, pero los reveses eran más frecuentes y la muerte de Ignacio Zaragoza (3 de septiembre de 1862) ensombreció el panorama, pues se le recordaba no sólo por su participación en la guerra de Reforma sino como otro de los mártires que caían a consecuencia de las

<sup>81</sup> Carta de Manuel Doblado a Juárez, 20-xii-1862, Colección Juárez, Fondo Reservado, UNAM.

maquinaciones clericales-reaccionarias, puesto que para el grupo liberal la invasión de Francia era resultado de su influjo. Se nombró a Jesús González Ortega comandante general del Ejército de Oriente con el objeto de detener a los franceses en Puebla. Era el caudillo de Calpulalpan, había sido el candidato presidencial de la oposición radical y, como mostramos páginas atrás, existía entre él y Juárez un franco distanciamiento, pero la Intervención era un elemento aglutinador, sin que por ello desaparecieran las divisiones bastante profundas en torno a cómo debía enfrentarse el conflicto.

Y así como el zacatecano dejó su comarca norteña y los moderados como Doblado y Comonfort desempeñaban diversas actividades en defensa de la nación, otro partidario de los términos medios, Manuel Payno, quien ya le había escrito al embajador Francisco Pacheco sobre la incongruencia de la invasión, tomó de nueva cuenta la pluma y con maestría escribió un ensayo bastante largo que fue divulgado tanto en pequeños cuadernos como en la prensa periódica y que se intitula *Carta que sobre los asuntos de México dirige al general Forey, comandante en jefe de las tropas francesas en México*. En este texto expone el desarrollo de la historia mexicana, mostrando el origen de la sociedad colonial, las clases que la conformaban, la riqueza que adquirió el clero a lo largo de trescientos años, el proceso de independencia, el origen de los partidos, la lucha que han sostenido y el por qué de ésta. Subraya que el proceso de la Reforma no ha sido obra exclusiva de Juárez o Lerdo, sino “el reflejo pálido del sol sangriento” que fue la Revolución Francesa, acontecimiento que no podrá ser borrado por todas las historias monárquicas del mundo, ni por el peso de los siglos. Sostiene el escritor que ahora los hijos de esa gloriosa gesta, y Forey en particular, tienen enfrente a un ejército de ciudadanos, como el que los revolucionarios franceses opusieron a los austriacos y rusos. Es el presidente de la Suprema Corte de Justicia quien lo comanda. Es el general Comonfort quien viene del extranjero, no para derrocar a Juárez, ni a promover la guerra intestina, sino a pelear como militar para defender la independencia de su patria. Son los jóvenes Rincón Gallardo, riquísimos propietarios y descendientes de las más nobles y antiguas casas que viven como soldados, “si los vencéis general, no será a discípulos de la escuela de Ciro, ni de West Point, sino simplemente a unos ciudadanos que hacen lo que los mejores y más meritorios hombres del mundo harían, es decir, pelear y morir por su patria”.<sup>82</sup>

<sup>82</sup> Manuel Payno, *Carta que sobre los asuntos de México dirige al señor general Forey, comandante en jefe de las tropas francesas en México*, Colección Lafragua.

De esta forma Payno pone el dedo en la llaga al sostener con gran inteligencia que uno de los grandes errores de la empresa ha sido engañar a Napoleón III haciéndole creer que existe aquí un espíritu monárquico. Sin embargo, siendo congruente con su filosofía de no alinearse a los absolutos, el autor acepta la existencia de unos cuantos mexicanos que hace alrededor de quince años “ruegan” en las cortes europeas nos manden un príncipe cualquiera. México “no tiene ni tradiciones, ni hábitos, ni elementos monárquicos”, ¿quiénes serían los condes, duques y marqueses?, “yo no los encuentro” ni en el partido liberal ni tampoco en el contrario. Habría que importar todos los elementos de la nobleza “como si fuese un gran teatro”. Pero si la idea monárquica es irrealizable, su carácter de orden y pacificación es absurdo y ridículo; por el contrario, la monarquía sería generadora de discordias infinitas, de guerra y por ello el monarca mexicano tendría necesidad de sostenerse en una fuerza extranjera de doscientos mil hombres y por lo tanto se le vería más que como un salvador, como un tirano. Y si esto es así, ¿qué felicidad podría esperar este monarca, ni qué ventura podría proporcionar a esta tierra, un gobierno que estaría únicamente apoyado en las bayonetas extranjeras?”, pues los reaccionarios tienen el “mérito indisputable” de no haber creado en más de un año de invasión una administración sólida.

Finalmente el autor apunta una situación palpable para el momento: la invasión francesa cambió el panorama político. Si desde 1855 se hablaba de la conformación de un partido nacional, que era el liberal, y ello se había demostrado con el respaldo obtenido a lo largo de los tres años de guerra civil, ahora la intervención tenía que acabar con la actitud vacilante de algunos; sin embargo también reconoce la existencia de una minoría que jamás cambiará, a pesar de los continuos fracasos y el sacrificio de muchos de sus correligionarios. Prosigue aseverando que los llamados “puros”, los moderados, y aún muchos conservadores, han palpado la injusticia de los acontecimientos y se han colocado alrededor del presidente Juárez que representa “la independencia, el libre albedrío y la voluntad soberana de la República”. Contrariar a este partido nacional y pretender crear otro, no es más que volver a comenzar la guerra civil. Si los mexicanos pierden en Puebla y México, “quedará un inmenso territorio que conquistar, y de allí de nuevo”. Los que subsistiesen continuarán la lucha, probablemente no los mismos del presente que están frente a “su ejército general Forey”, serán otros que con mayor o menor fortuna continuarán defendiendo a su país.

El texto de Manuel Payno viene a ser el documento más acabado, el resumen de la literatura liberal en torno a los antecedentes históricos del país, el análisis de los acontecimientos inmediatos y la proyección de los acontecimientos del país. Se temía a la guerra civil y ésta fue más grave y larga de lo que se pensaba; se veía la inminencia de un conflicto extranjero y éste se hizo real. Zarco, De la Fuente, Doblado, Matías Romero, escribieron cientos de páginas en torno a los peligros que significaba la internacionalización de la guerra civil. Leonardo Márquez vio, como Payno, lo que sucedería, pero no tuvo la convicción para cambiar la actitud. Jamás lo haría como lo apuntó el escritor: el camino era único y sin posible retorno, o se iba por él o se le combatía. Sin embargo se sospechaba de los trásfugas, de los que defeccionarían y que ya estaban prácticamente ubicados. Santiago Vidaurri era uno de ellos, a pesar de que el enfrentamiento con el gobierno federal se hará efectivo prácticamente un año después de la anterior carta dirigida a Forey. El siguiente documento basta por sí solo:

Mientras más tiempo pasa, más me asombro de lo que acontece en este infeliz estado (Nuevo León). Maldito lo que aquí se piensa en la patria; maldito el caso que se hace de las Leyes de Reforma y maldito lo que les importa que la invasión francesa se trague a Juárez y a todo el partido liberal, con tal que no se trate de quitar a Vidaurri su feudo... los mexicanos andan haciendo prodigios de valor y éste célebre general Vidaurri está aquí apoltronado, recogiendo buena cosecha y cantando himnos de gloria en su ínsula barataria.<sup>83</sup>

Efectivamente, los jefes militares estaban trabajando en el combate contra las gavillas reaccionarias o en el frente de Puebla o allegándose recursos. Vidaurri envió un regimiento de caballería en tan mal estado que en los partes militares de González Ortega a Comonfort le pide de manera urgente una nueva caballada, o pasturas, en el sentido de ponerlos aptos para el combate. Don Ignacio, que estaba en el ejército de reserva, tuvo constante comunicación con el gabinete juarista y en diversas ocasiones le escribió a su amigo Juan Antonio de la Fuente, que era ministro de Relaciones Exteriores, comentándole la necesidad de que Ortega cambiara de táctica. Pidió que don Jesús, y el gabinete lo dejaran actuar militarmente antes de que fuera demasiado tarde. Hizo hincapié en que una ciudad sitiada es final-

<sup>83</sup> Carta anónima a Doblado, 8-II-1863, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Guanajuato.

mente ciudad tomada y que la introducción de víveres se haría cada día más difícil, pues las tropas francesas cada vez cerraban más el círculo sobre Puebla. Debe tomarse en cuenta que en 1856 había dirigido la toma de la ciudad, misma que estaba defendida por lo más florido del ejército conservador, campaña que reunió a más de 16 000 hombres que pelearon cuadro tras cuadro. Recuérdese que era poblano y desde la década de los años treinta, lo mismo que Santa Anna, conocía las ventajas y los peligros del valle. Sobrevino la derrota en San Lorenzo, que más bien fue un repliegue de Comonfort, y al comandante en jefe no le quedó otra más que resistir unos cuantos días más para finalmente rendirse. Desde Brownsville Miguel Miramón se enteró de cómo había sucumbido Puebla y expresó en una carta a su esposa que Ortega y su ejército de nueva cuenta habían dejado en alto el honor de las armas nacionales. Rastreando la correspondencia del “Macabeo” puede uno percatarse del respeto que le tenía al zacatecano, probablemente producto de las derrotas de Silao y Calpulalpan. Sostuvo que con los diez mil hombres con que aquél contaba, era posible romper la línea del sitio,

no sé por qué no lo intentaron... pero no quiero ser como los militares de café... pues desconozco los elementos de discordia y concordia en la plaza, pues eso contribuye mucho para la desmoralización de los defensores... Siento la derrota de Comonfort por las armas mexicanas, pero siempre aseguré que el administrador de la aduana de Acapulco, serviría para la aduana, pero no para dirigir una batalla.<sup>84</sup>

Comonfort fue despojado del mando y sus rivales le hicieron duras críticas al grado de someterlo a juicio militar, del cual salió absuelto. A finales de mayo le escribió a su hija Adela que se encontraba en Monterrey y le señalaba que los sucesos políticos lo orillaron a renunciar al cargo que tenía, cambio que sólo era de personas y no afectaba su bienestar. Le comentó que los acontecimientos en Puebla “eran bien dignos de lamentarse”, pero a la república le quedan miles de recursos y millones de hombres para defender su independencia y nacionalidad. Agregaba que no sintieran pena por lo que le había sucedido “pues ya saben lo que son las oscilaciones políticas... sé que podré seguir consagrándome a mi patria”<sup>85</sup>. No se equivocó, su rehabilitación se dará tres meses después del desastre de Puebla.

<sup>84</sup> Carta de Miguel Miramón a Concepción Lombardo de Miramón, 3-vi-1863, en Concepción Lombardo, *Memorias*, p. 450-454.

<sup>85</sup> Carta de Ignacio Comonfort a Adela Comonfort, 27-v-1863, Archivo Comonfort, Universidad de Texas.

Tal acontecimiento marcó el fin de la resistencia organizada desde la capital de la república. En un principio se pensó defenderla, salieron a la luz diversos manifiestos francamente demagógicos y se impusieron a una serie de autoridades que sabían muy bien que serían pocos los días de su trabajo. El equipo de gobierno del presidente Benito Juárez salió huyendo; no era la primera vez, ni sería la última. Hemos utilizado el verbo huir, porque sucedió lo mismo que en agosto de 1855 con Santa Anna, pero de signo contrario: ambos hicieron preparativos, dejaron autoridades que no fueron reconocidas ni respetadas por la facción que ocupó la capital. La prensa liberal enmudeció y los diarios conservadores, principalmente *La Sociedad* y *El Cronista de México*, este último magnífico periódico, cantaron en son de triunfo al sostener que se había efectuado un cambio radical en la escena política y que aceptaban de buena voluntad la Intervención Francesa, ya que ni atentaba a la independencia de México, ni venía a favorecer a partido alguno, sino a incorporar a los hombres leales y honrados de todas las comuniones políticas.

En este sentido, y por aquellos días, julio de 1863, Manuel Doblado recibió una carta del eminente conservador José María Roa Bárcena, posiblemente la única de su autor en el archivo personal del guanajuatense. En ella le expone que la ocupación de los franceses no será transitoria ni pasajera, pero que no vienen ni en busca de gloria militar ni en favor de “una dueña adolorida e impotente”, eso sería un absurdo. La expedición de Francia revive una esperanza europea que se había considerado perdida por la amenazante actitud de los Estados Unidos, pero ahora la guerra civil que ellos están librando les ofrece la coyuntura perfecta que de ninguna manera ya a ser desaprovechada. Sin embargo, subraya que precisamente el origen transatlántico de la intervención será su ruina, apreciación curiosa de alguien que ha aceptado como hecho consumado la intervención. Napoleón III no podrá hacer frente a las complicaciones de aquel continente y verá su impotencia para llevar adelante la suspirada conquista de nuestro país, “he aquí en mi concepto las bases en que debemos fijarnos”. Roa agrega una idea muy interesante al señalar que los republicanos no deben esperar nada de los extranjeros e indica: “me atrevo a añadir que al fin será nuestro el triunfo, no tanto por nuestros recursos y esfuerzos, sino por la impotencia de los contrarios”, razonamiento no del todo correcto, pero dispensable, pues no conocía el futuro. Es cierto que si bien no se logró obtener un triunfo absoluto sobre las tropas francesas, también es un hecho inequívoco que la resistencia fue tal a lo largo de

cinco años que, ya desde 1863, los propios generales franceses habían comprendido que sólo controlaban las poblaciones que eran ocupadas por ellos. Sintieron desesperación, resultado de la campaña republicana que no se redujo a los ejércitos de línea y a la guerrilla, sino que abarcó campos como la literatura, las relaciones familiares, las componendas y la tan difícil e hipócrita relación diplomática. Roa añade que otro elemento a favor de la república serán las “torpezas ingénitas” del bando clerical, partido que nada aprende con las lecciones del pasado ni se olvida de sus puerilidades, ni de sus absurdos, ni de sus ilusiones. Lo anterior producirá un choque entre la reacción mexicana y los intereses franceses, puesto que no puede haber afinidad alguna, ni en los principios, ni en las personas, ni en los medios de combinarlos. Si bien el autor examina la situación de los franceses y la actitud de los conservadores, no se le escapa el ambiente imperante dentro del gobierno juarista, pues éste, según su visión, sigue rodeado de hombres ineptos y de consejeros (como Zarco y Zamacona) que han probado no estar a la altura de la situación. Finalmente, le informó que había corrido el rumor de que iba a pronunciarse contra el gobierno y a entrar en negociaciones con Almonte, cosa que

no creo propia de los talentos de usted... por hoy, creo que a pesar de las torpezas de la administración constitucional, a pesar de la bandería que ella forma en presencia del invasor, es necesario *no separarse de ella, no chocar con esas sombras de legalidad* que aunque nula en sí, sostiene por hoy el elemento nacional.<sup>86</sup>

Roa Bárcena, independientemente de su apreciación sobre el momento imperante, ensalzaba a Doblado y lo hacía el hombre destinado a regir los destinos nacionales. Las frases coincidían sorprendentemente con las redactadas por Guillermo Prieto en diciembre de 1857 y enero del año siguiente. Doblado era el hombre, pero existía otro en la presidencia, se ninguneaba a don Benito, pero los dos escritores le remarcaron al guanajuatense la necesidad de apoyar a Juárez y mantenerse en la legalidad. Doblado se sabía superior y los comentarios a su favor, tanto de amigos como de extraños, tanto nacionales como extranjeros, alimentaban su vanidad, pero era un individuo con gran sensibilidad, sumamente realista y mañoso para irse con los halagos. Es casi seguro que no durmió

<sup>86</sup> Carta de José María Roa Bárcena a Doblado, 7-vii-1863, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Guanajuato.

muchas noches acariciando la idea de ser el director de la política nacional, meta de todos los políticos mexicanos.

La Intervención Francesa lo alcanzó y mandó a su familia para Saltillo, no se cerró al contacto con los invasores, pero de ningún modo claudicó como lo hiciera Roa, quien lo instaba a seguir con “la legalidad”. A finales de julio, antes de abandonar el gobierno de la entidad, lanzó un manifiesto donde explicaba que el ejército francés no podía ser protector y dominador al mismo tiempo, subrayaba que aquél pretendía cortejar a los pueblos con “frases de estampilla”, y advertía que en todos los tiempos los conquistadores habían logrado dividir a la sociedad, valiéndose para ello de arbitrios diplomáticos que fueron inventados para neutralizar las resistencias.

Yo hago hoy un llamamiento solemne a todos los habitantes, conservadores, moderados y liberales para que presten sus servicios, cada uno en la esfera que le sea posible, a la causa de la independencia. *La cuestión de los partidos ha concluido. Hoy deben desaparecer con los odios políticos todas las funestas denominaciones nacidas de la guerra civil. En la lucha sangrienta a que nos han arrastrado, no hay más que dos bandos que no pueden amalgamarse jamás: mexicanos y franceses o traidores, invasores e invadidos, independientes o esclavos.*<sup>87</sup>

Doblado, en julio de 1863, precisaba su discurso del de ocho años antes, cuando hablaba, al igual que sus correligionarios moderados, de la participación unificada de los hombres de todos los partidos sin importar sus creencias. Ahora no negaba la existencia de dichas divisiones, pues hacerlo era una inconsecuencia; los partidos “deben desaparecer” frente al invasor, lo que no había sucedido en 1847. Él, como muchos otros fue partícipe de ello y previó lo que significaría repetir aquellos errores, por eso no transaba y no claudicaría, a pesar de que su actuación era heterodoxa, no menos criticable que la de Zarco.

El gobierno juarista salió rumbo a San Luis Potosí, cuando se le culpaba de incapacidad para reorganizar la administración pública, de no ordenar adecuadamente las diversas fuerzas militares y carecer de un plan para obtener fondos con qué hacer frente al invasor. El ministerio compuesto por De la Fuente, Berriozábal, José Núñez y Jesús Terán renunció para que el presidente pudiera disponer de

<sup>87</sup> “Manifiesto de Manuel Doblado, gobernador del estado de Guanajuato a sus habitantes” 28-VII-1863, en *El Cronista de México*.

todas las carteras y con ello llevar a cabo una nueva política. Esto produjo una grave crisis ministerial, pues la pérdida de aquellos hombres, unido a la negativa de Zarco y Zamacona, lo privaban de las personas con quien más se entendía y que le despertaban mayor confianza. En esta circunstancia de inestabilidad, el general López Uraga insistía, como desde tiempo atrás, se le diera una comisión militar; éste se encontraba en León en compañía de Doblado y Comonfort, todos ellos hostiles a la camarilla juarista. El presidente le ofreció a Doblado la cartera de Guerra o Hacienda, y éste respondió que no consentía la primera porque desconocía el ramo, que en su lugar se nombrara a Uraga, cosa que Juárez no aceptó; respecto a la segunda, le repitió lo mismo que le dijera en diciembre de 61: sólo ingresaría al gabinete con tal de que se le otorgara libertad plena para nombrar a los demás ministros, pues dadas las circunstancias la unidad de acción era indispensable. Zarco le escribió a un amigo sobre el estado imperante, expresándole que dado lo mal que iba “esto” tendría que buscar refugio en la frontera del norte. “Pienso irme a los Estados Unidos y ver desde allí el desenlace. Nuestro Benito con sus caprichos lo pierde todo; ahora está empeñado en halagar al hipócrita y falso Doblado y al mentecato de Uraga”. El primero es todo, traicionará cuando le convenga y el segundo, si le dan cuatro soldados y un cabo, se pasará con ellos a los imperiales, “si se ofrecen reconocerle su empleo de general y dejarle las casas que se ha adjudicado”. Esta carta que se encuentra en el archivo de Juárez, pero que curiosamente fue publicada por los diarios conservadores de la capital, seguramente llegó a oídos de don Manuel guardándola para cobrarse en el momento adecuado. Las suposiciones del autor fueron correctas respecto a Uraga; le falló en el caso del guanajuatense, ya que no claudicó. Como dato curioso, Zarco pronunció en los Estados Unidos el discurso fúnebre en homenaje a su antiguo criticado.

Tras un intercambio constante de comunicaciones, Doblado llegó a San Luis, se entrevistó con Juárez, le expuso directamente los motivos por los cuales se había negado, pero que aceptaría con gusto el ministerio de Relaciones. Se opuso al nombramiento del propio Uraga, señalando que era más útil en el campo de batalla, aceptó que Sebastián Lerdo tuviera la de Justicia y finalmente se convenció que el antiguo ministro de Hacienda, Núñez, siguiera en su puesto, pues no solamente conocía las cuentas, los ingresos y egresos, sino que el cambio de administración paralizaría aquellos negocios. Impuso a Comonfort en Guerra y de esta manera se formalizó el segundo gabinete en aquella ciudad. Al saberse en la capital dicha

composición, *El Cronista de México* dio a conocer una nota jocosa donde daba cuenta del poco entendimiento que habría en dicho gobierno:

Por un capricho singular de la suerte se han venido a reunir los tres hombres que de la Revolución de Ayutla a acá han gobernado alternativamente con la demagogia. Comonfort hizo dar el golpe de gracia a la Constitución de 1857 y encarceló a Benito Juárez, ahora va a gobernar con el código que calificó de monstruoso y sirviendo de ministro de Juárez que no hace todavía dos años mandaba por él a Monterrey, acaso con la intención de ahorcarle, y que todavía no hace cuatro meses le echaba la culpa del revés de San Lorenzo... Manuel Doblado, el compañero de Jarauta... que en 1857 dejó encampanado a Comonfort en su golpe de estado... el ministro de Juárez que trataba de eliminar a este personaje y arreglarse con la intervención europea convirtiéndola en apoyo de su persona... el ministro cuya astucia se estrelló en la terquedad indígena de su señor y en la resistencia pasiva de su camarilla tuvo que volverse a su estado ebrio de odio y despecho; el gobernador a quien Juárez hace unos meses reprendía como a un chico de escuela con motivo del asesinato de Llave, es el que va a regir hoy el gabinete de ese mismo Juárez a quien detesta y desprecia, y de quien es cordialmente detestado. ¿Puede darse una olla podrida igual al puchero político que está hirviendo hoy en San Luis?<sup>88</sup>

Tres días después de haber aceptado la jefatura del gobierno, Doblado tuvo una entrevista con Zarco y Zamacona, en ella les informó que tenían quince días para salir de esa ciudad y que en un mes debían estar fuera de la república. De esta forma pretendía eliminar a “los consejeros” que le habían hecho oposición durante 1862 y que eran señalados, tanto por la prensa como por la correspondencia particular, como nefastos para el bienestar del país. Ambos fueron a ver a Juárez quien les dijo no conocer la disposición pero que actuaría en su defensa, por lo que mandó llamar al ministro. Doblado insistió que la estancia de los referidos eran un error, pero que revocaría la orden y que debido a que criticarían su programa de gobierno estaba dispuesto a presentar su dimisión. Juárez le dijo que lo pensara bien e instó a Lerdo y a Comonfort para que lo convenciesen. Zarco volvió a ver al presidente diciéndole que don Manuel había revocado la orden, pero que en lo particular le daba ocho días “para largarse, pues contaba con fuerzas y

<sup>88</sup> “El nuevo ministro juarista y el nuevo poder de Doblado”, 14-IX-1863, en *El Cronista de México*.

recursos” para hacerse obedecer. Juárez protegió a sus amigos y aquél presentó el 7 de septiembre su renuncia con carácter de irrevocable; salió de la población con parte de su fuerza, pero dejó el resto para la custodia del presidente. Don Benito instó a los ministros de su gabinete a no separarse, cosa que verificaron, inclusive Comonfort que era el más afín a Doblado. En la nueva fórmula de gobierno nombró ministro de Justicia a José María Iglesias. Salvo el caso de José Núñez, encargado de Hacienda, todos ellos habían trabajado al lado del ministro de la guerra cuando había sido el encargado del poder ejecutivo; Comonfort, como le había comunicado a su hija Adela, de nueva cuenta tenía la oportunidad de consagrarse a su patria. La muerte cortó su camino, pero al leer las exequias después del triunfo republicano, puede uno percatarse que Juárez aquilató su conducta leal de 1861 hasta el momento que estamos relatando.

Inmediatamente de estos acontecimientos en San Luis, el presidente urgió a sus ministros para que no se rompiera la relación con Doblado; Iglesias le escribió pidiéndole su cooperación y asegurándole que nadie en el gabinete le era hostil, por el contrario sabían la importancia de sus servicios. Sebastián Lerdo de Tejada y Comonfort se pusieron en camino para Celaya donde sostuvieron diversas entrevistas con don Manuel y el general López Uraga, que agobiaba al presidente con sus quejas sobre el estado de miseria de la tropa, la poca armonía con los otros jefes y el total abandono en el que se le tenía. Por su parte, el general Arteaga informó al presidente que desconfiara de aquél, pues dado su carácter se dudaba de su fidelidad. Estas conversaciones tuvieron tal importancia que perfilaron el comportamiento de todos sus elementos y fueron tan notorias que los conservadores se preguntaron por el sentido de ellas:

¿Trátase de una coalición de los tres jefes del partido moderado contra Juárez?.. Doblado debe estar contento, porque si no da luz, produce humo y su sombra se extiende por espacio de cien leguas de sur a norte... Cuando se trata de Doblado todo es creíble y todo negable, todo se puede acoger o rechazar; mas sería trabajo inútil tratar de descubrir el fin probable de sus pasos y la última palabra de sus intrigas. El se agita y la casualidad le imprime dirección.<sup>89</sup>

Mientras todo esto acontecía en el bando republicano, la ciudad de México era ocupada por los franceses, se instalaba la Regencia y un Consejo de Notables que serían los encargados del Ejecutivo mientras llegaba el archiduque Maximiliano. El general Forey llevó

<sup>89</sup> *Ibid.*, 9-x-1863.

adelante las instrucciones reservadas que tenía del emperador Napoleón III, mismas que parecieron refrendar el plan reformista que los liberales mexicanos habían estado efectuando a lo largo de aproximadamente ocho años. Resulta obvio que a partir de ese momento, el comandante francés tuvo problemas con la dirección conservadora y los jefes de la Iglesia católica; todos ellos enviaron por diversos conductos y a distintas personas, informes exagerados sobre las acciones de aquél militar con el único objeto de que fuera reemplazado. Esta campaña, unida a los relatos que los mismos oficiales enviaban a Francia y que llegaron a la corte imperial, aunado a la lentitud con que avanzaba la ocupación del territorio, dieron el motivo suficiente para notificarle su regreso a Europa, y una forma cortés y benigna era otorgarle el bastón de mariscal. Con él salió el embajador Saligny, ambos hicieron todo lo posible por retrasar su salida y cuando la verificaron, muchos sintieron un gran alivio, aunque los motivos de éste fuesen distintos. Todos se equivocharon, pues el nuevo jefe, Aquiles Bazaine, les demostró a los reaccionarios que el plan político era el mismo, pues era el de la época, el programa de la libertad de conciencias, de participación ciudadana y de liberalización del comercio entre otras cosas.

Era estar con el momento y eso Bazaine se los había echado en cara a los conservadores en todos los tonos. José María Lafragua en 1856 les había explicado que uno podía ser afecto por conservar cierto estado de cosas, pero negar el avance de la sociedad era otro nivel, por eso los calificó de reaccionarios, porque iban más allá de “la conserva”. Y si el momento ya no era para seguir el ideario de un Miranda, de un Labastida o un Gutiérrez de Estrada, la época por la que pasaba el Viejo Continente, y en especial Francia, coincidía con la puesta en práctica de una política liberal moderada. 1789 quedaba lejos, ya se había pasado por el 18 Brumario y la Restauración de los Borbones y la familia Orleáns imprimió un giro distinto al inicial radicalismo jacobino. Luis Napoleón era heredero de esta evolución política. Había quedado atrás la primera mitad del siglo XIX y la época de las revoluciones europeas que coincidían con aquellos primeros cincuenta años del siglo. Todas ellas habían sido sofocadas. Era una etapa de moderación, se temía a los “rojos” pero se estaba consciente que había que avanzar. El imperio francés marchaba por esa senda y las órdenes secretas iban en el sentido de aplicar un programa liberal moderado y buscar adeptos mexicanos que pensarán igual al emperador. Bazaine informó a su ministro de guerra, que era indispensable admitir a los hombres honrados de la facción moderada que pudiesen participar en el gobierno, puesto que hasta el día de hoy ha-

bían sido descartados por la Regencia y sus servidores, bajo una especie de maldición que se resume en “Vade retro, Satanás”. Era necesario hacer una combinación que trajese como resultado la fusión de los partidos, pero la Regencia, según Napoleón, había puesto “una venda sobre sus ojos” porque estaba convencida de que el país no ha hecho bastantes progresos para conservar “las llamadas leyes de Reforma”. Puntualiza el general francés que por el momento la conciliación no es posible, pues los liberales permanecerán separados, los más exaltados con las armas en la mano, mientras los conservadores no declaren y prueben con hechos que están dispuestos a conservar “lo que ha sido bien hecho por los liberales, que no es odioso ni indecente”. Agrega que Manuel Doblado, el personaje más importante del partido liberal y quien tiene gran aceptación entre los moderados, ha expresado su idea de declararse por la Intervención, “yo pienso que estas declaraciones han sido hechas intencionalmente, pero que debía aprovecharme de ellas para levantar el velo político”.

Un confidente expuso que las condiciones del guanajuatense eran las siguientes:

Volver al punto de partida, reconociendo francamente los principios conquistados por la revolución, es decir poner en práctica las leyes llamadas de Reforma; anular la Regencia y sus actos, por la razón de que es preciso consultar desde luego la opinión pública por medio del sufragio universal, a fin de llegar a saber qué forma de gobierno desea el país; y en fin el establecimiento de un gobierno provisional encabezado por el Comandante del Ejército francés.<sup>90</sup>

Así como Bazaine trataba de aplicar las órdenes que le había dado Napoleón, éste le recomendó a Maximiliano la conducta que debía seguir:

Lo que México necesita *es una dictadura liberal*, es decir, un poder fuerte que proclame los grandes principios de la civilización moderna, tales como la igualdad ante la ley, la libertad civil y religiosa, la probidad en la administración y la rectitud de la justicia. En cuanto a la Constitución *debe ser obra del tiempo* y creo que, aunque esté prometida y redactada, sólo debe ser aplicada después de varios años, cuando el país esté pacificado y el Gobierno bien consolidado.<sup>91</sup>

<sup>90</sup> Carta de Aquiles Bazaine a Druon de Luys, 8-x-1863, en Genaro García, *La Intervención Francesa en México según el Archivo del mariscal Aquiles Bazaine*, p. 119-120.

<sup>91</sup> Carta de Napoleón III a Maximiliano, 2-x-1863, en Jorge Tamayo, *op. cit.*, t. VIII, p. 205.

Lo expuesto en el anterior párrafo muestra la similitud programática con lo que querían Lafragua y Miguel Lerdo de Tejada, entre otros. Similitud, porque era lo imperante en ese momento. México necesitaba un poder fuerte que dominara toda la nación y que fuera el motor del impulso modernizador. Los presidentes, como se dijo al inicio de este estudio, no tenían una fuerza efectiva en todo el territorio, ella era compartida con los caciques, personificación de los intereses regionales que iban de la mano con la actividad comercial. Asimismo, otro elemento de gran inestabilidad era el trabajo cotidiano de la burocracia y la justicia gubernamental, ambas por esencia poco afectas al cambio, especialmente si se lastimaban sus intereses. Lucas Alamán también había buscado la figura de un Ejecutivo fuerte, Juárez lo sabía y sus esfuerzos se encaminaban a ello, sin embargo el modelo típico de ese estadista lo tendremos en las últimas décadas del siglo con su coterráneo, el general Porfirio Díaz. Mas la figura no hace el todo, pues debía ponerse en práctica una estrategia que era la de los tiempos políticos, idea carísima a los moderados y que en la administración de Comonfort tuvo su aplicación. La constitución de 1857 no correspondía al tiempo que se vivía, violentaba el estado de cosas, sin embargo, para Lafragua, no debía desconocerse este código político y su uso pleno se postergaría hasta que la sociedad se convenciera de su idoneidad. Ellos aseguraban que la vida cotidiana y el sentirse que se vive con un tipo determinado de leyes, que no modifican de manera radical y en un solo momento la existencia normal de un pueblo, es la mejor forma de ir introduciendo los cambios, las reformas.

Los políticos mexicanos aprendieron bien la lección, se proclamaron las leyes que conllevaban un cambio, sin embargo su empleo tendría que adaptarse a la circunstancia; los conventos fueron suprimidos, pero salvo un pequeño lapso siguieron existiendo a lo largo y ancho del país. En este sentido la sociedad mexicana a pesar de confesarse fundamentalmente católica, en su práctica cotidiana es laica porque el espíritu de tolerancia fue afianzándose con el paso del tiempo.

Mientras el general Bazaine comentaba el entorno político y ponderaba la figura de Doblado, éste recibió una carta de su amigo Manuel Siliceo donde le proponía “sondear” al comandante francés, ya que la presente situación hacía necesario un riguroso estudio, examen y resolución. Los buenos liberales, con su participación, serían el preliminar de un gobierno de progreso, de administración y de orden. “Sé” que esta idea encontrará serias dificultades tanto allá como aquí, a pesar de que algunas personas se han acer-

cado para iniciar un entendimiento. Al mismo tiempo se pregunta: ¿no habrá algún medio para llegar a una solución?, “veo” que la intervención es un hecho consumado y que “los elementos heterogéneos y disolventes” del gabinete de San Luis Potosí no permitirán hacer algo provechoso por la guerra:

aún cuando en los pueblos haya una excelente disposición para continuar la defensa. La guerra de siete años los tiene cansados y aniquilados; no debemos contar sino con nuestras propias fuerzas, porque el auxilio extraño, principalmente de los Estados Unidos, en lugar de servirnos nos haría gravísimo perjuicio.<sup>92</sup>

Siliceo, como en octubre de 1855 respecto a los “pintos” de Álvarez, menospreciaba la capacidad de resistencia de ese pueblo a quien tanto despreciaba, sin embargo, aparte de estas valoraciones, subrayó un hecho por todos conocido y es que la guerra civil ya pesaba sobre todo el pueblo, pero que paradójicamente estaba sirviendo en la consolidación de la nación. Igualmente tuvo diversas noticias del proyecto de Doblado en torno a un acercamiento con los norteamericanos, materia que como ya apuntamos era vista con suma desconfianza por todas las facciones, incluyendo a las personas que estaban asiladas en su territorio.

Las tropas francesas iniciaron por aquellas fechas la campaña al interior del país, misma que había sido reclamada desde mucho tiempo atrás por los imperialistas mexicanos. Juárez salió rumbo a Saltillo y las poblaciones iban quedando a merced de la intervención. Todo lo importante del centro de la república se perdió, a pesar de las tentativas de Negrete por apoderarse de San Luis y Uraga de Morelia. Este último recibió diversas cartas de Tomás Mejía, personaje de quien hace falta un estudio serio y con visos de objetividad. Le exponía su convencimiento de que la responsabilidad de la intervención extranjera recaía tanto en los liberales como en los conservadores y que era innegable que los desacuerdos del gobierno juarista precipitaron los acontecimientos. Agrega Mejía que Uraga se equivoca al sostener que ahora los conservadores comparten las ideas liberales ya que la comandancia francesa las ha adoptado. “Nosotros” las toleramos como un hecho consumado cuyos efectos son imposibles de remediar, pero jamás comulgaremos con los principios desorganizadores que éstas encierran: “nunca legalizaremos la

<sup>92</sup> Carta de Manuel Siliceo a Doblado, 5-x-1863, Archivo Manuel Doblado, Universidad de Guanajuato.

violencia”. Subraya que él ha aceptado la intervención porque tiene la certeza, la convicción, de que los arraigados males de México no pueden tener otro remedio sino que éste venga de una mano amiga que no atente contra nuestra nacionalidad. Estos mismos conceptos los repitió Mejía en otra misiva que le dirigió a Doblado, pero agregó estar seguro que su destinatario no daría lugar a la preocupación vulgar en el sentido de que Maximiliano era un extranjero; éste, afirmaba don Tomás, al renunciar a su antigua patria y a sus derechos de sucesión al trono austriaco, viene a ligarse a los intereses de México

Agradezco sinceramente la carta de usted y por los medios que emplea para invitarme. Apela a la nobleza de mis sentimientos y a mi amor a la patria: esto es conocerme y comprender perfectamente los vínculos de nuestra antigua amistad... Quiero suplicarle que con su corazón se sirva pensar atentamente en lo que está pasando, dándome su opinión franca pues de ningún modo quiero que sea esta la última vez que haya correspondencia entre nosotros. Su afectísimo e invariable amigo.<sup>99</sup>

Llevaban ocho años de enfrentarse, principalmente en la Sierra Gorda, lugar que ambos conocían. Jamás Doblado había podido derrotarlo completamente, tal vez porque no pudo o no quiso. Habían canjeado prisioneros y el archivo del exgobernador de Guanajuato muestra un intercambio constante de correspondencia. Es casi seguro que el estadista valoró la integridad de este caudillo militar que era un conservador en toda la línea, convencido de su causa, pero, a diferencia de Márquez, con mayor lealtad y un carácter menos violento. El destino los llevaría a enfrentarse en un futuro próximo, última ocasión en su vida que estarían cerca. La muerte de ambos fue dramática, aunque en condiciones distintas. Lo anterior es la nota de buena parte de esta generación, y cabe señalar que Mejía, en una de las cartas a Uraga, se lamenta profundamente del asesinato de Comonfort, cerca del pueblo de Chamacuero, hoy Comonfort. En el documento dice que ese acontecimiento en nada nos engrandece sino que muestra la brutalidad de nuestra guerra civil: “era un hombre honrado cuyo deceso lo lamentamos más vivamente que aquellos que han tenido necesidad de él”. Juicio del todo certero, ya que Juárez en una carta a su yerno Pedro Santacilia le decía que censuró la frialdad con la que Francisco Zarco había publicado la muerte del ministro de Guerra.

<sup>99</sup> Carta de Tomás Mejía a Doblado, 27-xi-1863, en *ibid.*

Con este acontecimiento, cerca de San Luis, el gabinete juarista tuvo que iniciar su “peregrinación” por tierras norteñas, áridas y despobladas. Al darse cuenta el presidente de la precaria existencia en estas comarcas, le indicó a “Santa” que lamentaba el estado de atraso de la población, misma que todavía estaba dominada por las costumbres y preocupaciones de los siglos pasados; ésto se debía, según don Benito, a que sus gobernantes inmediatos no tenían una convicción profunda en los principios de libertad y por lo tanto no poseían fe en el progreso de la humanidad, ni se afanaban por mejorar la condición de los pueblos removiendo aquellos obstáculos que les impedían vencer todas sus carencias. Sin embargo, agrega que entre la población existe un instinto natural, una disposición para el bien y la libertad, y basta que haya un decidido partidario de las ideas liberales para que salgan de la abyección en que se encuentran. “Nosotros” debemos seguir la propaganda por medio de escritos, utilizando además “nuestras conversaciones”, de esta forma “podremos” educar a los pueblos en las ideas de libertad y dignidad, les “haremos” un bien positivo.

Efectivamente, algunos gobernadores se decían liberales, pero su actuación distaba mucho del credo que supuestamente sostenían y la alusión iba dirigida a Vidaurri aunque bien podría hacerse extensiva a muchos otros. El gobernante debía inculcar e instruir sobre los principios libertarios. La educación desde arriba resultaba el medio idóneo para que se verificasen las transformaciones, era una idea paternalista pero no se podía de otra forma. Desconocer la realidad del pueblo mexicano, sus costumbres y hábitos era un utopismo, por el contrario debían tomarse en cuenta y en ello se apoyaban los moderados; el *ahora* era el programa de los radicales. No existía divorcio, simplemente bastaba con que hubiese la voluntad de llevar a cabo una acción mancomunada.

Pedro Santacilia, algunos políticos y la familia del presidente, eran la avanzada de la comitiva. Se encontraban en Saltillo y Juárez les encomendó la difícil y nada envidiable tarea de entablar pláticas con Santiago Vidaurri. Al cacique debía asegurársele que nunca se le había hecho una oposición desde la capital y que si habían sido incorporados algunos hombres que eran sus enemigos, fue únicamente en consideración a su utilidad en el servicio público y no a venganzas en su contra. También le subrayó que si el neoleonés escuchaba con calma estas reflexiones no tendría de qué quejarse, y puntualizó: “Estoy de acuerdo con usted en que a Vidaurri es necesario atraérselo o eliminarlo. Estoy por el primer extremo. Sólo que

no baste esto para utilizarlo en bien de la nación debe recurrirse al último. Trabaje pues, en lo primero”.<sup>94</sup>

La situación de Juárez al inicio de 1864 era sumamente grave pues las tropas francesas como ya se señaló en relación a los tres últimos meses del año anterior, avanzaban rápido y prácticamente sin dificultad. Habían ocupado San Luis Potosí, que se encuentra a poco más de cuatrocientos kilómetros de Saltillo, lugar donde estaba instalado Juárez, lo que constituye una distancia nada despreciable, ello sin tomar en cuenta lo árido del terreno y las escasas poblaciones que se encuentran en el camino, salvo el caso de Matehuala. Los franceses tomaron el Bajío y desde luego Guanajuato, con lo que Doblado quedaba en calidad de cacique sin dominios y por lo tanto huyó a Zacatecas, 300 kilómetros al norte, para cobijarse en torno a Jesús González Ortega; en general puede decirse que era un repliegue que conllevaba la derrota. Esto demostraba que la estrategia de Bazaine en el terreno militar estaba resultando exitosa, pero su campaña no se reducía a este ámbito, sino como ya vimos, pretendía atraerse al elemento moderado. Las cartas de Mejía a Doblado y Uraga iban en ese sentido al igual que otras, como veremos más adelante, pero si esta táctica aún no había dado sus frutos con aquellos que defendían la organización republicana, era innegable que entre ellos existía desesperación y un franco desacuerdo por la forma en que Juárez estaba defendiendo al país. Este enojo databa desde el inicio de 1861. La oposición al presidente estaba tanto en los radicales como en los moderados, algunos personajes ya habían muerto, otros lo estaban políticamente y ahora, enero de 1864, emergía sin tapujos con Guillermo Prieto, González Ortega y Doblado. Los tres habían trabajado con Juárez en los momentos más aciagos, los tres criticaron su actuación y ahora personalmente le pedían su renuncia. Ninguno de ellos colaboró con el imperio, pero el sueño de que México encontrara una paz duradera los hacía reflexionar como a cualquier gente sensata:

El invasor repite que con usted no tratará jamás; pero que respetará la independencia e incolumidad de la República. Un pretexto es éste; pero un pretexto que no puede ponerse de manifiesto, sino con la renuncia de usted. Preste pues, un servicio sacrificando su persona para desenmascarar al extranjero y poner en evidencia su mala fe ante el mundo entero. Si los franceses cumplen su palabra, usted ha salvado a la Nación y será más grande habiéndole conservado su independencia con la renuncia

<sup>94</sup> Carta de Benito Juárez a Pedro Santacilia, 10-xii-1863, en Jorge Tamayo, *op. cit.*, p. 431.

del puesto, que si la hubiera reconquistado a fuerza de batallas... En otras circunstancias me habría abstenido de manifestar a usted mi sentir en un punto tan delicado; pero son tan graves y tan trascendentales las consecuencias que van a venir si continuamos con el *statu quo* presente, que juzgo obligación sagrada la exposición franca de mi modo de pensar, cualquiera que sea la resolución que usted adopte.<sup>95</sup>

Cinco días después de la fecha anotada en la carta de Doblado, el gobernador de Durango, José María Patoni, le escribió a Juárez comentándole que había sido invitado a secundar tal pretensión, rehusándose desde luego. Le señalaba que tal paso era inoportuno por el estado de cosas, además de que tal ocurrencia mostraba “ambiciones bastardas e injustificables”, ello sin tomar en cuenta que el gobierno en manos de González Ortega acabaría por “envilecerse” ante el enemigo extranjero que tampoco trataría con él.

El presidente Juárez había sido criticado y vilipendiado por los conservadores durante los tres años de la guerra civil y durante 1861 la oposición liberal censuró su falta de energía con los vencidos, más adelante sorteó una votación en su contra por parte de cincuenta diputados que estuvo a punto de costarle la presidencia, en fin que tirios y troyanos se habían cebado en su persona y ahora, en medio de la adversidad más absoluta se reclamaba su renuncia, acto que en ese momento significaba aceptar la derrota, o, peor aún, la defecación. Don Benito no se dejó alucinar ante tales tentativas. El ejemplo de Comonfort estaba aún fresco y la experiencia le había demostrado que en 1857 cuando los comonfortistas creyeron que todo estaba acabado, que era necesario transar, se levantó una opinión pública que defendió la legalidad a costa de sangre y sacrificios. Ahora, en 1864, la guerra que enfrentaba era de independencia, como el levantamiento del pueblo español a principios de siglo en contra del gran corso. Mejía, como Miranda y la prensa imperialista, podían sostener que no se atentaba contra la nacionalidad; Maximiliano como jefe de estado es probable que también opinara en forma negativa, pero definitivamente la ocupación violenta del territorio por parte del ejército francés constituía una invasión que atentaba contra la soberanía. Por todo ello, sin tomar en cuenta su personalidad esencialmente terca, le contestó a Doblado en el siguiente tono:

He vuelto a meditar detenidamente sobre mi renuncia como usted se sirve recomendarme y por más que he apurado mi pobre entendimiento, no alcanzo una razón bastante poderosa que me convenza de la

<sup>95</sup> Carta de Manuel Doblado a Juárez, 3-I-1864, *ibid.*, p. 517.

conveniencia de la medida que desea. Por el contrario, la veo como un ensayo peligrosísimo que nos pondría en ridículo, que nos traería el desconcierto y la anarquía y que a mí me cubriría de ignominia porque traicionaba a mi honor y a mi deber, abandonando voluntariamente y en los días más aciagos para la Patria el poder que la Nación me ha encomendado. Temo con tanta más razón estos resultados, cuanto que no hay seguridad de que el enemigo trate con el Sr. Ortega, a quien considere desertor que ha faltado a su palabra, ni con ningún otro mexicano que no acepte la Intervención. Además los hechos están demostrando que el enemigo no busca la destrucción de las personas sino del gobierno que por sí se ha dado la Nación... Ve usted que no se trata de la persona que ejerza el Gobierno Nacional, sino de un gobierno que reciba su ser de la voluntad de Napoleón y que nazca de la Intervención para que obre por los intereses de Francia.<sup>96</sup>

La respuesta del presidente era precisa y clara, pues aunque en las cartas de los peticionarios y en las conversaciones que tuvo él con los representantes de aquéllos jamás se mencionó la figura de González Ortega como su sucesor, era sabido que tal demanda conduciría a que el zacatecano ocupara la presidencia. Al respecto la prensa conservadora, al igual que en la crisis ministerial de San Luis Potosí, opinó que la dimisión era improcedente debido a la ilegalidad del régimen juarista por haber expirado el tiempo de sus funciones y por no existir ni poder legislativo ni poder judicial, criterio que también anulaba las pretensiones de don Jesús, ya que no podía aspirarse a algo que no existe. Doblado, independientemente de lo que afirmaba *El Cronista de México*, valoró la reflexión en torno a que las autoridades francesas sólo estaban aceptando a aquellos individuos que reconocían incondicionalmente la intervención de los franceses; él lo sabía por los contactos indirectos que tuvo con Bazaine y las proposiciones que ambas partes intercambiaron y que se han expuesto páginas atrás. Igualmente no se le escapó el señalamiento de Juárez en el sentido de que no se combatía a unos individuos determinados, a pesar de que la resistencia republicana como cualquier otra, materializara su causa en ciertos personajes que asumían la dirección, sino que se perseguía el afianzamiento de otro régimen político que debía su ser y forma al apoyo de Napoleón III. La historia militar, económica y en mucho política del imperio de Maximiliano le dió la razón a Juárez. Basta leer los libros especializados del tema y la correspondencia de la época,

<sup>96</sup> Carta de Benito Juárez a Doblado, 20-I-1864, *ibid.*, p. 519-521.

para convencerse de la absoluta dependencia de la empresa, desde sus orígenes hasta su caída, a los designios de Francia. Doblado y González Ortega comprendieron el estado de la situación y resolvieron apoyar a Juárez que estaba en las puertas del dominio de Santiago Vidaurri. El primero se dirigió a Saltillo con todos los elementos de fuerza que estaban a su disposición, pues sabía la tensa relación entre ambos poderes. El ministro Iglesias, ante la negativa del gobierno de Nuevo León de entregarle las rentas federales y los recursos de la aduana de Piedras Negras, que resultaban básicos para el gabinete y la organización de la resistencia, le escribió a Vidaurri conminándolo a que declarara “categóricamente si obedece o no dichas órdenes”. Éste le contestó, al igual que Juan Álvarez a Santa Anna en 1854 cuando interfirió en sus dominios, que aquellas acciones daban lugar

a entrar conmigo en campaña, arrojando con las consecuencias... Todavía es tiempo de que ustedes reflexionen en lo que se proponen hacer; si ustedes dan un paso, yo daré dos... Si por el contrario se hace a un lado el amor propio; si el gobierno conoce su posición, lo que debe y no debe hacer persuadiéndose de que no hay autoridad tan ilimitada que sea superior a la justicia y a las garantías principales de toda sociedad, en tal caso, todo se podrá arreglar y quizá tendría yo ocasión de emitir mi pensamiento que se refiere a la unión de los mexicanos todos, incluso los reaccionarios, que no se harán sordos, a lo menos en lo general, a la verdadera voz de la Patria.<sup>97</sup>

El enfrentamiento de este febrero era el resultado de la oposición existente entre los poderes centrales y los intereses propios del cacique. Vidaurri, desde el triunfo de Ayutla, había manifestado, tanto por medio de la prensa como en la correspondencia particular, su repulsión por cualquier entrometimiento del gobierno de la república en sus dominios y en sus asuntos. Había consolidado su poder desde finales de 1855 y solamente bajo el gobierno de Comonfort vió seriamente amenazada su autoridad y permanencia en aquellas regiones. Para su fortuna logró tener un buen entendimiento con el poblano y en 1861 pagó su deuda con aquél, acogiéndolo en su cacicazgo y protegiéndolo de Juárez, quien le había pedido su extradición. Ahora Comonfort había muerto, y con ello las esperanzas del gabinete, pues pensaban que con su influjo Vidaurri se mostraría más cooperativo. Juárez resolvió avanzar sobre Monterrey y Doblado, con sus fuerzas, se puso a la vanguardia.

<sup>97</sup> Carta de Santiago Vidaurri a José María Iglesias, 4-II-1864, *ibid.*, p. 671.

Respecto a este momento Iglesias, en su *Revista Histórica* del 26 de febrero relató que el día 11 fueron sorprendidos en la noche los artilleros de la fuerza guanajuatense, capturando a éstos y apoderándose de las piezas que estaban destinadas a las salvas de honor que se le harían al presidente. Juárez, en una carta que le envió a Matías Romero, le contó que contra su costumbre quiso hacer solemne su entrada en la capital del estado y que Vidaurri, al sentir la avanzada militar de Doblado, lo sorprendió, quitándole su artillería. Por su lado, en la capital del país, la prensa imperialista señaló que Doblado envió su artillería desde Zacatecas hasta Monterrey para salvarla de los franceses y que cuando se la pidió a Vidaurri para hacer los honores al jefe del Ejecutivo, éste se negó a dársela consumando de esta forma un engaño al “jamás burlado”. Sea cual fuere la versión más apegada a la realidad, lo cierto es que ni este contratiempo arredró a don Benito quien dispuso la continuación del viaje. Llegaron a la ciudad y se encontraron con que Vidaurri estaba encerrado en la ciudadela con unos cuantos hombres armados, lo que nos habla de su poca fuerza efectiva o el poco arrojo para evitar a toda costa que entraran a Monterrey. Doblado se encargó nuevamente de propiciar pláticas de avenimiento entre las dos partes, pero como no se tenían confianza, éste se ofreció a pasar como rehén al cuartel ocupado por el gobernador mientras éste conferenciaba con Juárez. Dicha estrategia provocó que el norteño hiciera el siguiente comentario:

Pero señor Doblado, ¿es usted tan candoroso para proponerme la ruina de los dos?, mi mujer, que no es tan diplomática como usted, pero que tiene la prudencia natural, me dice que esto es absurdo, porque si me fusila el presidente y los míos fusilan a usted, Juárez saldrá ganando, pues se libra de los dos.<sup>98</sup>

Tenía razón respecto a los pensamientos íntimos del “Benemérito”. Para fortuna de ambos, las especulaciones de la esposa de Vidaurri no llegaron a materializarse y pasados cuatro días en que solamente existía un claro ambiente de tensión, se verificó la mentada conferencia que tan solo duró unos minutos, por la violencia con que se comportaron los individuos que acompañaban a don Santiago. El gabinete tuvo que salir precipitadamente de la ciudad. No era la primera vez que esto le pasaba a Juárez —recuérdese Guadalajara en 1858— pero seguramente fue tan enojoso todo el ridículo de

<sup>98</sup> Justo Sierra, *op. cit.*, p. 461.

esos días, que al regresar a Saltillo, Juárez fue atacado por una “fiebre biliosa”, dato que está en todas las fuentes. Recuperado de la enfermedad, decretó la separación de Coahuila respecto a Nuevo León, anexión consumada por Vidaurri desde 1856 y que de aquellos días a la fecha fue mal vista por los gobiernos de la capital. Estos, dados los problemas que tuvieron que enfrentar, inclusive los regímenes conservadores, dejaron por su impotencia pasar tal acto que definitivamente ponía en riesgo la soberanía de México, no por la tan mencionada “República de la Sierra Madre”, sino porque ningún poder local podía estar por encima de la federación. Juárez llevó a cabo tal medida, como otras destinadas a minar el poder del cacique, quien con el paso de los días comprendió lo insostenible de su situación. Hizo preparativos para su huida hacia los Estados Unidos y durante el trayecto fue hostilizado por los vecinos de las poblaciones que iba encontrando a su paso. Vidaurri se había defendido utilizando al pueblo como pretexto y el presidente Juárez también lo invocaba para hacer efectiva su autoridad. Como todos los gobernantes de la época explotaron la mención del pueblo, entidad recordada en todos los planes políticos, en los diversos *corpus* legales, en los editoriales de la prensa y como ente utópico en los pensamientos más íntimos de algunos actores de este drama. El servirse del término, la cotidianeidad de cómo era esgrimido y el perfil del mundo político mexicano llevó a Rafael de Castro a expresar lo siguiente:

Lo único que entre nosotros sostiene las revoluciones es la esperanza de triunfar que nace con cada pronunciamiento; y esa esperanza está fundada en que, como nuestros gobiernos no han sido *nunca expresión genuina de las verdaderas necesidades del país*, sino que han representado alternativamente fuerzas aisladas, intereses exclusivos de partido, en vez de representar a la nación entera, a la sociedad con sus costumbres, con sus tradiciones, con sus progresos reales y efectivos, con sus principios y con sus intereses legítimos y generales, era indispensable que cayeran cada uno a su turno; porque esos gobiernos sin base sólida, que entre nosotros se levantan sucesivamente, lejos de que la nación toda los aceptara, no eran más que gobiernos de bandería, que pronto se usaban y se gastaban. En tales términos se podían contar los meses, las semanas y hasta los días que cada uno de ellos le quedada de duración.<sup>99</sup>

<sup>99</sup> Rafael de Castro, *Historiografía del Imperio Mexicano. La cuestión mexicana o exposición de las causas que hacían indispensables la intervención europea y el restablecimiento de la monarquía en México como únicos medios de salvar la nacionalidad y la independencia del país*, p. 60.

Sus comentarios coincidían con los análisis de José María Luis Mora y muy especialmente con el de Mariano Otero. Los pronunciamientos de algún jefe militar habían sido la nota del país hasta el último gobierno de Santa Anna y el arribo a la presidencia de Zuloaga y Miramón; las revoluciones, inclusive las de tinte liberal, habían creado regímenes que merecidamente podían calificárseles como producto de la ambición personal, o a lo sumo, la expresión de un grupo político. Todos en sus proclamas habían echado mano de una retórica populista, en tales documentos se señalaba que el ministerio en el poder había abusado de la confianza pública restringiendo los derechos naturales del pueblo, y había incurrido en una serie de arbitrariedades por lo que se hacía necesario su pronta remoción. Ninguno de los gobiernos había sido “manifestación genuina de las verdaderas necesidades” de la nación, aunque se sintieran, y efectivamente lo creían, ser intérpretes de la voluntad del país. En febrero de 1864, Juárez, con “sus” disposiciones en torno a los dos estados fronterizos, se arrogaba la voluntad de varios miles de ciudadanos que quizá preferían seguir bajo Vidaurri, a pesar del reducido apoyo que le otorgaron en su enfrentamiento con el oaxaqueño. Actuó como todos los gobernantes de su tiempo, postura que paradójicamente había sido censurada por el fronterizo, quien siempre había hecho lo mismo. En este momento surge la pregunta ¿podía conducirse de otra manera? Fray Servando Teresa de Mier<sup>100</sup> le hubiera dado la razón a Juárez ya que sostenía que ni por costumbre ni por educación el pueblo mexicano estaba habituado a opinar y a decidir sobre cuestiones que le afectaban profundamente. Sin embargo, como mencionamos al principio del estudio, la situación nacional había evolucionado y los cuarenta años que mediaban entre lo indicado por Mier y el momento que se relata, evidenciaban, a pesar de todo, la fisonomía de otro país. Por un lado la población ya no mostraba tal indiferencia en cuanto al invasor, como había señalado José Fernando Ramírez respecto a 1847; sin embargo, lo más significativo radicaba en que desde enero de 1858 la titularidad del Ejecutivo y lo que significaba el gobierno cambiaron de sentido y valor. Por ello Juárez detentaba la presidencia y Doblado no, a pesar de los elogios de Prieto y otros tantos individuos a partir del golpe de estado tacubayista, y sobre todo cuando se valoró el estado

<sup>100</sup> “Discurso que el día 13 de diciembre del presente año de 1823 pronunció el Dr. Servando Teresa de Mier diputado por Nuevo León sobre el artículo 5o. del Acta Constitutiva”, Servando Teresa de Mier, *Biografía, discursos y cartas. Edición conmemorativa*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1977, 347 p.

de la nación en la respuesta del presidente en torno a la petición de su renuncia. La experiencia de todo el periodo no lo alucinó, sino que por el contrario fue determinante para apoyarlo. Años antes, don Benito hubiera corrido la misma suerte que Farías y Ceballos, sucumbir frente a un jefe militar que tuviera una fuerza con qué hacerse respetar; Doblado y González Ortega la tenían, pero estaban conscientes de que la situación no era la misma. Se había verificado una transformación generalizada que, en un organismo tan complejo como es la nación, no podía ser igual en todos sus componentes. En este sentido, el pueblo iba a la zaga por la poca confianza que despertaba en sus gobernantes. Juárez participaba de ello, precisamente por sus comentarios en torno a la naturaleza y condición de éste. Era en su caso un liberalismo dirigido, ilustrado y desde arriba.

Por su lado el comandante Bazaine también apreció esta característica de México:

Tengo el honor de enviar a S.M. la recapitulación de las adhesiones dirigidas al Gobierno Mexicano. La cifra que representan no es el resultado del sufragio universal; pero no por esto deja de ser la expresión leal de la gran mayoría de los Estados libertados, porque el elemento indio que habita los campos sigue siempre, en las evoluciones políticas, al elemento mexicano que habita en las ciudades y en los centros principales. *La masa indígena nunca ha sido sinceramente consultada por algún partido*: y el pretexto es sencillo: se la considera como gente sin razón. Para llevarla al rango de gente de razón, sería preciso cambiar de un golpe de varita mágica la organización social de este país. ¿Cómo formar listas electorales lo mismo que en Francia, cuando no existe aquí el estado civil, y la masa indígena está todavía en tutela como salvaje, por decirlo así, bajo la denominación de peones, en las fincas de los grandes propietarios?<sup>101</sup>

El general vió lo que algún periodista mexicano de la época dijo respecto al pueblo, esa masa anónima que siempre estaba con el triunfador y que seguía al hombre, al caudillo, que le prometiera algo que alimentara sus esperanzas. Ese pueblo había desuncido los caballos del carruaje de Santa Anna, pero también hizo circo cuando una turba profanó la tumba que contenía la pierna del héroe. Salió con gran regocijo a recibir a Juárez a principios de 1861 y haría lo mismo con los emperadores Maximiliano y Carlota, máxime que eran extranjeros, altos y güeros, cualidades superiores inne-

<sup>101</sup> Carta de Aquiles Bazaine a Napoleón III, 27-III-1864 en Genaro García, *op. cit.*, p. 350.

gables para la sociedad mexicana. El estado civil, que ya era una realidad en la organización colonial inglesa de Norteamérica, contrastaba con lo existente en nuestro país; éste se daría con su perfil particular más de sesenta años después de la citada carta y como resultado de una agudización del problema campesino, de los peones en relación a “los grandes propietarios”, pues el liberalismo dirigido no los tomó en cuenta, a pesar de que predicara una mayor igualdad social.

En este mismo orden de cosas, Bazaine cumplió al enviar todas las actas de adhesión que pudo encontrar y que eran una de las condiciones que había puesto Maximiliano para aceptar la corona, suceso que se verificó el 10 de abril mediante un discurso que señalaba que conservaría el cargo solamente el tiempo preciso para crear en México un orden regular y para establecer instituciones “sabiamente liberales”; la monarquía —subrayó— se colocaría bajo la autoridad de leyes constitucionales tan luego como la pacificación del país se hubiese conseguido completamente: “Nosotros probaremos, así lo espero, que una libertad bien entendida se concilia perfectamente con el imperio del orden; yo sabré respetar la primera y hacer respetar el segundo”.<sup>102</sup>

Este último párrafo pudo haberlo escrito Lafragua y eran las mismas ideas que en diversos documentos había manifestado Comonfort. La “libertad bien entendida” podía ser criticada por su extrema vaguedad, pero se había hecho presente en una forma de actuar, que como se ha visto en esta investigación, fue analizada y censurada por radicales y conservadores. La afirmación del nuevo emperador era resultado de sus convicciones y de las instrucciones que le había enviado Napoleón III; ellos eran moderados por su naturaleza y por la posición que ocupaban en el mundo. En este sentido Jesús Terán, quien ya llevaba tiempo en Europa como agente diplomático no oficial y pudo entrevistarse con los soberanos en Miramar, sostuvo en una carta que Maximiliano, durante su estancia en Italia, se forjó una reputación como gobernante de ideas liberales, tanto por convencimiento como, según su opinión, porque el público siempre apellida de liberales a los herederos presuntivos, en contraposición al odio que profesan a los monarcas reinantes. En el caso concreto de Francisco José, éste había visto con agrado el alejamiento de su hermano, “aunque sea para perderse en una empresa insensata”. Igualmente le señaló a Juárez que Napoleón III se

<sup>102</sup> Discurso de aceptación de Maximiliano, 10-iv-1864, en Jorge Tamayo, *op. cit.*, t. VIII, p. 823.

había empeñado en la aceptación del archiduque, porque quiere depositar en otro la pesada carga que ya significa la expedición de México, y con esto busca una “salida decorosa del laberinto peligroso en que incautamente se metió y sólo la ligereza de Maximiliano puede proporcionársela”.<sup>103</sup>

También le comentó que en la audiencia con aquél, le hizo ver lo odioso que resultaría un gobierno impuesto por un enemigo extranjero, además que su elección, por los “Notables” y las actas posteriores de adhesión, no era realmente el sentir de la opinión pública, puesto que por su pasado y características presentes, resultaba imposible que el pueblo sostuviera una monarquía con todo lo que ello implica.

Da —el archiduque— mucha importancia a recursos ya gastados y vacíos de significación entre nosotros, como una amnistía que eche un velo sobre lo pasado, un llamamiento a todos los partidos para que olvidando sus querellas, se unan a él para trabajar por el bien general y otros tópicos de ese género que no solo demuestran ignorancia del país que se va a gobernar, sino candor y poco conocimiento del corazón humano en general. Concluyó por manifestarme su resolución de aceptar y de marchar a México.<sup>104</sup>

Cerca de un año después de la fecha del anterior documento, Maximiliano le escribió al barón Du Pont, consejero suyo que lo había sido en Europa, comentándole que su estancia en México, desde el 28 de mayo de 1864, le había mostrado que don Jesús Terán era un verdadero patriota, “como su amo”, pero que si su información era bastante buena, le había sucedido lo mismo que a Gutiérrez de Estrada: “exagera y olvida la realidad”. Agrega que tomó en consideración esos datos antes de verificar su salida a Europa. También sabía que las ideas de la Regencia “eran más que fantasmagóricas: nunca me hice ilusiones”, pero al llegar a México me encontré con que la situación no era tan triste como la habían pintado.<sup>105</sup>

Este país es mejor que su fama y mejor precisamente en el sentido contrario a los desterrados. Todo lo dicho por Gutiérrez y sus amigos es

<sup>103</sup> Carta de Jesús Terán a Juárez, 16-iv-1864, *ibid.*, p. 844-848.

<sup>104</sup> *Ibid.*

<sup>105</sup> Egon Caesar Conte Corti en su libro *Maximiliano y Carlota* lleva a cabo un estudio pormenorizado de la actuación de ambos soberanos. Sostiene que los conservadores mexicanos y las autoridades francesas, incluyendo a Napoleón III, fueron los culpables de que el imperio cayera, tanto por las mentiras como por las limitaciones que le impusieron a Maximiliano.

falso y fundado en errores irreparables de más de veintiocho años de ausencia involuntaria. El país no es ni ultramontano ni reaccionario; la influencia del clero es casi nula; la de las antiguas ideas españolas, casi desbaratada; pero, por otra parte, el país *no es todavía libeal en el buen sentido de la palabra*. Está desorganizado por cincuenta años de cambios continuos y por la constante inmoralidad de sus gobiernos, ya liberales, ya conservadores... El asunto del momento y del porvenir es organizar el país *con reflexión y paciencia*: obra que no admite milagros, *ni transiciones bruscas*: y yo procuro evitar el único error de mi predecesor, Juárez, que en el corto periodo de su presidencia quiso deshacer y reformarlo todo.<sup>106</sup>

Las cartas de Terán y Maximiliano lo primero que traslucen es la buena voluntad de los personajes, y el deseo de evitar males mayores para la nación que era la antigua casa de uno y la futura residencia del Habsburgo. Sin embargo, don Jesús, que había sufrido la guerra civil, descalificó los recursos de morigeración que le fueron expuestos, actitud justificable de quien vive en carne propia un conflicto de tal naturaleza, pero no aceptables al grado de minusvaldar los sentimientos apuntados por Maximiliano sobre el ser humano. Vale la pena recordar que Comonfort, exiliado en 1858, ya había expresado las mismas ideas que las contenidas en la misiva al barón Du Pont. Sostuvo en aquellos días la validez de esos conceptos, producto de profundas reflexiones, pero que fueron lanzados en un terreno árido y estéril debido a las pasiones de partido. El austriaco, seis años después, repetía la filosofía de la política moderada, en un afán nada despreciable encaminado a establecer un espíritu de concordia. Su muerte y el triunfo absoluto de la causa republicana, que iba más allá de las facciones políticas, preparó el terreno que conduciría finalmente al camino del cambio, sin “transiciones bruscas”, olvidando las querellas del pasado y realizando un llamamiento a los individuos de todos los partidos para trabajar en el bien común. La “Convocatoria para la elección de los Supremos Poderes” del 14 de agosto de 1867, y sobre todo la “Circular de la ley de convocatoria”, en los muchos pasajes referidos a las diversas propuestas de reformas sobre la constitución de 1857 que coinciden asombrosamente con las medidas que proponían, en diciembre de 1857, Payno, Comonfort y toda la fracción moderada, ello sin excluir el proyecto senatorial de Lafragua que fue rechazado en 1856, deben hacernos reflexionar sobre lo acertado del programa moderado y lo funesto que fue para el país el llamado espíritu de partido. Juárez, con su

<sup>106</sup> Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 892-893.

ministro Sebastián Lerdo de Tejada, que lo había sido de Comonfort, recogía las ideas que habían causado alboroto diez años antes. Se había acusado a los moderados de ser proclives al retroceso, pero realizaron la reforma que años antes no pudo consolidar Gómez Farías por ser demasiado radical. Frente a ello es imposible no preguntarse si esa doctrina de conciliación era, por el contrario de lo que se le acusaba, profundamente revolucionaria. La incorporación de Payno y Lafragua como miembros de esa generación durante el periodo de la República Restaurada les da la razón. Y la política seguida por el general Porfirio Díaz, que coincide en muchos aspectos con el programa económico de Miguel Lerdo de Tejada y el plan de fomento de Manuel Siliceo, también realza el paradigma de los moderados como forma de ejecutar un quehacer político perfectamente definido.

